Los pecados capitales de la historia de España

Lujuria

Juan Eslava Galán

Lectulandia

En *Lujuria*, Juan Eslava Galán, conocido por sus amenos ensayos divulgativos, cuenta las anécdotas y los datos más curiosos que el sexo y el deseo han aportado a la Historia de España. Algunos de los episodios narrados en este libro son, en palabras del propio Eslava, «las sesiones de cine porno con que Alfonso XIII amenizaba a sus compañeros de montería los días de lluvia; los bailes taxi de la Segunda República, que permitían a los reprimidos abrazar a una mujer hermosa al precio de un cupón; la dieta de carne impuesta por los obispos durante el Nacionalcatolicismo; las dificultades de la mayor escritora de novelas eróticas cuando tuvo que enfrentarse a su propia noche de bodas; las parejas refugiadas en la fila de los mancos de los cines; el recauchutado de los primeros condones; las furibundas excomuniones del cardenal Segura; las extravagancias de los censores, que agregaban encajes para ocultar la teta; la revolución de las costumbres que trajo la democracia y el impactante desnudo de Marisol, la niña modelo del Franquismo, que conmocionó España hasta sus más recónditos cimientos hasta propulsarla a su puesto actual de la nación más liberada de Europa».

Este es el primer volumen de la serie «Los pecados capitales de la historia de España», cuya segunda entrega tratará sobre un pecado de rabiosa actualidad: la avaricia.

Lectulandia

Juan Eslava Galán

Lujuria

Los pecados capitales de la historia de España - 1

ePub r1.0
Titivillus 02.12.15

Título original: *Lujuria*
Juan Eslava Galán, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTROITO

Almorzaba con mi editor en el marco incomparable del hotel Ritz de Barcelona, el lugar donde el *Reichsführer* Himmler y el padre Maciel copularon[1]. Ya en los postres, tras observar meditativamente su medio melocotón en conserva rodeado de nata, con media cereza en la cúspide, mi editor me preguntó:

—¿Te atreverías con un libro sobre la lujuria?

—Ahora estoy retirado del vicio, ya sabes —declaré—. Gabelas de la edad.

—No me refiero a un extenuante trabajo de campo, sino a algo más bien teórico: los españoles y el fornicio desde, digamos, mediados del siglo XIX.

El melocotón, al meterle la cuchara, temblaba como la teta de una novicia.

—Hecho.

Regresé a Madrid. Al día siguiente paseé por el Retiro con el académico Pérez-Reverte.

—¿Lujuria? —dijo—. El Diccionario lo define como «vicio consistente en el uso ilícito o en el apetito desordenado de los deleites carnales», pero ya sabes que la Academia no juzga, sino que se limita a levantar testimonio notarial del uso del idioma. En tiempos de Roma, *luxuria* era abundancia o derroche, nada carnal. El desenfreno sexual se decía *lascivia*, sin connotación pecaminosa alguna.

Aquella misma tarde encaminé mis pasos a la catedral de la Almudena. Arrodillado en mi confesonario habitual, el más cercano a la imagen de san Josemaría Escrivá de Balaguer, le dije al sacerdote que ocupaba la sacramental garita:

—Hoy no vengo a confesarme, padre, sino a consultarle una duda de índole moral que me reconcome. ¿Cuándo son lícitos los placeres carnales?

—Lo dice el Catecismo, hijo: «El placer venéreo fuera del matrimonio es pecado que ofende a Dios».

—Yo estoy casado, padre. ¿Puedo, pues, refocilarme a conciencia con mi esposa? Le advierto que está buena como un pastelito de nata.

El cura me miró con una especie de piedad no exenta de desprecio.

—Me temo, hijo mío, que ya se te pasó el arroz —sentenció.

—No capto la metáfora, padre.

—Quiero decir que ya no estás en edad de procrear. El acto carnal solo es lícito cuando se encamina a la procreación.

—Pero a mí me gusta mi mujer y como dormimos juntos y la veo ducharse en sus cueros…

—Pecas, hijo. Lo dice Juan Pablo II: «Es pecado la mirada con deseo entre los

esposos, cuando esta no va encaminada a la procreación».

Abandoné el templo cabizbajo como aquel diputado del PP al que Cristo aconsejó que entregara su patrimonio a los de Podemos[2]. En la explanada, ataviado con unos leotardos verdes y una capa roja, barbita picuda y mirada burlona, me aguardaba Asmodeo, el demonio de la lujuria.

—Has ido a llamar a la puerta equivocada —me reprendió jovialmente.

—Solo buscaba la luz y la verdad —le dije.

—La verdad, amigo, es que los cristianos habéis caído en manos de la Iglesia. Fue San Agustín, el depredador sexual que se había beneficiado a toda mujer en treinta millas a la redonda, el que, agotado y exhausto, cuando ya no se le levantaba, impuso al cristianismo esa moral tan estrecha y, arremetiendo contra sus antiguos camaradas de juerga, llamó *luxuriator* al putañero, cargó al inocente vocablo *luxuria* con su connotación de pecado y distinguió entre *copola carnis*, la que se practica con finalidad reproductiva, y *copola fornicatoria* encaminada solamente a la obtención de placer y por lo tanto pecado. Esos desvaríos de San Agustín los legitimaron después otros Padres de la Iglesia, todos ancianos malcontentos a los que ya no se le ponía dura.

—Ya veo —dije.

Prosiguió Asmodeo:

—La Iglesia ha puesto tantas trabas al legítimo placer del sexo que la sociedad ha producido una doble moral: la oficial, la de la apariencia, ajustada a la tiranía de los curas, y la verdadera, en la que cada cual se satisface subrepticiamente, curas incluidos. La sabiduría popular lo ha formulado de manera irreprochable: «si en el sexto no hay perdón / ni en el noveno rebaja / ya puede nuestro señor / llenar el cielo de paja».

—O sea que la jodienda no tiene enmienda —observé.

—En efecto. Juan Ruiz, arcipreste de Hita, hombre bregado y mundanal, lo dejó dicho en el siglo XIV:

Como dice Aristóteles, cosa es verdadera
el mundo por dos cosas trabaja: la primera
por tener mantenencia; la otra cosa era
por tener juntamiento con hembra placentera[3].

—Hasta los moros os superan en ese aspecto —prosiguió Asmodeo—. Recuerda las palabras del teólogo Ibn Hazm: «La unión amorosa es la existencia perfecta, la alegría perpetua, una gran misericordia de Dios. Yo que he gustado de los más diversos placeres y que he alcanzado las más variadas fortunas, digo que ni el favor del sultán, ni las ventajas del dinero, ni el ser algo tras no ser nada, ni el retorno después del exilio, ni la seguridad después de la zozobra, ejercen sobre el alma la misma influencia que la unión amorosa»[4].

Postal, hacia 1900.

CAPÍTULO 1

NO ES POR VICIO NI FORNICIO

España, mediados del siglo XIX. Un país atrasado, analfabeto, adosado a un continente industrial y rico. Sus dieciocho millones de habitantes sobreviven precariamente de una agricultura que no alcanza a alimentarlos. La desnutrición y la falta de higiene matan a uno de cada cuatro niños. De la represión sexual impuesta por la Iglesia solo escapan la alta aristocracia, que siempre hizo de su capa un sayo, y el bajo proletariado, enemigo natural de los curas.

Tradicionalmente la mujer española se ha mantenido encerrada en el gineceo del hogar (la sala del estrado): «Mujer casada, pierna quebrada». Solo sale para cumplir sus devociones, a la iglesia o a un convento cercano, y eso convenientemente escoltada por una criada vieja. Más grave todavía es el encierro de la ignorancia. Se sospecha que la mujer instruida o bachillera puede terminar puteando, o sea, desbocándose sexualmente[5]. En estos tiempos, que son los del reinado de Isabel II, esta consideración permanece plenamente vigente. La mujer de clase humilde es la criada de la casa, a la de clase alta la educan para florero vistoso, con nociones de repostería, pintura y piano, pero nada más.

Doña Eufemia, señora del notario don Práxedes Alvar-Cienfuegos, observa la calle desde el mirador de su mansión, una casa con muchos balcones cerca de la catedral.

Doña Eufemia es una dama de buena sociedad, casada con un hombre importante que la tiene como una reina, con un hogar bien provisto y servida por tres criadas, una cocinera y un cochero.

Doña Eufemia fisgonea desde su atalaya la vida de la ciudad y siente la íntima satisfacción de la persona que ha colmado sus sueños. Hija de un modesto escribiente de la Audiencia, se educó en la convicción de que el único objetivo en la vida de la mujer es casarse con un hombre de estatus social más elevado, lo que se dice un matrimonio «de buena proporción».

Las mujeres de la posición de doña Eufemia viven como en un escaparate: tienen que parecer jóvenes, virtuosas y apetecibles para pescar marido. «La carrera de la mujer es casarse», repiten las mamás. De ahí que cuiden tanto la envoltura y el barniz. Al contrario que ellas, el hombre no necesita de artificios, puesto que vive de un trabajo remunerado o de sus rentas. No depende de nadie[6].

Doña Eufemia tiene derecho a los más variados placeres que la vida regalada puede brindar a una mujer de su posición: vestir bien, comer bien, habitar en una casa

cómoda, recibir a las amigas, escuchar música, leer, pasear…

Solo un placer tiene vetado doña Eufemia: el venéreo. En tiempos de doña Eufemia se educa a las mujeres de clase acomodada en la más completa ignorancia sexual. La mujer debe llegar virgen al matrimonio, con el íntimo precinto intacto como garantía de su inocencia, de que todo su conocimiento y experiencia del sexo lo obtendrá de su marido.

Solamente el día de la boda, le ofrecen alguna confusa y precipitada explicación que la ayude en el trance del desfloramiento:

—No tengas miedo cuando tu marido se te eche encima y te hurgue —le secretea la madre o la amiga de la familia comisionada al efecto—. Tú relájate y te dolerá menos.

O bien:

—Cuando estéis en la cama y Pepe se te eche encima, cierra los ojos, ábrete de piernas y piensa en la Santa Religión[7].

Esta ignorancia suele ocasionar situaciones disparatadas.

—Cuando os quedéis a solas tu marido te hará lo que has visto que hacen los perritos con las perritas —alecciona la madre a una novia virginal. Llegado el momento sublime la aterrorizada muchacha le suplica al esposo:

—¡Felipe, por lo que más quieras, cuando estemos pegados lo único que te pido es que no me arrastres por la acera, que solo de pensarlo me da mucha vergüenza!

Con esa inopia, muchas mujeres somatizan su frustración en problemas físicos o mentales que los médicos diagnostican como «histeria femenina».

En la Inglaterra victoriana, contemporánea del tiempo que estamos describiendo, la ciencia está más avanzada y la histeria se trata mediante masajes en el clítoris aplicados por el facultativo o un ayudante hasta que la paciente alcanza las «convulsiones paroxísticas» (hoy lo llamaríamos orgasmo) que la deja desmadejada y satisfecha. Fin del problema. Doctor, vuelva dentro de quince días para otro masaje, que no sabe usted lo relajada que la deja.

—¿Me está usted diciendo que el médico masturba a la paciente? —Me imagino la conclusión del lector moderno.

—Pues sí. En términos actuales eso es lo que hace. Por mucha barbaridad que le parezca[8].

Doña Eufemia, como toda mujer decente, no siente orgasmos, o si los siente los disimula no sea que el esposo sospeche que es una cualquiera. Esta severa disciplina la padece la española desde hace siglos debido a la presión misógina de los curas que consideran a la mujer una puta potencial desde que San Agustín y otros Padres de la Iglesia lo establecieron así en su doctrina.

Prostíbulo, 1879.

CAPÍTULO 2

EL CASO DE CORÍN TELLADO

Como ejemplo de la falta de formación sexual que perduraría en la clase media española hasta casi nuestros días citaremos el caso de la novelista Corín Tellado que, paradójicamente, fue la guía sentimental, a través de sus ficciones, de millones de mujeres españolas y sudamericanas.

Corín vivía en Gijón, sin mucho trato social debido a su carácter retraído. Después de que su novio de toda la vida aprovechara un enfado no tan pasajero para casarse con otra, Corín, despechada, decidió matrimoniar «con el primero que llegue». Había cumplido treinta y dos años, una edad a la que, en 1959, una mujer se consideraba solterona.

«En aquel tiempo veraneábamos en Viavélez con la familia, pero ese verano decidí quedarme sola en Gijón. […] Una tarde de domingo en que había decidido no salir sonó el timbre y cuando abrí la puerta me encontré al que sería mi marido: Domingo Egusqui Fangroniz, alto, fuerte, buen mozo, dotado de sonrisa pronta, amable y educado. Me explicó que se estaba celebrando en Gijón la Feria de Muestras, que él era agente comercial colegiado, que trabajaba en una empresa de aspiradoras y que aquel domingo había decidido dejar la feria e intentar vender por las casas. Me causó buena impresión que trabajara en domingo, así como el hecho de que fuera vasco. Yo había vivido una temporada en Bilbao, y todo lo vasco me parecía fuerte, limpio, honesto…

»Lo hice pasar a mi despacho, una estancia bien amueblada, con mesa, sillones, sofá y estantería abarrotada de libros, que comunicaba con mi habitación a través de un arco. Simpatizamos y la conversación derivó hacia otros derroteros: qué haces, estás soltera…

»Le dije quién era y lo que hacía. Hablamos de mil cosas. No es que yo apreciara en él una inteligencia superior, pero sí la discreción, pulcritud y educación, que eran para mí cualidades imprescindibles en un hombre. Hablando, hablando, no conectamos siquiera la aspiradora, así que lo emplacé para otro día.

»Fuimos a playas, bailes…, nos divertimos juntos […] Domingo era católico practicante, de Acción Católica, de misa y comunión diaria. Comulgábamos juntos y yo lo veía tan atento y concentrado, rezando, con su ropa impecable, su limpieza absoluta. […]

»Tenía treinta y dos años, una edad a la que la sociedad consideraba que a una mujer soltera se le “había pasado el arroz”, y estaba cansada de ser la rica de la familia bajo cuyo alero se refugiaban familiares gorrones que pensé que, al formar

una familia aparte, me dejarían tranquila»[9].

Corín y Domingo se casaron en 1959, en Covadonga, ante la *Santina*, la patrona de Asturias.

«Llegué virgen al matrimonio. Hoy pienso que la mujer debería llevar una vida intensa, incluso azarosa, antes de estabilizarse en una pareja. En mis tiempos eso era impensable.

»Domingo era tan virgen y tan inexperto como yo. Nos fuimos de luna de miel y tardamos tres días en consumar el matrimonio. Él alegaba que yo tenía no sé qué infantil, que no servía[10].

»Estábamos en Santander, en el hotel Bahía. Lo mandé a consultar con un médico, a ver si era yo la anormal o era anormal la situación. Fue. Yo me quedé en el hotel, esperándolo. El médico le dijo que lo raro sería que entrase en su esposa como Pedro por su casa siendo ella virgen. Ni siquiera se dio cuenta de que le estaban elogiando a la mujer. Regresó con un libro sobre sexualidad, que yo ya había leído. A mí me dio la risa, pero lo solucionamos y seguimos el viaje de novios hasta Cádiz.

»Descubrí mi propia fogosidad, mi pasión soterrada que hasta entonces no se había manifestado, oculta como estaba por una educación represiva. Él aceptó que yo tomara la iniciativa. Sabía que había llegado virgen al matrimonio y no tenía motivos para sospechar de que mi actitud desinhibida procediera de experiencias anteriores. Así, por lo menos, disfruté del sexo. Él, menos. Si yo no hubiera estado tan ciega me habría percatado de su ambigüedad».

Corín Tellado.

CAPÍTULO 3

MELINDRES Y ADULTERIOS

En la tradición cristiana la sexualidad femenina es un monstruo dormido que conviene no despertar porque puede resultar incontrolable hasta el punto de desencadenar un caos social[11]. Ahí tenemos los ejemplos, no por novelísticos menos ciertos, de Madame Bovary y de la Regenta, y las otras heroínas cuyos quebrantos repetidamente retratarán las novelas realistas del siglo.

¿Qué ocurre cuando la mujer explora la sexualidad más allá del reglado tálamo sacramental, o sea, le pone los cuernos al marido?

En este caso, la moral calderoniana sigue vigente: el marido puede matar a la adúltera, así como al causante de su deshonra, contando con la benevolencia de la justicia (una ley que perdurará hasta mediados del siglo XX)[12]. La disculpa de esta tolerancia es más de naturaleza económica que moral: es lícito que el hombre se asegure de que los hijos nacidos en el matrimonio son suyos. No quiere deslomarse media vida para alimentar la progenie de otro.

Si la literatura se nutre de mujeres que sucumben a la tentación, las de carne y hueso se manifiestan mucho más resistentes al Maligno. Doña Eufemia pertenece a esa casta de esposas tan íntegras como doña Petronila Livermore, la digna esposa del potentado José de Salamanca, una señora tan cristianísima (y victimista) que hizo de su vida una prolongada penitencia, baste decir que su «único vestido fue el hábito del Carmen»[13].

Ya podemos imaginar que el sexo matrimonial en tiempo de nuestros tatarabuelos resulta monótono y aburrido, especialmente cuando la esposa, que duerme con un espeso camisón de hilo cerrado por una cinta en el cuello, al notar la aproximación del marido que demanda cumplimiento conyugal, se arrodilla en la cama y con los ojos puestos en el crucifijo barroco y sangrante que preside el tálamo, recita: «Señor, no es por vicio ni fornicio, que es por dar hijos a tu servicio» antes de remangarse el hábito y separar las piernas con el mismo entusiasmo que mostraría si estuviera en una mesa de operaciones para extraerse la vesícula.

El sexo conyugal, sin diálogo, sin comunicación de sentimientos, sin la ternura, el precalentamiento y la posesión reposada que requiere, se torna un mero trámite. El esposo utiliza a la esposa como simple evacuatorio y la despacha en el tálamo con una faena de aliño. Reserva las tardes de gloria para la querida, si la hubiera, o para las putas, esas mujeres bullangueras y desinhibidas con las que está acostumbrado a copular desde que era soltero.

La mujer decente, deformada por una educación represiva que inculca la honestidad, es decir, la «fuerte resistencia al acto carnal» como virtud específicamente femenina, tiene grandes probabilidades de ser frígida. Una mujer decente está obligada a sentir una natural repulsión por el sexo. Si se rebaja a practicarlo, siempre con el esposo, naturalmente, es solo por obediencia debida al marido y a la Iglesia (en cumplimiento del débito conyugal que se orienta a engendrar hijos que perpetúen la especie). Sumemos a ello que la Iglesia considera perversión cualquier práctica que difiera del coito en la postura del misionero. Variaciones no, que son pecado.

Si, a pesar de todo, la sabia naturaleza obra el milagro de deparar un orgasmo a nuestra resignada ama de casa, cabe la posibilidad de que al día siguiente madrugue para ir a la iglesia a denunciar tan alarmante experiencia ante su confesor y padre espiritual, el padre Próculo Gaztambide S. J.:

—¡Padre, me acuso de haber gozado con mi marido!

Al célibe se le hace la boca agua:

—Detalles, hija mía: cuéntamelo con todos los detalles a fin de que evalúe la gravedad del pecado.

—No sé, reverendo padre, estaba yo contando los tubitos de la lámpara del techo como hago siempre, cuando empezó a subirme como un calor de mis partes y de pronto ya no vi nada, sino que me dio como un espasmo de gusto como si se hubieran abierto los cielos… ¡yo creo que hasta vi a Dios, padre!

El cura tuerce el gesto. La doctrina oficial de la Iglesia lleva siglos desaconsejando el orgasmo femenino, esa alteración de la naturaleza que pone en peligro el orden natural[14]. «Sensaciones voluptuosas humillantes, pero estas son solo una etapa que prestamente se franquea e introduce en ese piélago de dicha inmensa que es el amor»[15].

Muy en consonancia con la Iglesia, los maridos prefieren evitar que las esposas experimenten placer sexual, pues sospechan que, así como el tigre que ha probado la carne humana no se conforma ya con otra y fatalmente se torna asesino, la mujer que experimenta el orgasmo fatalmente se vuelve adicta y no tiene suficiente con un hombre. Aunque ame a su marido, por fuerza acabará entregándose a otros para satisfacer su natural lascivia. En este razonamiento quizá influye el hecho de que el varón español vive en una sociedad en la que casi todos sus compañeros de especie alardean de proezas sexuales que él se sabe incapaz de emular.

Por esta y otras cautelas, el esposo necesitado de variaciones incompatibles con una esposa decente debe buscarlas en una prostituta. Es una carencia a la que todos se resignan: cualquier cosa menos sacar a la virtuosa esposa de su ignorancia y despertar en ella incontrolables instintos. De ahí que tantos maridos respetables, don Práxedes Alvar-Cienfuegos sin ir más lejos, acudan regularmente al prostíbulo o mantengan una querida fija cuando sus ingresos se lo permiten. Con ellas se pueden permitir todas las suertes del amor, griego y francés incluidos, e incluso pueden acceder a

refinamientos como la «presa de Cleopatra»[16].

Don Práxedes, como miembro respetable de la comunidad, tiene una querida de veinticuatro años, Paquita Luján, redimida de un taller de modistillas, a la que ha puesto piso en la calle Cedaceros. Don Práxedes anda ya por la cincuentena, que a mediados del XIX es una edad respetable, pero todavía apuntala sus batallas en campos de pluma con gotas de cantaridina, poderoso (y peligroso) afrodisiaco. Es don Práxedes, además, un hombre coqueto. Mientras los de su edad suelen gastar barba entera recortada de forma favorecedora, él todavía usa bigote teñido y engomado de manera que se le queden las puntas vueltas, lo que consigue durmiendo con unas incómodas bigoteras de gamuza.

CAPÍTULO 4

PUTAS REGLAMENTADAS

Los hombres del tiempo de don Práxedes están cómodamente instalados en la doble moral. Muchos honrados padres de familia y probos ciudadanos que asisten a misa mayor los domingos, salen con cirios en Semana Santa y observan una irreprochable vida familiar son, al mismo tiempo, visitantes asiduos de los burdeles, también conocidos como «casas de citas», «casas de mala nota», «casas de alcahuetes» y «casas de mala fama».

El siglo XIX se convierte en el gran siglo de los burdeles. La Iglesia los considera un mal menor como aliviadero de rijosos que de otro modo andarían pervirtiendo a las almas cándidas y acosando a las mujeres decentes[17].

El problema de la prostitución es que contribuye a la extensión de la sífilis, enfermedad importada de América por los descubridores. ¿Cómo atajar la sífilis que hace estragos en las grandes ciudades, especialmente entre militares y prostitutas, las dos profesiones más expuestas? La autoridad civil ofrece una posible solución: reglamentando a las prostitutas de manera que tengan acceso a servicios médicos. A partir de 1860 casi todas las ciudades importantes tendrán su cuerpo de médicos higienistas[18].

El Reglamento de Jaén divide a las afiliadas en cuatro categorías: amas de casa con pupilas, prostitutas pupilas, prostitutas con domicilio propio y amas de casa de prostitutas sin pupilas. Cada una de ellas se inscribe en la matrícula o registro en la que figuran, entre otros datos, «la ocupación anterior y causas que la hayan conducido a la prostitución». Se les señala la «obligación de presentarse puntualmente y con la mayor compostura en el gabinete de higiene, provistas de sus respectivas cartillas». Los médicos higienistas encargados de examinarlas deben haber cumplido los treinta y cinco años de edad y llevar como mínimo diez de ejercicio[19].

Los reglamentos señalan también los impuestos municipales que debían satisfacer los burdeles, según sus categorías: los de primera, veinte pesetas; los de segunda, diez, y los de tercera, siete cincuenta. Sumemos a ello que las prostitutas inscritas abonan una mensualidad por los servicios médicos y cartilla sanitaria, lo que las convierte en una saneada fuente de ingresos para los gobiernos civiles (cien mil pesetas mensuales recaudaba el de Barcelona en 1882)[20]. Las que contraen la sífilis tienen que ingresar en el hospital de contagiosos de su zona, a menudo asistidos por monjas casi siempre exentas de misericordia que las someten a un régimen

punitivo[21].

La vida laboral de las prostitutas es breve. Comienzan a ejercer muy jóvenes, casi niñas[22], pero después de los treinta años, ajados sus encantos, deben replegarse a empleos subalternos en ínfimos burdeles. Algunas se ganan la vida vendiendo flores, cerillas o bagatelas por la calle. Las más resignadas se recogen, de limosna, en los conventos de Arrepentidas y otras instituciones redentoras como la fundada por la Madre Sacramento (en el siglo María Micaela del Santísimo Sacramento, vizcondesa de Jorbalán). Tan solo las que algún enamorado solvente retira del oficio alcanzan una vejez tranquila y sin sobresaltos, pero esas son una exigua minoría.

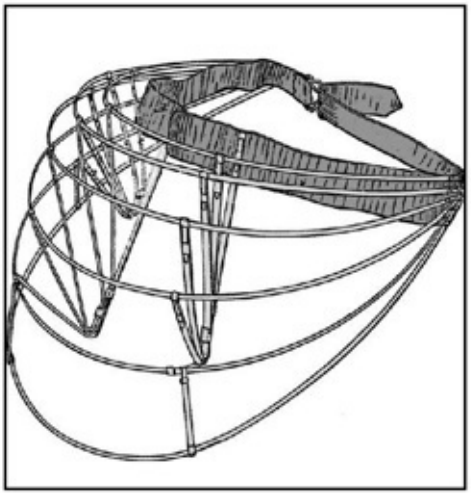
Frente a los gobernantes partidarios de regular la prostitución como medio de atajar las enfermedades venéreas surgen los prohibicionistas, gente pía incapaz de separar moral e higiene que, apoyada por la Iglesia, pretenden abolirla[23].

CAPÍTULO 5

UN COJÍN EN EL TRASERO

Vayamos ahora al vestido. La dama que puede permitírselo tiene un guardarropa nutrido con vestidos carísimos confeccionados a mano. En los de más ceremonia, que pueden valer un capital, puede lucir la abierta flor del generoso escote con sus mórbidos pechos batidos por los marfileños aletazos del abanico que «se abre y cierra como una vagina metonímica».

Desde mediados de siglo triunfa el polisón, un armazón de varillas o una almohadilla sujeta a la cintura que ahueca la falda por detrás y proporciona la apariencia de un imponente trasero. A este glúteo postizo, vestigio del miriñaque y del guardainfante de épocas anteriores, lo sucederá, ya finando el siglo, el corsé, máximo exponente de la tiranía de la moda, un artefacto que oprime la cintura para reducir la silueta y resaltar busto y caderas.



Armadura polisón.

Las mujeres del pueblo se libran de estas extravagancias porque se mantienen fieles a una indumentaria simple y práctica: sayas hasta el suelo, justillo que aprieta la cintura y eleva el busto, pañolón en verano y mantón de lana en invierno.

No existe todavía la lencería íntima. Las damas de la Restauración no usan bragas, sino una serie de enaguas más o menos delicadas y numerosas, dependiendo de la ocasión. Los contemporáneos de don Práxedes las pasan moradas para desnudar a una mujer, debido a los sucesivos corpiños, fajas, ligueros y camisas con que reviste sus encantos.

—¡Más laborioso que hacer una mudanza![24]

Dos prendas femeninas se prestan a cierto juego erótico: el amplio abanico que

exhibe y oculta alternativamente el generoso escote[25] y el zapato breve que eleva el ruedo de la falda lo suficiente para permitir una visión fugaz del tobillo e incluso de la torneada pantorrilla que algunas damas exhiben pícaramente como al descuido.

«Tobilleras» son, precisamente, las jovencitas que todavía visten de corto (el primer menstruo marcará el momento de vestirlas de largo), pero ya van entrando en edad de desbravar y ensayan sus primeras coqueterías.

Aunque la mujer de cierta posición social llegue al matrimonio virgen e ignorante, se aprecia socialmente que el recién casado acceda al himeneo con la lección aprendida. Esta exigencia que, sin duda, podemos calificar de injusta, tiene, sin embargo, cierta disculpa si lo consideramos bajo el carácter de macho inseminador al que la naturaleza ha condenado al varón. Ante la dificultad de iniciarse con mujeres decentes, el hombre de cierta clase social se ejercita en prostíbulos o con chicas de inferior categoría (lo clásico en casas de alcurnia es iniciarse con las criadas)[26].

Entre las mujeres del pueblo, o sea, las pobres obligadas a ganarse la vida como obreras o criadas, la situación es distinta. A salvo de las rígidas normas morales impuestas por la Iglesia, no tienen más acicate para conservarse vírgenes que el de aportar el himen como parte de la dote matrimonial. Una vez casadas se dejan de dengues y participan activamente en el coito convencidas de que «el cariño verdadero entra por el meadero».

Consecuencia de la permisividad de los sectores más populares de la población y de la doble moral que afecta a los superiores es que la tasa de hijos ilegítimos sea muy elevada. No solo en las grandes ciudades (a las que muchas pueblerinas van a dar a luz y quedan de criadas o prostitutas), sino incluso en las más pacatas ciudades de provincias y en el medio rural.

Las parejas de hecho resultan cada vez más frecuentes en las clases bajas progresivamente alejadas de la Iglesia. Sumemos a ello los abundantes casos de bigamia, lo que fuerza al Gobierno, muy en contra de la voluntad de la Iglesia, a proyectar la Ley de Divorcio de 1851[27].

FAJAS Y CORDONES

CAPÍTULO 6

ISABELONA GOLFONA

Ninguna figura histórica podría representar mejor que la reina Isabel II la emancipación sexual de la aristocracia española. Aunque fue reina desde los tres años, su madre se desentendió de ella y confió su educación a cortesanos que iban cada cual a lo suyo. Así salió[28].

Apenas cumplidos los trece años, ya moza rolliza y bien tetada, Isabel II se inició en el fornicio con Salustiano Olózaga, el ayo encargado de su instrucción. A esa temprana iniciación o a los genes borbónicos atribuyen algunos biógrafos la vehemencia sexual de esta reina que pasó por la vida como una perra en celo, ayuntándose con todo el que le apeteció sin atender al qué dirán ni a las consecuencias[29]. Una posible disculpa sería que por razones políticas la casaron muy en contra de su voluntad, a los dieciséis años, con su primo Francisco de Asís de Borbón, más conocido como «doña Paquita» a causa de sus inclinaciones sexuales[30].

Creció Isabel y se convirtió en una reinona gorda y fofa, castiza y chulapona, hipocondriaca y fecunda. Sus escándalos sexuales quedaron debidamente reflejados en un libro de crueles caricaturas que se atribuyen a los hermanos Bécquer[31].

Isabel II y consorte.

Cuando Isabel dio a luz al futuro Alfonso XII algunos cardenales romanos se resistían a que el papa lo bautizara, como era costumbre, dado que era hijo adulterino, pero el Santo Padre, magnánimo como requiere el cargo, echó pelillos a la mar y, comprendiendo que la monarquía era un firme apoyo de la Iglesia, no vaciló en apuntalar a Isabel y hasta la condecoró con la más alta distinción vaticana, la Rosa de Oro.

—Pero… ¡es una *puttana*, Santidad! —objetó el cardenal secretario.

A lo que Pío IX replicó con una sonrisa seráfica:

Isabel II con el intendente Carlos Marfori y Francisco de Asís (libro de los hermanos Bécquer).

—*Puttana, ma pia* (Puta, pero piadosa)[32].

Papas aparte, los juicios sobre nuestra reina más oronda varían grandemente: «Desenvuelta, castiza, plena de espontaneidad y majeza, en la que el humor y el rasgo amable se mezclan con la chabacanería y con la ordinariez, apasionada por la España cuya secular corona ceñía y también por sus amantes» (José Luis Comellas). «Isabel II no fue una ninfómana; simplemente estuvo mal casada. Es cierto que tuvo muchos amantes, pero eso era habitual entre la aristocracia y la realeza de la época» (Isabel Burdiel).

En esa perpetua tensión entre pecado y virtud que constituye la íntima esencia de lo español, Isabel II, devota cristiana a pesar de todo, confió su dirección espiritual a dos esperpénticos personajes: su confesor el padre Claret, un minúsculo y enjuto clérigo atormentado por la permisividad sexual de los nuevos tiempos, y sor Patrocinio de las Llagas, una monja histérica y falsaria que había sido procesada por fingidora de milagros.

Isabel II fue expulsada del trono por la «Gloriosa Revolución». El pueblo se echó a la calle al grito de «¡Abajo la Isabelona, fondona y golfona!» (Gran decepción porque ella creía que la adoraban).

Así terminaron los marchitos esplendores de aquella esperpéntica corte de los milagros.

La Gloriosa Revolución acarreó tal desbarajuste, que los militares decidieron reinstaurar la monarquía. Tras peregrinar por diversas casas reales europeas en busca

de un candidato idóneo ofrecieron la corona al duque de Aosta.

Amadeo I de Saboya era un hombre bondadoso, pero algo alelado. Compensaba los sinsabores del Gobierno refugiándose en su despacho a leer novelas pornográficas francesas y a examinar con lupa las viñetas y fotos explícitas de damas recibiendo a porta gayola que puntualmente recibía de París por valija diplomática.

No duró mucho Amadeo. Después de dos años en el incómodo trono abdicó, hizo las maletas y se volvió a Italia. Hizo un conmovedor discurso de abdicación que en obsequio de la brevedad resumiremos en tres palabras: «Que os den».

Las Cortes proclamaron una Primera República que también terminó, después de breve singladura, como el rosario de la aurora. Su primer presidente, Estanislau Figueras, acabó tan harto de aquella asamblea ingobernable que, aparcando la cortesía parlamentaria, se despidió con las históricas palabras:

—¡Señores diputados: estoy hasta los cojones de todos *nosotros*!

Y se marchó a París, el destino dorado de los exiliados españoles de todos los tiempos (¿Qué tendrá París?).

Ya que hablamos de amores y de lujurias, diremos que el último presidente de esa malhadada república, don Emilio Castelar, de cincuenta años de edad a la sazón, vivió una tórrida historia de amor con el agraciado joven de veinte años José Lázaro Galdiano[33].

En aquel tiempo, los homosexuales se reunían en clubes si no secretos, discretos, como el Café de Levante, el Vapor o el Alameda de Madrid o ciertos establecimientos del Barrio Chino de Barcelona. En algunos, hacia final de siglo, se celebraban multitudinarias ceremonias de admisión o «bautizos» en los que los socios presentaban en sociedad a los nuevos miembros[34].

Los militares se plantearon la posibilidad de una restauración borbónica, especialmente después de que Isabel II, políticamente quemada, abdicase en su hijo Alfonso XII.

El hijo de Isabel II era un chico moreno, bajito, no mal parecido, con el rostro menudo y enmarcado por escaroladas patillas, a la moda prusiana. De salud andaba solamente regular. Tenía afición a las mujeres, no se sabe si por tuberculoso o por Borbón, y también le gustaba codearse con el populacho en tabernas y colmaos, como a su abuelo Fernando VII.

Alfonso regresó a España con dieciocho años, después de cinco de exilio e inmediatamente se prendó de su prima hermana, María de las Mercedes de Orleans y Borbón, y se casó con ella contra los concordantes pareceres de Isabelona y de Cánovas.

—Para eso soy el rey.

La novia, María de las Mercedes, era bajita, guapa y regordeta. Potable, francamente, si se me disculpa el comentario machista. Para acabar de redondear una historia tan romántica la chica murió a los seis meses de casada. Ese medio año fue para la pareja una prolongada luna de miel: pasaban más de doce horas diarias en la

cama, dale que te pego[35]. Deshecho de dolor, el joven viudo se retiró al palacio de Riofrío donde lo esperaba para consolarlo su amante fija, la cantatriz Elena Sanz.

España necesitaba un heredero que garantizase la continuidad de la monarquía, así que el joven Alfonso reincidió en el matrimonio, esta vez sin tanto entusiasmo, por deber de Estado, ya que la esposa que le agenciaron, María Cristina de Austria, no era lo que se dice su tipo. A él le gustaban llenitas, a la moda de la época, y Cristina era, más bien, delgada y huesuda. Además, tampoco era un dechado de simpatía y cordialidad, sino un poco envarada y seca, el tipo de institutriz germánica. Y culta, eso sí, que la señora hablaba varios idiomas y tocaba el piano, pero a don Alfonso, como buen Borbón, la cultura lo traía al fresco. El pueblo, siempre tan captador de matices, aunque luego, en lo fundamental, muchas veces yerre, apodó a la nueva reina *Doña Virtudes*. Alfonso cumplió en el lecho como un caballero, pero nunca sintió una gran pasión por ella[36].

Conviene notar en este punto que en aquel tiempo la norma europea exigía que las queridas fueran artistas de una categoría proporcional a la del beneficiario que las gozaba. Era una cuestión de prestigio[37]. En tiempos de Alfonso XII pululan por las cortes y los casinos de la próspera Europa famosas cortesanas cuyos favores se disputan reyes, millonarios y hasta adustos presidentes de la República[38]. La rendida adoración de la mujer se convertía en exaltación de su carnalidad cuando se trataba de famosas cortesanas o artistas de éxito deseadas por muchedumbres de admiradores[39].

En España, modesta potencia de segunda clase, se reproduce también ese esquema[40]. Si Luis I de Baviera medio arruinó su reino por servir a la cortesana más famosa, la irlandesa María Montez, una mujer tan excitante que al más inapetente le ponía el miembro como el pescuezo de un cantaor flamenco[41], es natural que Alfonso XII escogiera a una *sex symbol* de celebrada belleza, la contralto Elena Sanz, a la que Castelar describe como «una divinidad egipcia, los ojos negros e insondables, cual los abismos que llaman a la muerte y al amor», y Pérez Galdós, más prosaico, «espléndida de hechuras y bien plantada»[42].

Doña María Cristina, tan germánica en todo, se enamoró ardientemente del esquivo e infiel Alfonso, y aunque era mujer de carácter, soportó con resignación sus infidelidades, si bien en un par de ocasiones estuvo por tirar la toalla y hacer las maletas. Pero como era una gran profesional, disimuló y continuó sonriendo en los actos oficiales, aunque la procesión iba por dentro. Solo cuando en 1885 el rey murió (de tuberculosis, a los veintiocho años) y ella accedió al poder como regente mostró lo celosa que era: su primer acto de gobierno fue retirarle la pensión a la Sanz[43].

Es fama que en su lecho de muerte, Alfonso XII confió a su inminente viuda un cínico testamento político: «Cristinita, guarda el coño, y de Cánovas a Sagasta y de Sagasta a Cánovas», estupenda formulación de la teoría canovista de la alternancia en el poder. Y Cánovas, desolado ante la enormidad de las responsabilidades que veía

venir, no pudo evitar exclamar: «¡Qué conflicto! ¡Y con esta tonta!».

A doña Cristina, *la Virtudes*, no se le conoce desliz alguno, que su piedad y su carácter la abroquelaban contra la lujuria. Tampoco su entorno se prestaba a muchas alegrías. Un embajador de Marruecos, después de su entrega de credenciales, informó al sultán: «El Palacio Real, un edificio extraordinario; pero el harén, flojito, muy flojito». Aludía el moro al séquito de ancianas marquesonas y severas damas de compañía que rodeaban a *doña Virtudes*.

CAPÍTULO 7

EL PRESERVATIVO

La moral pública se resquebrajó considerablemente en la segunda mitad del siglo. Entre 1860 y 1880 aparecieron en Madrid los cafés cantantes, ruidosos establecimientos intermedios entre café y taberna que divulgaron no solo el género ínfimo francés (las *frivolités* o *varietés*), sino la canción flamenca, la copla y la danza criolla[44].

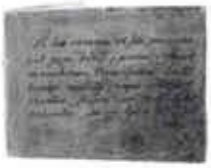
Los cafés cantantes, rápidamente extendidos a las grandes ciudades y zonas industriales, portuarias o mineras, eran frecuentados por toreros, *demi-mondaines* y chulaponas, lo que atrajo irremediablemente a los *pollo pera* de la alta burguesía[45]. En Madrid gozó de justa fama El Salón Japonés, en la calle de Alcalá, donde Baroja vio actuar a la célebre cupletista la Fornarina.

Clamaban los púlpitos contra la relajación moral de la clase acomodada, contra los teatros cuyos palcos constituían «un ambiente de inmoralidades cuando no de salvajadas», contra los impíos pasatiempos de las clases populares, los bailes de candil, las eras, las romerías promiscuas… Todo en vano. La moral flaqueaba. París irradiaba su prestigio y sus costumbres al resto de Europa y la lujuria ganaba terreno a la decencia. Incluso damas de la alta sociedad, como María Lafitte, condesa de Campo Alange, exhibían sus sucesivos amantes sin ningún recato.

Y a este desastre vino a unirse la aparición de un invento diabólico que conjuraba los peligros de la sífilis, la gonorrea y el chancro blando: el preservativo.

En el siglo XVIII existieron preservativos de tripa de cordero o de vejiga de cerdo, pero se adaptaban mal al miembro y resultaban bastante insatisfactorios[46]. El preservativo moderno nace en 1844 cuando Hankock y Goodyear inventan la vulcanización, pero solo empieza a divulgarse, entre clases acomodadas europeas, a partir de 1880. Inmediatamente le surgieron detractores: «Lo que no es moral, no es ni puede ser higiénico; así como lo que no es higiénico, no es ni puede ser moral […] ¿Qué sería de la sociedad si la lujuria y el libertinaje quedasen libres de todo castigo orgánico, a favor de un salvoconducto, de un preservativo seguro?»[47]. «Sapientísimamente ha querido Dios, que el vicio de la lujuria llevara una sanción penal […] en las enfermedades que […] hacen sufrir al cuerpo…»[48].

GOMAS Y LAVAJES



Preservativo de tripa de cordero, 1813.

Anuncio, 1923.

Comercio de gomas, Barcelona, 1955.

Condón reutilizable, 1948.

Anuncio, 1930.

Anuncio y reacción en prensa a la campaña para el uso del preservativo de 1990.

CAPÍTULO 8

HIGIENISTAS VERSUS MORALISTAS

El siglo XX hereda el viejo debate entre amor divino y amor humano que desde hace más de un milenio divide a la sociedad española. Lo que acaba de inclinar la balanza hacia el lado de la libertad es un fenómeno importado de Europa: la mujer se libera, dentro de un orden, como consecuencia de la primera guerra mundial, en la que tiene que abandonar el hogar para ocupar los puestos de trabajo abandonados por los hombres que combaten en los frentes. Terminada la guerra, una insumisa generación de chicas liberadas que se ha acostumbrado a disponer de su propio dinero decide resistirse a la presión social que intenta devolverlas a las tareas del hogar: la reclamación de igualdad de derechos por un incipiente movimiento feminista, hasta entonces testimonial y hasta pintoresco, cala profundamente en la mujer. Ni siquiera los buenos oficios del papa de Roma que amonesta a los esposos contra toda tentación de «viciar el acto de la naturaleza» bastarán para devolver al redil a la oveja rebelde[49].

La oleada de libertad femenina desbordó los Pirineos y anegó España o, más exactamente, sus grandes ciudades porque la España agraria y provinciana permanecería anclada en el pasado hasta mediados de siglo[50].

El logro más ambicioso de la mujer fue su derecho al orgasmo, respaldado por respetables higienistas, con la consiguiente alarma de un sector de la población masculina que se vio obligado a mejorar su rendimiento conyugal[51]. Por otra parte, la nueva libertad de costumbres y el teléfono emanciparon a las adúlteras de la complicidad de sus criadas, una antigua dependencia que propiciaba chantajes. En fin, las mujeres modernas, si creemos al cardenal Gomá, «andan por la tierra como diosas carnales (olvidando que) su figura tan adorada será dentro de poco un montón de corrompida materia sin más caricias que la de los gusanos que la festejarán para adorarla»[52]. También son ganas de aguar la fiesta.

El cine y las novelas de amor ejercen cierta pedagogía sexual en la mujer y contribuyen a su liberación sexual muy en contra del parecer de la Iglesia[53]. «La lujuria pública llega al delirio», clama el filósofo Unamuno[54]. En 1926, el cardenal Gomá arremete de nuevo contra la corrupción enervadora de las costumbres y la inmoralidad que amenaza a la grey cristiana. «Estad en vela. Cerrad a cal y canto vuestras casas al libro, a la revista, al periódico que no lleven la marca cristiana. Fiscalizad a vuestros hijos del terrible peligro de los espectáculos de hoy»[55].

En la vida social de las grandes ciudades se abre camino el *flirt* o coqueteo, una conquista amorosa efímera que valora el sexo por sí mismo sin implicaciones de noviazgo o de matrimonio.

El abismo existente entre las costumbres sexuales de la ciudadanía y lo que la Iglesia y sus pastoreados fieles consideraban moralmente legítimo se ahonda hasta constituir un obstáculo insalvable. Mientras la sexualidad desinhibida y libre gana terreno, los moralistas continúan anclados a la casuística que distingue entre vasos legítimos y vasos ilegítimos, aludiendo a los orificios corporales practicables.

Todo en vano. Voces que claman en el desierto. Proliferan los concursos de belleza (importados en 1929); desde el gabinete de los hogares elegantes la revista *Crónica* catequiza al país con sus ideas avanzadas, con sus misses en maillot y hasta con turbadores desnudos pretendidamente artísticos; las revistas *Vida Galante*, que tira hasta cincuenta mil ejemplares, y *Pentalfa*, especializada en desnudos a todo color, circulan de mano en mano en talleres y oficinas; se venden como rosquillas las novelas eróticas de El Cuento Semanal, donde aparecen las firmas de escritores sicalípticos tan reputados como Felipe Trigo, Eduardo Zamacois y Pedro Mata (por cierto, uno de los autores favoritos del profesor Tierno Galván)[56].

Las clases populares, influidas por organizaciones de izquierdas que se declaran ateas, se apartan decididamente de la Iglesia y se muestran más que inmorales, amorales[57]. En el otro extremo del arco social, las clases instruidas se convierten a la nueva religión higienista predicada por Eugene Echeimann, que prescribe el coito como medio para alcanzar una saludable longevidad ya que «previene el infarto, activa la glándula tiroidea, quema colesterol y calorías, ejercita cada músculo del cuerpo, y refuerza, pero no sobrecarga, el corazón, al obligarlo a bombear más sangre por un corto periodo tras el que descansa»[58].

Por su parte, la aristocracia de sangre o de dinero se mantiene en la doble moral: Semana Santa de mantilla o hábito de penitente, rezo del santo rosario a diario, misa mayor los domingos, capellán invitado a chocolate con picatostes los jueves, polvete con la querida o el amante los miércoles y los viernes y conculcación del sexto mandamiento cada vez que sea menester o se apareje ocasión[59].

CAPÍTULO 9

LAS CHICAS DE PENAGOS

La nueva mentalidad se reflejó incluso en la moda. Durante los primeros años del siglo se mantuvo la tiranía del corsé de ballenas, provocador de femeninas esteatopigias, pero hacia los años veinte, como un símbolo más de la renovada Europa nacida de las cenizas de la Gran Guerra, el corsé desapareció y se impusieron la *gaine*, faja corta que oprime solo vientre y caderas y el sostén, una prenda absolutamente moderna[60]. Al propio tiempo, la figura femenina se estilizó y el ideal de belleza cambió radicalmente en tan solo unos años, para dar paso a la muchacha estilizada y deportiva, la mujer moderna, la chica que acertó a describir el dibujante Penagos conjugando opuestos con sabio eclecticismo: mínima cintura, torneadas extremidades, pierna larga y culito levantado (piadosa licencia del artista, pues es bien conocido que la ibérica suele ser paticorta y culibaja), desenvuelta, coqueta, de carnes prietas, muslos redondeados, pechitos respingones como caídos para arriba, pelo cortado a lo *garçon*, la raqueta del *tennis* bajo el brazo y hasta cierta tendencia a usar atuendos masculinos.

La chica Penagos convivió con modelos más carnales que proponía Hollywood, donde la moda evolucionaba de la mujer fatal, Greta Garbo, a la mujer letal, Mae West, de la vampiresa huesuda a la jamona suculenta, de la damisela lánguida y escurrida a la mórbida hembra opulenta y láctea.

Este prototipo fue cálidamente aprobado por el público hispano y más tarde por el occidental convertido a Jean Harlow, la fina carrocería platino enfundada, como una pantera, en satén negro. Hubo, eso sí, las voces discrepantes de algún embrionario colectivo feminista que percibió en aquella moda un retroceso hacia la ancestral cosificación de la mujer. Julio Camba zanjó la discusión con autoridad y doctrina: «No veo que haya incompatibilidad ninguna entre los derechos de la mujer y la opulencia de sus carnes. Es más, creo que las carnes constituyen, precisamente, uno de sus derechos»[61]. Ahí tenemos, sin ir más lejos, la imagen juvenil de María Teresa León, la musa de Alberti, puñito cerrado, dulce, guapita y maciza que compaginaba tales prendas con su esencia de mujer liberada y culta latiniparla[62].

María Teresa León.

La gran masa analfabeta prefería un erotismo más directo. El cine erótico, los cafés cantantes, los cabarets *top-less*, los prostíbulos y las salas de baile ganaron adeptos. En las grandes ciudades proliferaban las salas de baile-taxi en las que por una peseta cincuenta céntimos el cliente se podía refregar contra alguna de las chicas del local, todas ellas a cuál más jamona y maciza, carnes firmes oliendo a jabón y a colonia, por espacio de cinco pasodobles. Algunos clientes peregrinaban desde lejanos pueblos, donde dejaban casta y enlutada esposa embutida en sobrefaldas, tocas y medias de canutillo, solo por incurrir en la vanidad de contarlo, con los correspondientes aumentos, en la tertulia de la era o del casino.

Los cines se convirtieron en «antros de lascivia, en los que se compra y se paga el deleite fugaz de unos minutos al amparo de la oscuridad»[63]. Los moralistas sabían que el noventa por ciento de los atentados contra la pureza se perpetraban en el cine durante las dos horas en que los novios se hallaban en propicia oscuridad. En 1929 el director general de Seguridad, Millán de Priego, había intentado separar los sexos en los cines, pero la drástica e impopular medida no arraigó. Las parejas se refugiaban en la última fila, «la de los mancos», para asegurarse de que sus manipulaciones no serían observadas por los espectadores de atrás. Se percibía al final de las salas ese característico tufillo a coliflor hervida del semen revenido[64].

La educación sexual estaba de moda. Se editaban libros y revistas de información sexual y las conferencias sobre el tema tenían asegurada una nutrida concurrencia[65]. Entre los autores conocidos del gran público que se ocuparon del asunto figuraban don Gregorio Marañón (*Ensayos sobre la vida sexual*, 1926) y el pensador don José

Ortega y Gasset, tras cuyos *Estudios sobre el amor* (publicados entre 1926-1927) los donjuanes españoles aprendieron a considerar el amor como estado de locura transitoria y «atención anormalmente detenida en otra persona».

SEX SYMBOLS AÑOS VEINTE Y TREINTA

Jean Harlow

Marlene Dietrich

Greta Garbo

Celia Gámez

Mae West

Marlène Grey

CAPÍTULO 10

ELLAS RESISTEN

Pepe Cabrera Escañuela, veinticuatro años, escribiente de la compañía de seguros El Hércules Hispano, corteja a Elvira García Romo, dieciocho años, de profesión sus labores, o sea prepararse para ser ama de casa, madre y esposa porque la carrera de la mujer es casarse, como le han inculcado desde la más tierna infancia.

El ritual de apareamiento de la especie humana hispánica no es menos complicado que el del ave del paraíso. Pepe y Elvirita se vieron primero en el paseo, durante la fase de ojeo, después él consiguió que un conocido común los presentara y la saludó un par de domingos —en presencia de los padres de Elvirita— a la salida de la misa mayor.

Siguiendo el ritual establecido entre las clases acomodadas, que también imitan las de medio pelo, Pepe le declara su amor a Elvirita por carta, o mejor, por cartas, porque la primera se la devuelve sin abrir; la segunda, la abre y la contesta con débiles calabazas, y la tercera la responde en términos más amistosos. Entre la gente menos bien, y, como hemos de suponer, esta categoría incluye a la inmensa mayoría analfabeta, la convención epistolar se sustituye por la ronda o asiduo seguimiento en el paseo, quizá acompañando a la chica, siempre a prudente distancia, en sus paseos a la estación de ferrocarril, adonde mucha gente acude a ver pasar los trenes. De esta etapa platónica se pasa a dar conversación, aprovechando alguna fiesta, en presencia de la madre o las tías de la novia, y ya sin más preámbulo se piden relaciones a los padres o tutores.

Después de este trámite, el noviazgo es oficial: Pepe y Elvirita están formalmente prometidos y reciben los parabienes de los amigos. Más adelante los padres de Pepe visitan a los de Elvirita y la muchacha se muestra especialmente recatada y hacendosa, en presencia de su futura suegra. A ruegos de la madre o de una tía que asiste al encuentro la muchacha mostrará los primores que está cosiendo para su ajuar: sábanas y más sábanas de hilo de la prestigiosa fábrica viuda de Tolrá bordadas con sus iniciales entrelazadas.

—No es porque sea mi sobrina, pero es que Elvirita es muy hacendosa. A mujer de su casa no le gana nadie.

Llegada la hora del café, Elvirita apenas probará los bizcochos y pastelitos aportados por los visitantes (debe dar la impresión de ser mujer de poco gasto). El compromiso se formaliza en una segunda visita en la que se fijará la fecha de la boda y los novios intercambiarán regalos (una pulsera para ella y unos gemelos para él).

Pepe y Elvirita son novios formales. Ya pueden pasear solos, siempre por lugares

públicos y respetando una distancia adecuada «que deje pasar el aire entre ellos» (si están en un pueblo incluso es posible que los acompañe, a cierta distancia, una señora de edad y respeto, «la carabina»).

Hasta ahora los novios no se han tocado más allá de estrecharse la mano en el saludo. Pepe tiene evaluado el físico de Elvirita y la encuentra apetecible: buenos muslos, trasero capaz y busto suficiente. Acepta que Elvirita es una chica decente que solo rendirá su prenda dorada, la virginidad, después de pasar por la vicaría, pero hasta entonces quisiera mitigar la espera con algún anticipo razonable, un magreo clandestino sin llegar a las bragas, una soba en las tetas notando cómo los pezones crecen y se endurecen, una pajilla detrás de la puerta antes de la despedida, ¡algún adelanto, coño, que no somos de piedra…![66]

Aquí se nos representa el tira y afloja de los novios. Él pidiendo y ella negando, cada uno en su papel. Elvirita viene aleccionada por la madre y acaso por el confesor:

—Niégate a todo. Tienes que hacerte respetar porque si le das carrete y consientes te tomará por una cualquiera y en cuanto obtenga lo que busca te despreciará y te dejará plantada, que todos los hombres son iguales: prometer hasta meter.

En el mundo rural las costumbres son, si cabe, más adustas y por lo tanto los artificios para vulnerarlas más heroicos. Los novios pelan la pava en la casa de la novia, el muchacho en la calle, ella dentro, con la reja de una ventana de por medio, a la vista de todos.

En algunos pueblos manchegos, cuando llovía, disponían una manta en la ventana y el novio se cobijaba debajo, lo que favorecía jugosas intimidades. En otros lugares, los novios se hablaban en el corral, con el portón cerrado por medio, a pesar de lo cual, como los maderos raramente encajan, se producían indeseadas preñeces. Más difícil parece que algunas novias quedaran embarazadas después de pelar la pava a través de la gatera del portón (costumbre de Arcos de la Frontera y otros pueblos andaluces en los años treinta del pasado siglo), pero sabemos de casos certificados y notorios y lo aceptamos como un misterio más de nuestra brava tierra donde siempre se ha venerado el de la Purísima Concepción.

Novios pelando la pava. Arcos de la Frontera, 1930.

En las largas veladas invernales, el novio formal era admitido en el brasero de la mesa camilla familiar en amable tertulia con la familia de la novia, escuchando la radio o jugando al parchís, al naipe, a las damas o, ya en mayor confianza, que el largo noviazgo daba para tanto, ayudando a la suegra a devanar una madeja de lana o limpiar lentejas sobre el hule de plástico o rezar el rosario en familia. Incluso en estas circunstancias, como la necesidad aguza el ingenio, algunos se las arreglaban para masturbarse clandestinamente bajo el faldón de la mesa[67].

La sexualidad clandestina de estos largos noviazgos engendró a veces nefastos hábitos y produjo gran cantidad de eyaculadores precoces entre los ciudadanos acostumbrados al alivio cuartelero y gallináceo, en el escondrijo del parque, «Pepe date prisa que vaya a venir el guardia», o ya en el portal de la novia, prolongando la despedida, «ay, guárdate eso que me parece que baja alguien por la escalera».

Ese noviazgo estrechamente vigilado se prolongaría en algunos ambientes especialmente inmovilistas hasta los años sesenta del siglo, como lo muestra la siguiente consulta:

«SMILA (Sevilla). Tengo novio oficial desde hace un año. Mi problema es el siguiente: aunque mis padres admiten y aprueban plenamente mi noviazgo, no permiten de ningún modo que él y yo permanezcamos solos un momento. No se trata ya de salir sin ir acompañados de una persona “respetable” (lo cual hemos de considerar como un sueño irrealizable), sino que incluso cuando él me visita en mi casa, nos resulta de todo punto imposible mantener una conversación privada, ya que mi madre se sienta junto a nosotros y no nos abandona en todo el rato. No puede imaginarse lo fastidioso que es eso. Le aseguro que estoy desesperada».

Respuesta:

«No desespere. Espere. Una vez casados tendrán tiempo sobrado para estar juntos

a solas. Ahora bien, la actitud de sus padres es, desde luego, totalmente equivocada. Y no por lo que pueda fastidiarles a ustedes su constante y obligada compañía. No. Se trata, en realidad, de algo más grave que una simple molestia. Ustedes dos, en las actuales circunstancias, muy difícilmente podrán llegar a conocerse lo necesario para saber de un modo positivo (y con el menor margen de error posible) que de veras han nacido el uno para el otro, que de veras son capaces de permanecer durante toda una vida el uno junto al otro, que sus caracteres, que sus gustos y sus puntos de vista sobre la vida en general, podrán soportarse mutuamente año tras año. Los novios (eso es imprescindible) deben sostener conversaciones que no pueden sostenerse ante testigos. Los novios (y no le parecerá a nadie una barbaridad si lo medita detenidamente) deben incluso enfadarse y discutir de vez en cuando. El noviazgo no debe de ningún modo transcurrir en una perpetua visita de cumplido. Procure que sus padres lo comprendan así»[68].

Dado que las avisadas novias no se entregaban fácilmente, muchos novios se veían obligados a buscar piezas más cómodas en la clase inferior y recurrían a las prostitutas o a las criadas, tradicional aliviadero de señoritos rijosos. El servicio doméstico era un lujo que la mayoría de los hogares de clase media podía permitirse. Si nuestro joven se propasaba con la criada cabía la posibilidad de que, tras una discreta resistencia inicial («Ay, señorito, qué cosas tiene usted, déjeme en paz, suélteme, que se está riendo de mí. Si no se reporta tendré que quejarme a su mamá. Usted se ha creído que porque soy pobre soy una cualquiera»), la muchacha acabase franqueando la puerta de su cuarto a las visitas nocturnas del señorito e incluso a las del señor.

Cuando se aproximan las vacaciones, los directores espirituales se esmeran en vacunar a sus hijas de confesión contra la lujuria del ambiente que les espera en los lugares de veraneo. Estos reprimidos sexuales formados en el ambiente represivo de los seminarios, redactan tablas de consejos que la muchacha debe llevar a las vacaciones en el fondo de la maleta: «Huye de estar sola con un hombre en sitio oscuro o apartado y especialmente en ciertos rincones de las salas de cine». «Cuando beses a un hombre recuerda tu comunión última y piensa: ¿Se podrán unir en mis labios la hostia santa y los labios de este hombre sin sacrilegio?».

CAPÍTULO 11

LA MIRADA SOBONA

Ya está bien de teórica. Descendamos a la candente calle. En el país de la apariencia y del qué dirán, el hombre tiene que demostrar constantemente su virilidad. Sale a la calle y se ve en la obligación de piropear a las transeúntes de buen ver con las que se cruza (siempre que vayan solas). Incluso se detiene y vuelve la cabeza cuando una mujer de bandera (así las llaman) merece su apreciación pericial[69].

Para Ortega y Gasset, «ese modo insistente y táctil con que mira el español, esa insistencia, es rasgo de nuestra raza […] la mujer se siente inmediatamente transformada en una hembra»[70]. Para el observador extranjero resulta divertido contemplar a los hombres heliotropo que van girando para no perderse el paso de una mujer, que tasan sus encantos primero por delante, luego por detrás, arrimándose a la bella aunque sin llegar a tocarla, con gesto casi torero, para depositarle al oído un piropo subido de tono. Para ese menester sirven los miradores de los casinos y las terrazas de las cafeterías.

La mirada sobona es, inevitablemente, caldo de cultivo de los celos patológicos de muchos españoles. Al mismo ciudadano que soba visualmente a la mujer del prójimo le resulta intolerable que los otros hagan lo propio con la suya, por eso procura que no salga de casa (mujer casada, pierna quebrada) o que, al menos, vista tan monjilmente que pase inadvertida.

La mujer de bandera no puede salir sola a la calle sin verse abordada y seguida insistentemente por moscones cuya única función en la vida parece ser la de fecundar a la hembra. Como si hubiese sido genéticamente predeterminada para puta, nadie se acercará a ella con intenciones honestas. «Está para ponerle un piso», comentan a su paso. O sea, está bien para querida, pero no para santa esposa.

Por la vida de las macizas desfilan velozmente los hombres, todos con fines carnales. Y muchas, pobres y sin recursos, chicas honestas que sueñan con un hogar y una familia, no encuentran un hombre que se acerque a ellas con buenas intenciones y sufren acoso sexual en todos los trabajos.

La negra honrilla del seductor es exigente. Si un hombre queda a solas con una mujer, se considera en la obligación de intentar beneficiársela. No se concibe el sentimiento de amistad, como intimidad libre de sexo, entre hombre y mujer[71].

En 1928, Fernández Flórez denuncia la obsesión sexual como uno de los males nacionales: «En la mirada que un español fulmina contra la mujer que ve pasar a su lado hay el hambre sexual de muchas generaciones. Rendimos a los atributos

sexuales una devoción que recuerda la de algunos cultos primitivos […] confundiendo la función de la masa gris con la de ciertas glándulas. Cuando queremos elogiar […] ponderamos en una frase rotunda el volumen de sus tales glándulas. […] Muchísimos españoles, cuando quieren decir que han disfrutado las primeras caricias de una mujer, emplean esta frase: "¡La deshonré!" […] No sé de otra nación donde la gazmoñería tenga organizaciones más numerosas y especializadas, más sinceras y activas, más entusiásticas ni que sutilicen más agudamente acerca del tema erótico. Esto mismo, ¿no es una obsesión? ¿Existe, verdaderamente, alguien más saturado de sentido sexual que el gazmoño? […] No se incurre vanamente en tal contravención de una ley ineludible (el impulso sexual). Uno de los castigos es la neurosis. El cuerpo social de España…

»—Sufre neurosis.

»—Exactamente. Ese pesimismo, esa desconfianza en nosotros y en nuestro futuro, ese esperar incesante de una catástrofe […] ese desaliento que nos impide rehacernos y progresar, corresponden con justeza a los síntomas de una neurosis de angustia en un individuo»[72].

De nada sirve que don Gregorio Marañón, el prestigioso médico, arroje un cubo de agua fría sobre el mito de don Juan, el *tombeur* español, al establecer que es precisamente su dudosa hombría la que induce a ciertos hombres a perseguir a las mujeres.

El sexo preocupa a los pensadores y a los creadores de opinión. ¿Por qué somos tan sensuales los españoles?, se preguntan los más preclaros ingenios. Para Unamuno, el amor castellano es «un amor sin refinamiento, es un amor matrimonial grave y sobrio. Es un amor más sensible que sensual, con olor a casto… y cuando cae en extremo, más tira a lo grosero que a lo libidinoso»[73].

CAPÍTULO 12

POSTALES PARA HOMBRES, GOMAS, PIEDRAS DE MECHERO

La pornografía decimonónica, balbuciente y de escasos vuelos, encuentra cauce y alcanza su madurez en el primer tercio del siglo XX. Gracias a los avances de la imprenta y de la fotografía, el material pornográfico recorre toda la sociedad española desde el Palacio Real a las más humildes cabañas.

Don Cosme Martínez de Salazar, magistrado del Tribunal Supremo también conocido como «El Catón de la Alcarria» por su severidad en la defensa de la moral, las honestas costumbres y los valores tradicionales, imparte instrucciones a su secretario para que no lo molesten salvo caso de incendio, pues va a concentrarse en el estudio de un expediente especialmente dificultoso. Confinado bajo llave en su despacho, entrecierra los postigos, enciende la lámpara eléctrica de su escritorio, se despoja de la toga, extrae de la estantería los tomos LI y LII de la Revista de la Academia de Jurisprudencia y Legislación e introduciendo la mano por el hueco resultante alcanza el estuche lacado que contiene su tesoro más preciado: un estereoscopio Planox que trajo de París hace años. Con movimientos automáticos de tan repetidos, lo despliega y ajusta el soporte para situarlo a la misma altura de la lámpara eléctrica. En un cajón del escritorio, bajo llave, don Cosme guarda unos cientos de tarjetas estereoscópicas ordenadas en colecciones. Después de un leve titubeo escoge la titulada *Au boudoir*. Introduce en la ranura la primera tarjeta y aplica los ojos al aparato. La doble imagen fotográfica coloreada a mano se mezcla en una única imagen de una hermosa dama en *déshabillé*. El artilugio tridimensional le permite a don Cosme apreciar en relieve los potentes muslos y los brazos torneados, carnosos, de la beldad. Sin apartar los ojos del ingenio, don Cosme retira la tarjeta e introduce la siguiente. En esta secuencia, la bella se ha despojado del vestido y muestra al atento magistrado una grupa poderosa. En la tarjeta siguiente la dama se ha girado y revela al docto legislador la pelambre sedosa que le tapiza la entrepierna. Sucesivas tarjetas completan la historia que tiene, como el teatro clásico, planteamiento, nudo y desenlace (sobre todo nudo): tras la puerta del *boudoir* de la beldad un mocetón ataviado con botas, sombrero y capa de cochero se recrea contemplando la desnudez de la señora a través del ojo de la cerradura. La dama abre la puerta y lo sorprende, pero lejos de taparse se le muestra provocadora en el esplendor de la belleza. Sin poderse contener, el encalabrinado mozo la abraza. Ella se deja hacer y mira al espectador, a don Cosme, como diciendo: «Lo que se han de comer los gusanos dejad que lo disfruten los cristianos». En la siguiente viñeta el mozo aparece desnudo de espaldas y la señora contempla su entrepierna con gesto de

asombro. En la siguiente don Cosme descubre, con un punto de envidia, el motivo de ese asombro: el menestral calza un miembro descomunal, equino. La señora lo acaricia con cierta prevención. Siguiente tarjeta: fuera la prevención, la señora lo masajea aplicadamente con entrambas manos. Siguiente: la señora lo masajea entre sus pechos (vulgo, paja cubana). Sigue: la señora le practica una felación. En sucesivas tomas, el mozo se engarza con la señora por sus distintos orificios en diversas posturas y sirviéndose de los diversos muebles que pueblan la estancia: de pie, de espaldas, de frente, sobre el tocador, en la *chaise longue*, en el lecho… don Cosme Martínez de Salazar, magistrado del Supremo conocido por su rectitud moral como «El Catón de la Alcarria», jadea, babea y respira entrecortado mientras ejerce el pecado solitario sobre un pañuelo de seda bordado primorosamente con sus iniciales por las virginales manos de las monjitas del convento de Marchena.

Otros españoles aficionados al género no disponen de los medios de don Cosme o don Alfonso (XIII) y han de conformarse con coleccionar postales eróticas, revistas galantes y otras variantes impresas consagradas a la satisfacción de sus bajos o no tan bajos instintos.

La imprenta al servicio de la imaginación. Además del material visual triunfan las novelas sicalípticas y los manuales de sexología que, bajo la apariencia científica, colman la curiosidad morbosa de educadores, clérigos y otros honorables estamentos.

Los enamorados intercambian postales románticas coloreadas a mano en las que aparecen parejas en actitudes francamente cursis[74]. Las distribuidoras de estas postales amables o tontas son las mismas que comercializan toda una gama de tarjetas que oscila entre las pretendidamente artísticas que representan a modelos posando como «estatuas de carne» (*lebender Marmor* o mármoles vivientes como las llaman los alemanes, de donde proceden, vía París, muchas de ellas) con señoritas lozanas en poses que reproducen la estatuaria clásica. Para borrar todo indicio de provocación sexual se presentan enfundadas en un maillot que borra los pezones y la zona púbica.

El catálogo se amplía con modelos ligeras de ropa en ambientes íntimos y recorre toda la gama de los desnudos pícaros con la modelo mirando a la cámara como invitando al revolcón hasta llegar a las postales francamente pornográficas que retratan explícitas posiciones coitales, felaciones, cunnilingus, *menages à trois*, zoofilia y otras suertes del sexo.

En la Plaza Mayor y en la Puerta del Sol los vendedores ambulantes se acercan a paseantes y murmuran la retahíla de su oferta: piedras de mechero, estilográficas, relojes, gomas higiénicas, «postales para hombres», «Retratos sicalíticos, señores. *Sicalisis verdá*. Lo que se llama *d'apré natir*». Si el abordado muestra interés en el género acompaña al vendedor a algún rincón discreto de los soportales y allí, a cubierto de miradas indiscretas, examina el muestrario que el vendedor lleva prendido en el forro de la chaqueta[75].

Casi todas las postales eróticas proceden de Francia o son reproducciones españolas de postales francesas. En los primeros años del siglo algunos fotógrafos

que se dedicaban antes a la fotografía de difuntos, un género en declive, se reciclan para producir una fotografía erótica netamente nacional con el valor añadido de elementos netamente hispánicos como mantillas, carteles de toros, panderetas, sombreros calañeses y otros elementos cañí. Un subgénero muy español es el del porno clerical, postales y viñetas en las que se retratan clérigos o monjas copuladores en entornos adecuados, sacristías, huertos conventuales, capillas.

La postal con señora abundosa de carnes más o menos desnuda e insinuante domina el mercado entre los años 1890 y 1920[76].

Algunas fotos eróticas se sirven bajo pretexto antropológico o científico del estudio de razas humanas, en especial las colecciones de bellezas norteafricanas procedentes de las colonias francesas de Argelia y Marruecos. Una variante de la postal erótica es la fotografía nudista que a partir de los años veinte y con gran predominio en los treinta representa a muchachas rubias, germánicas, que efectúan ejercicios artístico-gimnásticos, nudistas atletas, cuerpos perfectos en posturas artísticas y desde luego siempre velando el sexo.

Existe también cine porno en algunas salas de las grandes ciudades, casi siempre para un selecto grupo de aficionados que se citan y acuden en secreto, como los primeros cristianos a las misas en las catacumbas. En Barcelona, el gobernador civil Manuel Portela Valladares tolera en 1912 «sesiones golfas» de este tipo de películas en los cines Triunfo y Frégoli.

El analfabetismo sexual español alienta la producción de una serie de folletos y libros pretendidamente educativos ilustrados con fotos, dibujos o grabados en los que el contenido erótico o incluso pornográfico se sirve bajo la hipócrita cobertura de la ciencia[77]. Entre ellos abundan los dedicados, siempre desde una óptica de reprobación moral, a las «perversiones»[78].

Novela, 1931.

A ellos hay que añadir la ingente producción de novelas galantes o novelas sicalípticas que se venden abiertamente en los quioscos de prensa y otros establecimientos y que cuentan entre sus ávidos lectores a muchas mujeres.

Postal, 1933.

LAS ESTAMPAS PÍCARAS

CAPÍTULO 13

UN HOMBRE LLAMADO TEDESCHINI

El providente Benedicto XV ha enviado a España, en calidad de nuncio papal, a su príncipe más estimado, el obispo Federico Tedeschini, de cuarenta y ocho años.

Este hombre «luminosamente espiritualizado como una figura del Greco»[79] era tan guapo que las lectoras de la revista *Época* lo eligieron en 1929 como «uno de los hombres más bellos residentes en España». Las monjitas se humedecían cuando el apuesto nuncio visitaba un convento en labor pastoral. En una de estas ocasiones, el coro de novicias le cantó:

Es de Satanás espanto,
por ser en virtudes rico,
Tedeschini, Federico,
Arzobispo de Lepanto.

Sainz Rodríguez lo describe en su integridad: «Tedeschini era un hombre teatral; no podía negarse su elegancia, su gran finura, su magnífica presencia, pero sus actitudes me sugerían, sin querer, las de un tenor italiano que representase el papel de cardenal. Era cínico, elegante y aficionado al lujo, un hombre mundano, de costumbres, digamos, más que corteses, galantes. Su conducta, en este capítulo, dejaba mucho que desear. Tenía también una cierta avidez económica»[80].

Alfonso XIII había ordenado retirar de la Dirección General de Seguridad la ficha policial que «recogía el accidente del nuncio, con disparo incluido de un esposo despechado, en la Casa de Campo. El nuncio viajaba en un coche acompañado de tres jóvenes y hermosas mujeres. El nuncio alegó que eran sus sobrinas. Gente llegada de Roma aseguró que el nuncio no tenía sobrinas»[81]. Lo que sí tenía eran dos «sobrinos» tan guapos y buenos mozos como el propio Tedeschini que ocupaban cargos relevantes en el Vaticano[82].

Entre cortejo y cortejo, Tedeschini, «un hombre rebosante de entusiasmos»[83], aún sacó tiempo para impulsar en España la Acción Católica, una asociación fundada por el nuevo papa Pío XI (1922-1939) para trasladar sobre los hombros de seglares meapilas parte del trabajo de un clero menguante por escasez de vocaciones.

Tedeschini viajó constantemente, en parte por su natural inquieto y en parte porque la mies es mucha y los segadores pocos (Lucas, 10, 2). Gustaba de ser recibido con gran pompa, banda de música, escolares con banderitas, balcones engualdrapados, juncias por el suelo y guirnaldas cruzando la calle, el tratamiento

habitual de las santas reliquias o del Corpus Christi. Cuando escuchaba la *Marcha Real* los ojos se le arrasaban de lágrimas, lo que era de gran efecto para los españoles. En todas partes representaba la misma comedia: terminados los actos, cuando ya se despedía de las autoridades y el chófer lo aguardaba, gorra en mano, con la portezuela del automóvil abierta, se volvía como transido de espiritualidad hacia el templo que terminaba de abandonar y exclamaba como para sí, pero de modo audible por los circunstantes:

«¡Qué bellamente se eleva a Dios!».

No le importaba al nuncio que la iglesia alabada fuese un adefesio arquitectónico.

Tedeschini se mostró habilísimo en la labor de mechar de religión la política. Muchos militantes de la nueva Acción Católica se inscribieron en el Partido Social Popular (PSP), el primer partido democristiano español, fundado en 1922.

Imaginen la escena: para neutralizar al nuncio Tedeschini, que parece contemporizar excesivamente con la República, los jerifaltes de la facción monárquica han decidido acabar con él. Para ello envían a Sainz Rodríguez a visitar a una famosa *demi-mondaine* o prostituta de lujo a la que Tedeschini visita con cierta asiduidad, una beldad de la que solo conocemos con seguridad que era rubia, que respondía a las iniciales T. M. y que también frecuentó el lecho de Alfonso XIII.

La dama recibe a Sainz Rodríguez desnuda en la bañera y allí mismo despacha el asunto: previo pago de una crecida cantidad le firma una detallada confesión de sus relaciones con el nuncio y de los gustos del prelado en la intimidad, un *gourmand* del sexo.

Creen los monárquicos que, después de examinar aquel comprometedor documento, el Vaticano sustituiría al nuncio por otro menos liberal. Para que se vea lo ingenuos que son estos meapilas españoles. ¡Van a escandalizarse los *cardinali* de la Curia porque Tedeschini, uno de los suyos, tenga amantes…!

Lo que es desconocer el terreno que pisan, la Iglesia que pisan.

CAPÍTULO 14

UN MONARCA MUY ESPAÑOL

Alfonso XIII, el hijo póstumo de Alfonso XII y doña Virtudes, rey desde la cuna, es un niño malcriado y caprichoso. De nada ha servido la educación esmerada que intentaron darle. Jamás ha mostrado el menor interés por la literatura, la pintura, la música o el arte. Es un tarambana irresponsable (lo que acabará costándole el trono) sin más interés que los automóviles, los deportes elitistas, la caza, los caballos y las mujeres (no necesariamente en ese orden)[84].

Culito que veo, culito que deseo, el mequetrefe se prendó en un baile palaciego de la princesa Ena de Battenberg, nieta de la reina Victoria, una beldad nórdica (el padre era alemán) de respetable alzada, rubia, guapa, ojos azules, busto estimulante y trasero notable[85]. El atribulado Alfonso, acostumbrado a que nada se le negara, no encontró otra manera de poseerla que casarse con ella, a pesar de que sería un matrimonio desigual porque a ella le faltaba pedigrí[86]. Tampoco le importó que la casa real inglesa y la prudente doña Virtudes le advirtieran de que la muchacha, tan sana como parecía, podía transmitir a su descendencia una terrible enfermedad, la hemofilia[87]. No importa, no importa, dijo el encalabrinado Alfonso, que solo pensaba en prometer hasta meter. Y confiando en su buena estrella se casó con la beldad rubia en 1905. Los españoles saludaron con gran alborozo y lanzamiento de rosas el paso de la carroza nupcial, así como fuegos artificiales (con el trueno gordo de la bomba de Mateo Morral).

Fue un efímero cuento de hadas: doña Victoria Eugenia de Battenberg perdería pronto las iniciales simpatías de sus súbditos por estirada, por distante y porque la veían demasiado aficionada a las joyas y al lujo (la llamaban «la pava real»).

Hacia 1910 se descubrió que el primogénito de los reyes, el príncipe de Asturias, era hemofílico. Alfonso XIII, tan inconstante en sus afectos, experimentó un rechazo irracional hacia la reina, como si fuera culpable del mal que aquejaba al niño[88]. En adelante ignoró a su regia esposa y prosiguió su vida de señorito soltero que libaba en toda flor apetecible, incluido el servicio doméstico[89].

Atesoraba don Alfonso su álbum particular de fotografías de señoras desnudas, la galería de trofeos en la que figuraban sus más notables conquistas. Abundando en su afición, también encomendó al conde de Romanones la realización de varias películas pornográficas para las que él mismo suministraba los argumentos[90].

Fotograma de película pornográfica para Alfonso XIII.

La fama de doñeador del rey español se extendió por las cortes y cancillerías de Europa[91]. En plena *belle époque* Alfonso accedió indiscriminadamente a numerosas cortesanas de alto *standing* y a mujeres decentes, porque disparaba contra todo lo que se movía[92].

Siguiendo la tradición borbónica, que arranca con Fernando VII, Alfonso sintió debilidad por las cómicas. A la conocida *vedette* Celia Gámez, también conocida por la afición como «nuestra señora de los buenos muslos», la invitó al Palacio Real para conocerla personalmente y se la benefició en la primera visita. También es fama, no comprobada, que intimó con Carolina Otero, más conocida como la Bella Otero, aunque la *demi-mondaine* le llevaba dieciocho años.

En cuanto a amantes de balde, se cuenta que Alfonso XIII embarcó para Citerea con todas las aristócratas que hallaron gracia a sus ojos (¡Cómo resistirse al real deseo!), aunque pocas repitieron porque a la insoportable halitosis del monarca se sumaban sus gustos un poco extravagantes en materia de sexo[93].

Pagando o por la cara, Alfonso intimó con una muchedumbre de mujeres (en las fotos aparece enteco y deslechado del excesivo comercio carnal), pero podemos decir que olvidaba a la gozada antes de que ella terminara sus abluciones en el bidé. No obstante hubo una que dejó en él, si no profunda huella, dado que era muy superficial, si al menos indicios de encalabrinamiento: la bellísima actriz Carmen Ruiz Moragas[94].

Carmen Moragas, amante de Alfonso XIII.

Como es sabido, Alfonso XIII perdió el trono y hubo de embarcarse para el exilio tan precipitadamente que solo le dio tiempo a quemar su colección de fotografías de amantes desnudas (un caballero no podía dejar aquel material en manos de la chusma republicana que de un momento a otro ocuparía el Palacio Real). Genio y figura, cuando el crucero *Príncipe Alfonso* realizaba las maniobras previas para atracar en el muelle marsellés de la Joilette, mostró su impaciencia a Manuel Fernández Piña, el comandante de la nave, «con los absurdos horarios franceses, ya habrían cerrado las casas de putas». Por una vez Alfonso XIII estaba cargado de razón: eran las cinco de la madrugada[95].

Un taxi condujo al monarca al hotel Noailles, en la Canebière. Fue el primero de una serie de establecimientos hosteleros en los que Alfonso viviría su dorado exilio. Como estaba forrado (cuentas suculentas en bancos londinenses y suizos) se pudo entregar a sus pasiones de *play boy* y de *bon vivant*: viajes, mujeres, cacerías… Ni siquiera tuvo que soportar a la estirada Victoria, de la que se separó poco después.

Libre de obligaciones cortesanas, el destronado monarca mataba el tiempo en la Riviera francesa y en la paradisiaca Costa Azul, residencia veraniega de la aristocracia europea consagrada al placer y al *dolce far niente*. Espíritu inquieto, se sabe que navegaba en yates de vela, y que era un asiduo de las partidas de bridge, de

los campos de golf, de las coctelerías y de los casinos, sin que ello le impidiera visitar a menudo las grandes capitales europeas, Cannes, París, Londres, Viena, Roma, donde mantenía íntimas amistades[96]. También era un asiduo del exclusivo coto de caza del castillo de Rotherhau, en Checoslovaquia.

Finalmente, gastada su salud en los trajines de una vida intensa (o sea monterías, sexo, alcohol y casinos), el monarca enfermó y entregó su alma prematuramente al Creador el 28 de febrero de 1941 a la edad de cincuenta y cinco años[97].

CAPÍTULO 15

NUDISTAS Y NATURALISTAS

Nuria Serra Grifols es una chica culta, secretaria y mecanógrafa en la empresa Pañerías Planelles de Barcelona.

Nuria, hija de un próspero notario de la capital, se educó en las ursulinas, pero después de una estancia en Niza para perfeccionar su francés regresó a Barcelona desprovista de los añejos prejuicios y supercherías que las monjas le habían inculcado y convertida a la nueva secta o religión nudista.

Nuria es miembro activo de la Liga mundial para la reforma sexual sobre bases científicas creada en 1928 para defender la igualdad de hombres y mujeres. Esta religión laica practica un apostolado muy activo. De vez en cuando trae conferenciantes internacionales que defienden el divorcio y la procreación responsable (es decir, los métodos anticonceptivos). También defienden la práctica sana del sexo al margen de las imposiciones de la Iglesia. Y la eugenesia, una rama de la doctrina darwinista que propugna la mejora de la raza humana mediante cruces adecuados, como los ganaderos hacen en sus granjas.

Nuria es una mujer moderna de las que han cambiado la novena de sus madres por el tenis y las ensoñaciones místicas de la abuela por fantasías impuras con Rodolfo Valentino o Ramón Novarro. Pertenece a la creciente legión de mujeres informadas que reivindican su derecho al orgasmo, aplazan la maternidad, usan compresas higiénicas desechables Kotex (desde 1927, siete años después de su aparición en Estados Unidos), o Madamex «apósito femenino extrabsorbente y desodorante». Es tan moderna, en suma, que incluso atiende a su higiene íntima con cánulas vaginales Funke y robustece sus pechos con el aparato hidroterápico Thais.

Sí, amigo. Nuria es una de esas mujeres estilizadas que admiramos en las añejas fotografías sepia de las playas de San Sebastián o de Santander luciendo el controvertido maillot (desde 1929), un traje de baño ceñido «como camiseta larga, ajustada, que cubre hasta debajo de las ingles». Con traje de calle usa sostén, bragas negras de canalé o incluso *culotte* (especie de braga-pantalón sorprendentemente sensual que hoy vuelve a estar de moda). Lo más excitante, y ella lo sabe, es el liguero ajustado a la cintura del que cuelgan unas cintas a lo largo del muslo con unos clips para sostener las medias. Ese íntimo aditamento se complementa con unas enaguas de seda natural que erotizan a los viandantes con su enervante frufrú.

El naturismo que practican Nuria y sus correligionarios entronca con la moral proletaria con que los anarquistas pretenden suplantar la caduca moral burguesa dictada por la Iglesia. Más que una forma de vida es una religión, con sus dogmas y

sus verdades inmutables tendentes a la mejora racial de la humanidad y a la armonía universal[98].

En su afán por superar clichés periclitados, los naturistas incluso han cambiado el nombre a los meses, por ejemplo, a enero lo llaman nivario. Los sábados Nuria organiza reuniones nudistas, a las que invita a simpatizantes, en su torre de la Bonanova. Los asistentes, casi todos profesionales de mediana edad, toman el té desnudos con toda naturalidad, aunque por razones higiénicas cada participante debe traer una toallita para sentarse sobre ella y no directamente sobre la seda de los tresillos heredados del papá notario. Con el buen tiempo acuden a calas apartadas de la Costa Brava, se desnudan y toman baños de mar indiferentes al escrutinio de *voyeurs* y otros *flâneurs* que acuden a su reclamo, algunos provistos de catalejos o gemelos de teatro.

—¡Qué incultura, *Déu meu*, qué cerrilismo, qué atraso! —comenta un asiduo de Nuria ante el triste espectáculo.

—No les hagas caso —murmura Nuria, que toma el sol desnuda como una ménade sobre una roca.

—Es que algunos están haciendo el babuino. Esto en Francia no pasa.

—Ni caso.

En las reuniones de Nuria se habla de política y de literatura, especialmente de los artículos y colaboraciones que aparecen en la revista nudista *Pentalfa*, fundada en 1923 por el médico naturista italiano Nicolas Capo. En sus páginas, además de la exaltación del nudismo como sistema de vida natural, se potencia una medicina alternativa capaz de curar casi todas las enfermedades con baños de sol, infusiones, respiración védica, ajo y limón[99].

Los desvelos de Nuria Serra Grifols y de sus colegas naturistas culminan en 1932 con la fundación de la Liga Española por la Reforma Sexual, sección de la mencionada Liga Mundial. El claro espejo en el que quieren mirarse sus componentes más europeizados es el de la alemana (y nazi) *Bund für Leibeszucht* (Asociación para el Cultivo del Cuerpo). Incluso consiguen que se proyecte en algunos cines de grandes capitales un documental rodado en colonias nudistas alemanas.

La Liga Española comienza su andadura en tiempos de la República bajo la presidencia del prestigioso endocrinólogo don Gregorio Marañón que, para desesperación de Nuria y de los adeptos más radicales, impone a la Liga un sesgo conservador. Nuria y la facción progresista de la secta depositan la esperanza de una mayor apertura en la secretaria de la Liga, la jovencísima Hildegart Rodríguez, una chica preparadísima y muy liberal en sus concepciones. Desafortunadamente unos meses después Hildegart deja de aparecer en las páginas culturales de *ABC* para mudarse a las de sucesos: su madre y mentora le ha descerrajado tres tiros en la cabeza y uno en el corazón[100].

Don Rogelio Jamilena, oficial de correos jubilado, comenta la noticia en la barbería El Siglo:

—¡Ay, las ideas, la cantidad de barbaridades que se cometen por servirlas!

CAPÍTULO 16

CABARETS Y *DEMI-MONDAINES*

Con el nuevo siglo, la parroquia del café cantante, que al principio era exclusivamente masculina, incorporó a las señoras, incluso a las más encopetadas, obedeciendo a la moda del plebeyismo tan en boga entre las clases altas[101].

En los escenarios, artistas sucintamente vestidas interpretaban, con gran lujo de meneos, canciones que parecen compuestas para tentar al santo Job:

«Tengo un jardín en mi casa / Que es la mar de rebonito; / Pero no hay quien me lo riegue / Y lo tengo muy sequito».

Otro, no menos fino:

«Suélteme usté, decía medio ahogada Asunción / porque me aprieta y me va usté haciendo un daño atroz. / Sáquese usté esa llave tan grande y feroz / que lleva ahí en el bolsillo del pantalón».

—¡La llave, la llave! —clamaba el respetable.

En este tiempo alcanzó justa fama la exuberante alemana Augusta Bergés, que a los acordes del pícaro cuplé *La Pulga*, en el que la fingida búsqueda del molesto parásito entre sus ropas le permitía caldear al respetable público exhibiendo interesantes porciones de su anatomía. Cuando ya el auditorio había alcanzado la temperatura adecuada, cercana a la fusión, manifestado por gruñidos de gorila en celo y quebrantamiento de mobiliario, la muy taimada fingía atrapar por fin al molesto neóptero y ahí terminaba la función. Alguna vez el arrebato subió de tono hasta el punto de que el gobernador civil se vio obligado a clausurar el teatro por alteración del orden público[102].

Los mejores cabarets del periodo florecieron en la portuaria y afrancesada Barcelona, especialmente en el Paralelo, una avenida marginal en la que se levantaron precarios cafés concierto (de flamenco, al que pronto se incorporó el cuplé), *music halls*, teatros de variedades y prostíbulos en torno al Pueblo Seco[103]. Aquel Montmartre barcelonés constituía la réplica proletaria de la parte noble de la ciudad, la frecuentada por la sociedad opulenta del Liceo y de los palacetes del Paseo de Gracia y de Pedralbes.

Paralelamente a los espectáculos del café cantante se desarrolla, a partir de los años veinte, el de la revista musical, un subgénero de la comedia que combinaba música, baile y entremeses humorísticos con el recurso básico de los dobles sentidos[104]. El primer éxito del nuevo género, también llamado sicalíptico, o sea picante, atrevido, es la opereta bíblica *La Corte del Faraón*, estrenada en 1910 en el

teatro Eslava de Madrid[105].

La revista se robusteció con la irrupción de la vicetiple argentina Celia Gámez, que llegó a Madrid a cobrar una herencia y se quedó hasta casi el final de sus días. Celia no era guapa, ni sabía bailar, ni cantar (la naturaleza la había dotado de poca voz, pero desagradable). ¿Por qué, entonces, triunfó tan arrebatadoramente? Porque todas esas deficiencias se le perdonaban en reconocimiento a su picardía, y a su palmito[106].

La revista, más que el cine, suministró los símbolos eróticos de la España anterior a la guerra civil. En aquel tiempo la máxima aspiración del calavera era encamarse con una de las «señoritas del conjunto» (luego llamadas *vicetiples* y finalmente *girls*) que exhibían rotundas redondeces en el escenario. A tal efecto las obsequiaban con flores y bombones y las esperaban al término de la última función, en el angosto callejón meado de borrachos en el que solía desembocar la salida de artistas. El sucedáneo de cortejo entrañaba acompañarlas a cenar o a tomar una copa con el permiso y bajo la atenta vigilancia de una madre gorda y bigotuda que engullía bocadillos a velocidad increíble. En realidad era una inversión a fondo perdido: a los pocos días la compañía proseguía su gira por otras capitales de provincias y el joven no llegaba a consumar el acto largamente planeado en sus vigilias de aquellos tensos días, aunque le quedaba la presunción de contar a los amigos que hubo algo más, aparte del parvo y melancólico consuelo de una postal con faltas de ortografía que acaso recibía tiempo después con recuerdos de la chica y torpe posdata de la mamá tragona.

CAPÍTULO 17

EN EL PARAÍSO DE *MADAME* ÉMERAUDE

Don Florencio García Espinarea es boticario en un pueblo de la Alcarria. Cada quince días, puntualmente, el mancebo de la farmacia, Cosme Linares, lo acerca a la estación de ferrocarril en el viejo faetón familiar para que tome el mercancías que va a Madrid.

El motivo aparente de la quincenal excursión a la capital del reino es proveerse de las sustancias medicinales necesarias para la elaboración de recetas magistrales, pero en realidad es un pretexto que don Florencio aprovecha para pasar unas horas de solaz en la casa de lenocinio de *madame* Émeraude. Este lugar de solaz está enclavado en Antón Martín, en un discreto inmueble señorial, de altos techos con las paredes tapizadas en telas granate de colores vivos y decoradas con profusión de cornucopias y reproducciones de óleos galantes de la escuela francesa. En su espacioso salón, donde los clientes hacen tertulia mientras aguardan el desfile de las pupilas, hay mullidos sofás, buenas alfombras y espesas cortinas.

Las habitaciones de *madame* Émeraude son igualmente lujosas y están provistas de camas resistentes y capaces y de espejos, algunos estratégicamente situados en el dosel de las camas. La discreta iluminación con luces rojas o azules contribuye a crear un ambiente propicio.

En este espacio de sociabilidad se reúnen señores respetables de Madrid y provincias, buenos padres de familia, señoritos pudientes y algún sacerdote. Que un hombre casado vaya de putas de vez en cuando es una licencia socialmente aceptable dado que la esposa legítima no basta para satisfacerlo sexualmente dada la fogosa naturaleza del varón español. Por otra parte, el marido debe respetar a la madre de sus hijos. No está bien que un casado practique ciertas licencias con su santa esposa, habiendo putas que tienen la obligación de aguantarlo todo, que para eso se les paga. El manual de higiene de Antoni Riera i Villaret (1921) lo establece claramente: no es lo mismo «amor de esposo» que «amor pasión». En el amor de esposo no caben «los arrebatos que casi siempre se reservan para los amores ilícitos o furtivos».

Madame Émeraude, en realidad Esmeralda, una leridana que habla español con fuerte acento francés y pronuncia su nombre *emegaude* (lo que la certifica como viuda de un alto funcionario galo comendador de la Legión de Honor), desempeña con soltura su oficio de anfitriona: un par de palmadas y hace servir a la distinguida clientela (mis «amigos» los llama), té, café o una copita de vino de Málaga, ella solo toma un sorbito de ajenjo en un dedalito con el que va de cliente en cliente, interviniendo en las conversaciones, interesándose por los asuntos de cada uno,

preguntando por esposas enfermas o por hijos opositores al Estado y acogiendo maternal al tímido y azorado puticantano para que desde el primer día sienta que aquello es una extensión de su casa.

Cuando ha creado el ambiente propicio, *madame* Émeraude, requiere atención con unas palmaditas y dice: «¡Niñas, al salón!».

De la pieza contigua, un cuarto de estar espacioso y dotado de percha corrida para las batas de las chicas, salen las muchachas, desenvueltas y sonrientes, ataviadas de *negligés* de raso, sucintos conjuntos sabiamente diseñados de manera que realcen las mejores prendas naturales de cada una y oculten sus posibles defectos.

Las chicas desfilan ante los invitados haciendo graciosos mohínes y saludando con risitas a los conocidos, la una haciéndose la mujer fatal, la otra la tímida inexperta, la de más allá de distante e inaccesible, cada una vendiendo su mercancía a su calculada manera, aunque el género sea siempre el mismo. Luego cada cliente escoge a su compañera, casi siempre la habitual, y se encierra con ella. Este elemental contrato se denomina *ocupación*. Si varios clientes optan por la misma pupila, deben aguardar en riguroso turno.

—Vaya usted primero, don Eufrasio, que yo hoy no tengo prisa.

—¿De verdad? Favor que me hace. Lo cierto es que yo hoy quisiera llegar pronto a casa porque viene a cenar mi sobrino, el que hace la mili en Gobernación.

En las horas punta, que suelen ser las últimas de la tarde, cerradas oficinas y comercios, se percibe un afanoso subir y bajar de la cocina a las habitaciones, por la escalera del servicio. Cada vez que una pupila se desocupa, la *madame* vocea por el hueco de la escalera: «¡Manolito, agua al siete!», y allá va el palanganero, Manolito Osorio, un tonto de la baba que *madame* tiene recogido por caridad en un jergón que le ha instalado en el cuarto de las escobas. El cometido de Manolito, además de hacer mandados y sacarle brillo a los picaportes, es llevar palanganas de agua caliente para las abluciones íntimas de las chicas después de cada prestación. Estamos en los años veinte y las habitaciones no disponen todavía de agua corriente.

Hoy es principio de mes, recién cobrados los salarios y todas las chicas están ocupadas. En la sala solo han quedado tres *florones* (así se llaman los visitantes que no se ocupan, porque van *de floreo*). En las primeras visitas *madame* Émeraude trata a los *florones* con indulgencia, porque muchos son tímidos y les cuesta arrancarse, pero si menudean las visitas sin ocupación *madame* Émeraude se pone seria y los conmina a no aparecer más por aquí, que esta es una casa seria y mis chicas tienen que ganarse la vida. Por el mismo motivo, *madame* Émeraude tasa el tiempo de cada ocupación en media hora, aunque exceptuando sábados y festivos, que son los días de mayor afluencia, sabe condescender con los clientes más provectos que necesitan unos minutos suplementarios para rematar satisfactoriamente la faena o con aquellos que buscan más el desahogo del alma que el alivio del cuerpo.

Salvando excepciones, los maridos practican psicoterapia con las putas y las esposas con el confesor. La puta hispana suele ser una mujer tierna y hogareña que en

el fondo no ha renunciado a encontrar un hombre bueno que la redima del oficio llevándola al altar o poniéndole un pisito.

En casa de *madame* Émeraude hay normas (aunque también excepciones para los clientes especiales, claro está). A los caprichosos y quizá no demasiado asiduos les advierte: «Aquí se viene a lo normal, caballero, que somos decentes, ¿eh?». Quiere decir que no le pida a su chica el encabalgamiento posterior, ni besos en la boca, como no sea con los labios apretados. Ciertos prostíbulos de la competencia incluso advierten, en un aviso a la entrada, «Aquí no se hace el francés», aludiendo, como se puede sospechar, a la *fellatio* o mamada.

En los burdeles de mayor categoría y en los apartamentos de las putas caras existe la modalidad de dormida, cuando el cliente pasa toda la noche con la pupila, según tarifa variable. Por lo general solo se admiten dormidas los lunes y a final de mes, que son los días más tranquilos.

En el pueblo donde don Florencio tiene la farmacia puede faltar agua, luz eléctrica o escuela, pero no falta la casa de putas (en algunos pueblos dos, la de los ricos y la de los pobres, más o menos surtidas de acuerdo con la categoría del lugar).

Muchos españoles solteros o casados, clérigos o seglares encuentran un espacio de solaz y sociabilidad en las casas de putas. Los intelectuales no son excepción: don Antonio Machado, como sus parvos ingresos de profesor de instituto no consienten mayores dispendios, frecuenta el burdel de Baeza, donde tiene cátedra de francés[107].

El poeta Rafael Alberti vive su primera experiencia en «un precioso prostíbulo de Málaga cercano al mar» al que concurre acompañado de «aquellos hoy borrados amigos, insoportables señoritos de la buena sociedad malagueña […] No sin cierto temor, que perdí a los pocos minutos, penetré —era la primera vez que lo hacía— en aquella casa mediterránea de Venus, verdadero jardín donde sus morenas hijas andaluzas resaltaban, casi desceñidas de velo, entre macetas de geranios y claveles violentos, el mareante aroma de las albahacas, magnolios y jazmines»[108].

Miguel Mihura, el estupendo comediógrafo, se inicia en los misterios del sexo en el prostíbulo gaditano Zapico con una tal Pepa la Quinqué, morenaza maternal y entusiasta, «cuyo temperamento andaluz era tan ardiente, tan exagerado y tan ostensible que después del acto carnal ella se tiró al suelo y, mientras gritaba, “¡Ay, madre! ¡Ay, madre!” se retorcía convulsivamente»[109].

Apena reconocerlo, pero hoy, con la general decadencia de los tiempos, solamente las coimas cubanas experimentan orgasmo en el desempeño de su tarea.

En fin, digamos que el relajo general de las costumbres observable desde inicios del siglo no aminora la prostitución, sino que más bien la alienta, posiblemente impulsada por el descubrimiento del primer tratamiento efectivo contra la sífilis.

Madame Émeraude y sus colegas al frente de prostíbulos (las «amas de mancebía» en lenguaje administrativo) procuran estar a bien con la ley (de hecho cuentan entre su clientela con políticos, altos funcionarios, jueces y comisarios de

policía). No obstante, como signo de los nuevos tiempos, va habiendo prostitutas que empiezan a despertar a cierta conciencia reivindicativa[110].

Las prostitutas autorizadas están provistas de documentos de identificación que pueden ser requeridos por la policía o por el cliente[111]. En las zonas prostibularias de las grandes ciudades florece toda una industria subsidiaria de gomas y lavajes. Algunos sanitarios especializados en venéreas ofrecen sus servicios: «Doctor París, ladillas, en tres minutos. San Pablo, 18 y Rambla de las Flores, 4»[112].

El creciente desmadre sexual provoca la consiguiente indignación de los estamentos más conservadores de la sociedad, con los obispos al frente. Muy en contra de su voluntad, el general Primo de Rivera, señorito de Jerez, notorio mujeriego y calavera, se ve obligado a apadrinar una campaña de moralización que incluye represión de los sarasas, incautación policial de material pornográfico, separación de sexos en los cines y hasta un intento de erradicar el piropo[113].

A Primo de Rivera se le conoce una íntima amistad con una prostituta apodada La Caoba, una andaluza monumental, agitanada, crujiente en lo suyo, por la que siente especial predilección y a la que no duda en defender públicamente seguro de que será cabalmente entendido y aprobado por sus partidarios[114].

CAPÍTULO 18

EL DISCRETO *MEUBLÉ* Y OTRAS OCULTACIONES

Si la relación extramatrimonial esporádica de la mujer es relativamente fácil, especialmente en la gran ciudad donde tiene mil pretextos para salir a cualquier hora del día, la relación estable que se prolonga en el tiempo resulta bastante complicada. Los amantes que no pueden dejarse ver en lugares públicos donde alguien pueda conocerlos se ven obligados a esconder su amor en lugares reservados en los que su intimidad esté resguardada.

Para eso surge, en las grandes ciudades, especialmente en la cosmopolita Barcelona, la institución del *meublé*, un hotel privado que favorece los encuentros discretos. Suele situarse en el casco antiguo, con acceso por algún apeadero que conduce a las habitaciones a través de un dédalo de pasillos y patios. En los más lujosos cada habitación dispone de baño completo; en los normales, solo de palangana, jarra de agua, pastilla de jabón y toalla. Lo esencial es la discreción: que nadie vea el rostro de la señora, a veces disimulado con el velo que llevaba a la iglesia[115]. «Aquí no viene la policía —la tranquiliza el acompañante—. Ten en cuenta que esto es de Fulanito, que tiene vara alta en el Ministerio» (y a veces resulta cierto).

La conveniente institución del *meublé* solo funciona en Barcelona y, en menor medida, en Madrid y otras ciudades populosas. En el resto de España, las parejas clandestinas recurren a viudas respetables y discretas que a la hora convenida abren la puerta a la pareja visitante sin mirar a la dama y viven de alquilar por horas un dormitorio con cama matrimonial, almanaque de Unión Explosivos Riotinto en la desnuda pared, palangana, toalla limpia y alcayata sin Cristo sobre la cabecera.

Tan discreto como la adúltera que disimula sus amores culpables en los *meublés* es el homosexual. El invertido padece el unánime rechazo social (más intenso en las provincias del norte que en las del sur) y se ve obligado a ocultar su condición incluso a sus familiares más íntimos. Algunos se casan y forman una familia para integrarse socialmente, aunque después lleven una doble vida.

Después de unos decenios de relativa libertad, la homosexualidad vuelve a considerarse delito en 1928[116]. Curiosamente, y prosiguiendo una tradición inmemorial, a la homosexualidad femenina no se le concede la misma importancia. «En los delitos de abusos deshonestos sin publicidad ni escándalo entre hembras, bastará la denuncia de cualquiera de ellas, y si se realizan con publicidad o producen escándalo, la de cualquier persona. En los cometidos entre hombres se procederá de

oficio»[117].

Anuncios. Casita Blanca: «Jardín bonito y espacioso. Habitaciones cómodas, elegantes y económicas. Garaje en el interior de la casa»; El recreo: «Esmerado servicio en habitaciones de 3, 4, 5, 6 y 10 pesetas. Con servicio de agua corriente, caliente y fría. Se alquila servicio para banquetes».

CAPÍTULO 19

LA QUERIDA

Nuestro boticario, don Florencio, es muy amigo y padrino de boda de su colega don Baldomero Ortiz, el famoso inventor de las píldoras expectorantes Ortiz, tan anunciadas en la prensa nacional, con oficina de farmacia en la céntrica calle Montera.

Don Baldomero, cuando era más joven, acompañaba a don Florencio en sus correrías prostibularias, pero ahora ha sentado cabeza y se ha echado una querida[118], Secundina Holgado Ferrer, Nina para los íntimos, antigua secretaria suya a la que ha puesto un pisito o *bombonière* de lo más coqueto dos casas más arriba de la farmacia. Como muchas queridas, Nina gasta abundante cabellera rubia teñida y se ciñe con una bata floreada bajo la cual don Baldomero gusta de encontrar bombachos de encaje y ligueros que sostienen medias de seda.

El pisito se limpia en un pispás y a Nina no le queda más quehacer que ponerse guapa y aguardar la visita de su ocupadísimo benefactor casi siempre para una prestación rápida, gallinácea, distraída. A veces le da la impresión de que don Baldomero la visita más por amortizar el gasto que por verdadero deseo. Nina pasa el día tejiendo bufandas y jerséis de punto para los sobrinos y leyendo revistas o novelitas galantes que don Baldomero le suministra (números atrasados desechados por su santa esposa).

Nina tiene asignada una pensioncita mensual suficiente para cubrir con desahogo su mantenimiento «y para que no me falte en la fresquera una cazuela de callos y valdepeñas con gaseosa cada vez que yo venga a visitarte, amor mío», le advierte don Baldomero. Además, de tarde en tarde, nuestro hombre se deja caer con un espléndido abrigo de astracán o una alhaja, dependiendo de cómo marchen las ventas de las píldoras expectorantes Ortiz.

Nina es fiel, espabilada, trabajadora y ahorra un poco para el futuro. Su sueño es que, llegada a cierta edad, don Baldomero le ponga una mercería o una tienda de ultramarinos finos, para que no quede desamparada el día que él le falte.

La decoración de estos pisitos de queridas se aparta de la adustez del hogar convencional donde espera la esposa legítima. En las *bombonières*, «esas capillitas modernas sabiamente preparadas para el culto de la diosa carne» (Zamacois), se busca un efecto relajante que invite al acto: aparte de la imprescindible cama espaciosa con el somier bien aceitado para que no emita sonido alguno, habrá cortinas, una *chaise longue* con cojines coquetos y un armarito con bibelots que solo sirven para limpiarles el polvo.

La querida es una institución nacional, una especie de esposa de segundo rango, que en determinados ambientes (los potentados del hierro o de la banca en el País Vasco, los millonarios del textil en Cataluña) se ha elevado a la categoría de signo exterior de riqueza[119].

La querida suele ser una mujer decente y hogareña, que por circunstancias de la vida ha tenido que aparcar su vocación de casada y madre y se ha resignado a ser lo que es. Un observador extranjero nota la discreción de las queridas españolas: «Son mujeres con una reserva de dignidad que me parecen admirables […] la decencia misma». La querida guarda ausencias mejor que la mujer legítima, permanece enclaustrada en su pisito, sin más compañía que la del gato, la del perro caniche, la de una criada callada y fiel que la escolta a misa los domingos, o la de alguna pariente discreta cuya visita jamás coincide con la del señor. Es una segunda esposa, a veces con sus hijos y todo, con la única diferencia de que no figura en los papeles y «no lleva un anillo con una fecha por dentro».

El protector jamás se deja ver con la querida en la ciudad donde viven. No obstante, a veces se hace acompañar de ella cuando pernocta fuera, especialmente si se trata de monterías, para evitarse dormir solo al terminar la jornada cinegética, cuando los ánimos caldeados por la pólvora, la sangre y el alcohol requieren compañía nocturna. En algún lugar donde no era conocido no le ha importado hacerla pasar por su esposa, lo que a ella le hace mucha ilusión, pobrecita.

El bautizo del hijo de la querida se celebra en una discreta fiesta social a la que asisten los amigos del padre con sus respectivas coimas. Si aquel mismo día vuelven a encontrarse en otro acto social, ya acompañados de las esposas legítimas, se saludarán efusivamente, como si llevaran tiempo sin verse.

CAPÍTULO 20

DE AQUELLOS LODOS ESTOS POLVOS

El día de la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, la España alegre y faldicorta se echó a la calle a celebrar como si fuera día de fiesta grande[120]. La gente de orden que recibía el cambio con recelo notó la promiscuidad que entrañaba tanta confraternización: «Se podía besar a las jovencitas, agarrarlas del talle y circular junto a ellas en manifestación popular»[121]. Se abolían viejos prejuicios, se inauguraba una moral nueva, guiaba al pueblo la Libertad de Delacroix, moza prieta y con las tetas al aire, mientras Zurbarán, el pintor de frailes, alcanzaba sus más bajas cotizaciones. Hasta Carmen Moragas, la amante fija del rey expulsado, se declaró republicana de toda la vida.

La Segunda República se inauguraba con excelentes auspicios y con las mejores intenciones: un Estado democrático, regionalista, laico y abierto a amplias reformas sociales. La República, simbolizada por una hermosa dama tocada por gorro frigio y bastante escotada, intentó reformar la sociedad y hacerla más permisiva y abierta. Por lo pronto aprobó la Ley de Divorcio de 1932.

El nuevo régimen que pretendía asegurar las libertades del pueblo español fue bastante permisivo en lo tocante al sexo, en parte porque así lo demandaba la sociedad española y en parte por fastidiar a los conservadores con los que se alineaba la poderosa y retrógrada Iglesia española.

En los otros países de la cristiandad la situación era similar. En 1930, Pío XI, en su intento de atajar la ola del erotismo, había emitido la encíclica *Casti Connubii* (1930) que condenaba a los esposos que «se arrogan la criminal licencia de codiciar únicamente la satisfacción de su voluptuosidad, aborreciendo los hijos»[122]. Antes, el mismo papa, había considerado las prácticas anticonceptivas pecado venial, pero los nuevos tiempos exigían actitudes más radicales[123].

El advenimiento de la República produjo, en ciertos aspectos, una situación similar a la que se repetiría medio siglo más tarde al advenimiento de la democracia. «No hay mujer decente que no esté cansada de serlo» aseguraban los libertinos. En compensación de carestías pasadas se produjo el fenómeno del destape y un auge coyuntural de la actividad venérea, del *music hall* y de otras formas de frivolidad mundana que fueron rápidamente reproducidas por el pueblo en infectos locales donde «mujeres vulgares e impúdicas hacen rugir al público masculino con la exhibición de sus desnudeces»[124].

La secreta aspiración de la República era liberar a la sociedad de la influencia de

la Iglesia. Como primera providencia impuso la coeducación, expresamente condenada por Pío XI en su encíclica *Divini illus Magistri* (1929). Además consideró la conveniencia de introducir la educación sexual en la escuela pública exigida por reputados higienistas, lo que chocaba frontalmente con el veto de la escuela religiosa[125].

Los obispos y la derecha pusieron al ministro de Educación de proxeneta y mamporrero: «Es un crimen ministerial contra las mujeres decentes», tronó Onésimo Redondo[126]. «Precisamente en las épocas de la pubertad cuando las pasiones son más violentas […] atenta contra el pudor y enciende las pasiones azuzándolas», protestó el padre Laburu S. J[127].

La Iglesia clamaba en el desierto. Ni siquiera hizo mella el ejercicio coral de una pastoral colectiva denunciadora de la lenidad inexplicable de las autoridades, ni las campañas reiteradas de la prensa católica contra la ola de erotismo que nos invade.

En vano retumbaron los púlpitos ante auditorios cada vez más mermados, con las bellas palabras de San Agustín: «La materia es mala, el cuerpo es malo, el sexo es malo, no desvirtuemos ese mecanismo ideado por Dios para perpetuación de la especie». Muy razonable, admitían los libertinos, pero si Dios cometió la torpeza de poner en el sexo ese gustirrinín tan rico, que no nos culpen por ello los obispos.

La sociedad española se había instalado en el hedonismo y la autocomplacencia. En la prensa se anunciaban todo tipo de vigorizadores sexuales: grageas potenciales del doctor Soivre, Erotyl, Vigor Potencial Boston, «el restaurador de la fuerza viril»[128].

Pronto el desnivel existente entre la libertad y la educación sexual se manifestó en un aumento significativo de la tasa de abortos[129].

En este ambiente relajado creció la afición a las revistas musicales picaronas condimentadas con generosas medidas de pimienta y sal gruesa y estofadas de equívocos sexuales y chistes verdes de doble y hasta triple sentido. Incorporados al tren de la moda erótica, muchos cafés cantantes, hasta entonces albergue de artistas flamencos, diversificaron su oferta para ofrecer a la distinguida clientela pizpiretas francesas que cantaban picantes cuplés en sugestivos *déshabillés*. Lo de menos era que supieran cantar.

¿Esas tenemos? Dijeron las españolas que se veían relegadas por el género extranjero. Y soslayando periclitados prejuicios se incorporaron a la corriente dominante y crearon la copla española.

En 1932 triunfaron los desnudos integrales y los *strip-tease* en todas las grandes ciudades. La aparición de estos espectáculos era considerada por muchos como señal de la madurez alcanzada por los españoles e indicio inequívoco de la incorporación del país a la modernidad. También menudearon los concursos de belleza con elección de Miss, a veces en instituciones y lugares inverosímiles (Miss Casino Republicano de Alcorcón, Miss Fábrica de Encurtidos y Patatas Fritas de Navalmoral). Nunca el mercado de la carne femenina fue tan próvido y surtido. Las modistillas y criadas

liberadas tasaban sus desnudos frente al espejo y soñaban con llegar a ser señoritas de conjunto o vicetiples. Las que ya lo eran, a costa muchas veces de peajes carnales al agente artístico, al dueño del teatro y a otros intermediarios en la cadena de producción, soñaban con ser *vedettes* famosas.

El Romea de Madrid ofreció el primer espectáculo de tiples con los pechos desnudos, «cinco muchachitas —escribió R. M. Gandía— que han tenido el gusto auténticamente moderno de colgar el sostén en la percha de las prendas inútiles […]. No hemos de negar a estos diez senos que se exhiben generosos, fresquitos y pimpantes, toda la importancia que tienen como signo inequívoco del avance de los tiempos».

En el cabaret Zapico de Sevilla las bailaoras iban más lejos: cuando terminaba el espectáculo solo conservaban un mantón con flecos que tapaba, pero también descubría, en fugaces movimientos, hasta los más íntimos entresijos de la anatomía femenina. También se usó en algunos colmaos de Madrid, remoto antecedente de los modernos tablaos. La parte más artística del espectáculo, esperada con impaciencia por los parroquianos, era el *meneo*, una apoteosis final en la que las chicas se iban retirando del escenario una a una contoneando espasmódicamente el trasero al ritmo de un redoble del tambor, entre entusiastas alaridos del respetable.

Después de la actuación era costumbre que las chicas del conjunto conversaran con los clientes en la barra o invitadas a las mesas. Dependiendo de la categoría del local, el cliente invitaba a la chica a champán, a whisky (a ella el avisado camarero le solía servir té frío) o a gaseosa y bocadillo de chorizo o calamares. Era una especie de *flirt* programado que podía acabar en prestación completa en alguna pensión cercana o en simples caricias tasadas con arreglo al gasto ocasionado. El porcentaje de lo gastado que cobraba la chica al local era el «descorche».

Otras formas de prostitución encubierta asomaban a los anuncios de periódicos como *El Liberal*, en los que además de los consabidos gabinetes de masajes para señores aplicados por bellas señoritas, damas desamparadas y jovencitas huérfanas solicitaban protección de caballeros solventes.

¿Y qué me dicen de ese cine al que acuden las masas populares a refocilarse en la sensualidad?[130] En 1933 las organizaciones católicas habían celebrado una Semana Contra el Cine Inmoral en la que se denunció que el cine «ocupa el primer lugar entre las influencias nocivas que envenenan al pueblo y arman la mano de los incendiarios de iglesias». La Semana acordó proponer al Gobierno la subvención de películas formativas al estilo de *Nobleza baturra* (1935) como alternativa al cine disolvente.

Lo más horripilante para estas almas de Dios era el aumento de los espectadores del cine porno, todavía limitado a salas clandestinas y casi privadas, con asistencia de clientes fijos y sus amigos invitados, muchos de los cuales se convertían después en asiduos[131]. Como estas pacíficas iniciativas fracasaron, dos años después, ya casi en vísperas de la guerra civil, cuando el horno no estaba para bollos, algunas Congregaciones Marianas intentaron boicotear las películas deshonestas sin gran

éxito, que ya la podredumbre moral del pueblo pedía más radicales cirugías.

La España maniquea calentaba motores para la guerra civil y se iba escindiendo en dos maneras de considerar el sexo: la higiénica y libertaria, preconizada en reboticas y talleres por los ilustrados lectores de los folletos divulgativos de Martín de Lucenay[132], y la clerical que en casinos y sacristías clamaba por la aplicación estricta del vigente concordato, el de 1851, en virtud del cual «la moral religiosa es y debe ser la moral del pueblo»[133].

Los partidarios de la República, muchos de ellos personas regladas que acataban, por convicción y costumbre, la moral cristiana, fueron acomodándose, no sin cierta íntima repugnancia, a los principios del amor libre que tanto contrariaban a sus adversarios políticos; al propio tiempo, muchos derechistas de suyo disolutos y calaveras volvieron a usar escapulario, empuñaron el cirio en el Viacrucis penitencial y desterraron la ostentación de lujurias acatando la discreción que exigían sus correligionarios píos. Los que antes se definían «cristianos de la cintura para arriba» siguieron yendo de putas y manteniendo queridas como habían hecho sus padres y sus abuelos, pero esta vez evitando la ostentación[134]. Así fue como, a cambio de ingresar en el redil de la Iglesia, que tenía una inmensa fuerza política, y aceptar su bendición apostólica, la burguesía, asustada por la creciente pujanza de las organizaciones obreras y por la ideología disolvente y revolucionaria de los nuevos gobernantes, hipotecó su libertad sexual y la del país durante los famosos cuarenta años de Franco.

CAPÍTULO 21

EL ANTIGUO OFICIO

En los relajados años republicanos, la reglamentada prostitución vivió tiempos esplendorosos[135]. Muchas chicas llegaban al oficio pasando previamente por el de madre soltera repudiada por la honorable familia, por el de criada desflorada por el señorito o simplemente por el de obrera harta de madrugar y de doblar el espinazo por un salario miserable que había optado por una profesión más descansada. «La honra la perdí, pero vivo superior», decía la copla.

A veces, antes de lanzarse a la prostitución, se detenían en la estación intermedia del «baile-taxi», salas de baile donde «señoritas entrenadoras» se dejaban sobar por unos clientes a los que supuestamente enseñaban el arte de Terpsícore. Los clientes adquirían en taquilla unas tiras de tickets que entregaban a la entrenadora escogida.

Algunos prostíbulos de postín de las grandes ciudades llegaron a ser tan famosos que los libertinos pudientes organizaban viajes de placer, para visitarlos en una especie de turismo erótico: la calle Postas de Madrid, donde no era raro coincidir con el poeta Emilio Carrere; Madame Petit y la Emilia de Barcelona; la Pepita de Zaragoza; El Rey Chico y la Bizcocha de Granada; el Zapico, en el gaditano barrio de la Viña, la Turca de Pamplona…[136]

En el fornicio, como en todo, la disparidad de tarifas y categorías existentes revelaba el abismo que separaba las clases sociales. En la pujante Barcelona una prestación sexual valía diez pesetas; en la deprimida Almería no llegaba a cinco. Una dormida, es decir, la noche completa, que valía hasta treinta pesetas en Barcelona, se conseguía en Sevilla por quince. Esto explica el gran trasiego y emigración de menestrales del amor que abandonaban el profundo sur para establecerse en las ciudades del norte. Muchas de ellas, al subir de categoría y aspirar a clientela más selecta, procuraban cambiar su aspecto, adelgazaban, gastaban más en jabón, se hacían extraer los dientes averiados y los reemplazaban por otros de oro, renovaban el vestuario y sustituían melena indómita y negra por *permanent* rubia, teñida a la moda.

Como consecuencia del relajo general las enfermedades venéreas aumentaron de manera alarmante creando un grave problema sanitario porque los maridos putañeros contagiaban a sus santas esposas. Los lavajes con permanganato, el Aceite Inglés («todos saben para lo que es»), y el Blenocol («protege al hombre») se convirtieron en artículos de gran consumo y como tales eran anunciados en la prensa y en los carteles publicitarios de los médicos especializados en venéreas.

Las purgaciones eran accidente tan cotidiano que muchos enfermeros instalaron sus humildes consultas en las zonas neurálgicas para ofrecer a la varia clientela lavados con permanganato («El niño teme al coco y su papá al gonococo», se decía). Más complicado era afrontar la sífilis, lo que requería hospital y cuidados especiales. El Gobierno emprendió una enérgica campaña preventiva que incluía la exhibición, en salas cinematográficas, de estremecedores documentales en los que se presentaba a lo vivo, aunque en blanco y negro, las pústulas y llagas de enfermos venéreos en fase terminal[137].

Anuncio, 1929: «¡Es un harén! Sí, señores, sí. Un verdadero harén, con unas huríes que, si Mahoma volviera a este mundo, seguro que se quedaría. El harén de la Mora fue la alegría de nuestros abuelos, el recreo de nuestros padres, el *refugium pecatorum* de nuestros contemporáneos y hará las delicias de nuestros descendientes si llegamos a tenerlos».

Óleo de Gutiérrez Solsona.

Habitación de un burdel de lujo. Barcelona, 1933.

CUERPO ESPECIAL
DE HIGIENE DE JAÉN.
CARTILLA SANITARIA.
SEÑAS GENERALES.
SEÑAS PARTICULARES.

Cartilla higiénica, Jaén, 1892.

Fichas del burdel de Madame Petit, 1933.

Joan Colom, 1954.

CAPÍTULO 22

PARA VIRTUOSA, LA ESPAÑOLA

En la España rural de los años treinta, más del cincuenta por ciento de la población femenina se mantenía fiel a las siete faldas y enaguas superpuestas de sus abuelas, se empaquetaba en refajos, y de los cuarenta para arriba evitaba mojarse la barriga, o sea, cero evolución.

En las grandes ciudades la situación era distinta. Allí hacía años que había triunfado la moda europea de las anchas hombreras, la falda corta y los vestidos entallados que resaltaban los pechos bajo la blusita planchadita de organdí (luego trovada por Jorge Sepúlveda). Las mangas de las túnicas veraniegas desaparecieron y los escotes se extendieron generosamente hasta mostrar el canalillo. En vano se quejaba Francisco Agüero (*Crónica*, 1934) de las modernas licencias: «¿Qué es eso de que la mujer nos enseñe, sin pedírselo, el 80 por ciento de su cuerpo?».

Como la moda es contradictoria, en algún momento se promocionaron atuendos masculinos, a imitación de la cinematográfica Marlene Dietrich, glosada por poetas verriondos como «los muslos de Afrodita».

¿Cómo era la mujer moderna que proponían los cánones? Un perito de la revista *Crónica*, Pedro Massa, nos ofrece su retrato robot en 1934: «Cabeza rubia y blonda […] cabellera fresca y dorada […] boca ancha y fresca; pecho temblador y no demasiado ópimo, cintura sacudida y nerviosa […] piernas ágiles y tensas […] aire de garzón […] tenso músculo, cigarrillo, deporte y descaro […] por debajo de esa amoralidad al uso […] un querer femenino que solo espera la caliente sombra de un hombre para aflorar en ímpetu de ternezas» (menuda cursilería, me hago cargo). Es, claro está, un arquetipo difícilmente alcanzable. La oferta real debió de estar algo matizada si creemos a Rafael Rivelles, actor famoso por sus frecuentes uniones sentimentales: «Para hogareña, la alemana; para el sexo, la francesa; para sorprendente, la americana; para pasional, la francesa y para virtuosa, la española»[138].

¿Y los homosexuales? La República fue razonablemente tolerante con ellos. Era notorio que muchos intelectuales y artistas lo eran, pero raramente se atrevían a salir del armario[139]: el comediógrafo Jacinto Benavente, el pintor Dalí, algunos poetas de la generación del 27 (García Lorca, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda). Incluso se rumoreó de una supuesta homosexualidad del presidente de la República y destacado intelectual, don Manuel Azaña.

Un notorio vivero de intelectuales que atrajo a los homosexuales por su tolerancia

fue la famosa Residencia de Estudiantes, verde retoño de la Institución Libre de Enseñanza. El equivalente femenino (aunque jamás discriminaron por razón de orientación sexual) fueron el Círculo Sáfico y el Lyceum Club Femenino de Madrid, organizaciones femeninas laicas con secciones de literatura, música y artes plásticas. Entre las mujeres cultas de la época que frecuentaron estos cenáculos cabe mencionar a Carmen Conde (primera académica), a Victorina Durán, a la actriz Margarita Xirgu y a Lucía Sánchez Saornil, la anarquista fundadora de Mujeres Libres. Victorina Durán, la infatigable feminista y militante lesbiana, dejó a la posteridad un epitafio no por cursi menos elaborado: «No sé si habré dejado de amar por haber muerto o habré muerto por haber dejado de amar»[140].

Consagración de una virgen.

Federico García Lorca
y Salvador Dalí.

Foto, 1937.

Postal, 1870.

Reportaje de
El País Semanal.

Postal, 1927.

CAPÍTULO 23

PIENSA QUE ESA PUTA PUEDE SER TU MADRE

Se torció la convivencia y llegamos a la guerra incivil. Sobre cuál de las dos Españas era la mala y cuál la buena, si es que alguna era buena, hay diversidad de opiniones, pero en lo que muchos suelen concordar es en que «pudiera ser que la guerra hubiera opuesto, exceptuando a los vascos, a los partidarios y a los adversarios de la virginidad»[141].

Quizá sea arriesgado suponer que el comportamiento sexual de los españoles determinó la suerte de la guerra, pero desde luego la suerte de la guerra determinó el comportamiento sexual de los españoles durante por lo menos un cuarto de siglo.

Los sociólogos tienen comprobado que las situaciones de peligro provocan «violentas subidas de la sensualidad colectiva»[142]. Este curioso fenómeno se manifestó con especial intensidad en nuestra guerra incivil. El incierto porvenir estimulaba al personal para gozar el presente y como este era sórdido y menesteroso, con más escasez que abundancia, a muchos no les quedó más evasión consumista que la del sexo, ese consuelo de pobres. Además, otras desgraciadas circunstancias que acompañan a la guerra civil favorecieron singularmente el ejercicio venéreo: movimientos de población, hacinamiento, promiscuidad, viudas desconsoladas, novias cesantes, esposas en dique seco, padres de familia movilizados que se echaban novia formal en cada pueblo de su itinerario militar y mujeres desamparadas que se prostituían para huir del hambre.

Al comenzar la guerra, las clases desheredadas se sumaron alegremente a la asonada, fuese por puro idealismo o porque su instinto les indicaba que a río revuelto ganancia de pescadores. Arrastradas por aquella ola de entusiasmo, las autoridades republicanas no se atrevieron a contrariar a la entusiasta chusma de milicianos que se ofrecía a defender con su sangre el mantenimiento del orden constitucional. El país entró en la que un historiador ha llamado «fase eufórica y propicia a la fornicación»[143]. Como la consigna era abolir la opresión capitalista, muchos creyeron que la moral revolucionaria tenía que ser diametralmente opuesta a la del enemigo clerical; es decir, confundieron el culo con las témporas.

Los estratos inferiores de la población (hez social, en la clasificación de las derechas), a los que los prejuicios sexuales de la moral cristiana nunca habían desvelado, abrazaron con entusiasmo la nueva ideología y la redujeron a dos consignas: la propiedad es un robo y viva el amor libre, a veces expresado en forma más concreta: «Hijos, sí; maridos, no». En la práctica conjugaron lo esencial de

ambas propuestas copulando en las camas con dosel de las requisadas mansiones de los ricos, sobre sábanas de Holanda. Además ataviaban a la miliciana o a la coima de turno con las sedas y galas que encontraban en los armarios de la señora y se hacían la ilusión de que se estaban refocilando con ella[144].

La pretendida revolución sexual fue pretexto frecuente para espectáculos de dudoso gusto. En muchas iglesias sacaron de sus enterramientos las momias de curas y monjas y las expusieron en posición coital a la morbosa curiosidad de los ciudadanos (en la madrileña iglesia del Carmen incluso cobrando entrada).

El desenfreno sexual alcanzó su punto álgido en los primeros meses de la guerra, precisamente durante el periodo de necio triunfalismo, de rencoroso ajuste de cuentas, de absurdo despilfarro, hoy faisán, mañana plumas, de juicios sumarísimos, de «paseos», de persecuciones y de crímenes gratuitos[145].

Milicianas.

Milicianos y milicianas en mangas de camisa y despechugados se metían mano en la vía pública alardeando su liberadora promiscuidad. Algunos no dudaron en agruparse bajo denominaciones tan sugerentes como «Els fills de Puta». Milicianas en pantalones y alpargatas, el máuser entre las piernas, el petulante cigarrillo en los labios, estrenaban camaradería y creían que ofreciéndose a sus compañeros de armas con la «generosidad propia de unos momentos en que todo era de todos» demolían

los prejuicios sexuales burgueses[146]. La oferta era tan tentadora que los puritanos del bando nacional, quizá recelando deserciones, hicieron correr la especie de que las milicianas eran «feas, bajas y patizambas. Sin el refugio de la religión, se les apagó de repente la femineidad y se hicieron amarillas de envidia»[147]. En honor a la verdad hay que reconocer que aunque las milicianas no se maquillaran ni adornaran en las fotos de entonces descubrimos a muchas beldades.

En algunos lugares, el sexo se convirtió en artículo comunal. La autoridad del batallón o del sindicato podía recompensar los servicios del afiliado con una tarjeta que daba derecho a una prestación sexual: «Vale por una novia esta noche». En otro leemos: «Vale por seis porvos con la Lola»[148].

Comité de Milicias y Defensa de la Ciudad

VALE por seis porvos con la Lola.

para las Milicias.

Toledo, 21 de Agosto de 1936

El COMITE

Responsable

Escritorio núm. 40

No se puede transferir

«Vale por seis *porvos* con la Lola».

La República, higienista, feminista y cargada de buenas intenciones, intentó acabar con la prostitución. Incluso los anarquistas, que pasaban por ser los elementos más díscolos y contestatarios de la naciente democracia, estaban de acuerdo en abolir el trato carnal remunerado: «El anarquista debe merecer los besos, no comprarlos», «El baile es la antesala del prostíbulo, matando las energías del joven luchador. CERRÉMOSLE».

Cartel de la guerra civil.

Y los cerraron, al menos en las ciudades que ellos dominaban, Barcelona entre ellas. Algunas fulanas siguieron ejerciendo por libre, pero otras optaron por enrolarse en las milicias dado que la revolución social las había dejado en la calle sin oficio ni beneficio. También hubo simples aficionadas a la placentera coyunda que vieron en la militancia un pretexto para satisfacer secretas apetencias. Otras, finalmente, eran cándidas ciudadanas, quizá un poco bobas, que estaban sinceramente convencidas de que abriéndose de piernas elevaban la moral del combatiente y contribuían poderosamente al aplastamiento del fascismo.

Al principio la situación escapó de las manos del Gobierno. Resultaba evidente que las bases populares estaban confundiendo libertad con libertinaje, pero, como toda iniciativa autoritaria era inmediatamente descalificada como propia del bando enemigo, nadie se atrevía a ponerle el cascabel al gato por miedo a ser tachado de fascista.

El desmadre duró unos meses. Cuando se advirtió que la guerra iba para largo y camino de perderse si no se observaban las mínimas normas disciplinarias, la promiscuidad orgiástica del principio remitió y las aguas volvieron a su cauce.

La República puso remedio con generosidad a los problemas sociales que acarreaba el amor libre. En 1937 dictó un decreto en virtud del cual se legalizaban automáticamente las uniones libres de los milicianos muertos en la guerra, lo que legitimaba a los hijos habidos y permitía a las oficiosas viudas percibir la paga correspondiente. Otros decretos igualmente progresistas otorgaron igualdad de derechos a la mujer y, en Cataluña, legalizaron el aborto e incluso establecieron unos

«servicios de interrupción artificial del embarazo».

La promiscuidad sexual imperante en las unidades mixtas había favorecido la propagación de las enfermedades venéreas hasta tal punto que causaban tantas bajas como el enemigo. Incluso en las católicas milicias vascas el problema se tornó acuciante. En el periódico *Euzkadi Rojo* leemos: «La presencia de algunas mujeres que deberían estar hospitalizadas viene produciendo notorios daños entre nuestros gudaris»[149].

Carteles de la guerra civil.

Los sanitarios no daban abasto para atender las blenorragias: el grito desgarrador que provocaba el tratamiento (cánula en la uretra y jarrupazo de permanganato en los adentros) se percibía día y noche en los hospitales de campaña.

—Listo, muchacho, la próxima vez mira bien dónde la metes y cuídate de las malas compañías que por una corrida de mierda mira cómo duele —recomendaba el facultativo.

La incidencia de enfermedades venéreas entre los anarquistas resultó tan preocupante que Líster optó por meter a las milicianas en camiones y reexpedirlas a la retaguardia. También Durruti expulsó a las milicianas de su famosa columna y las devolvió a las mancebías del Distrito Quinto barcelonés, de donde muchas procedían[150].

El alejamiento de las prostitutas milicianas de los frentes mitigó los problemas que habían creado, pero no los resolvió.

Engolosinados ya por las malas costumbres adquiridas, los soldados siguieron frecuentando los prostíbulos itinerantes que iban avanzando o retrocediendo, más bien esto último, al compás del ejército. La paga del soldado republicano, diez

pesetas diarias, permitía al aficionado frecuentar las profesionales del amor. En esta coyuntura, las autoridades, preocupadas por el lamentable estado sanitario de las tropas, organizaron campañas de concienciación. Las revistas insertaban artículos de fondo sobre temas de higiene «en las relaciones íntimas con la mujer profesional del amor»[151], publicidad gratuita de la pomada *Desinfectón* o pegadizas «aleluyas sanitarias» adecuadas al nivel cultural de los destinatarios:

Con Venus no has de jugar
pues te la puede pegar.
Si vas con una mujer
todo lo has de precaver[152].

Pero quizá el recurso pedagógico más efectivo fueron los carteles de propaganda en los que bajo un sugerente dibujo se leía:

LA MUJER
puede ser el enemigo.
Guárdate de ella
con lavajes, preservativos, preventivos.

Y debajo, en letra mucho menor, tímidamente, un escéptico:

O mejor, con abstención.

Regresaron las putas a sus labores de retaguardia y los prostíbulos que habían sido clausurados por la autoridad como exponentes de la podredumbre social fascista, volvieron a abrir sus puertas, ahora con la competencia de los nuevos establecimientos que se iban habilitando para atender la creciente demanda[153].

En vano clamaban por las esquinas los pasquines de la Agrupación de Mujeres Libres de la CNT: «Los *music-halls* y las casas de prostitución siguen abarrotados de pañuelos rojos, rojos y negros y de toda clase de insignias antifascistas. Es una incomprensible incoherencia moral que nuestros milicianos —luchadores magníficos en los frentes— sean en retaguardia los que sustenten y extiendan la depravación burguesa en una de sus más penosas formas de esclavitud: la prostitución de la mujer»[154].

A medida que avanzaba la guerra fueron haciéndose más familiares las redadas de la policía militar en los barrios chinos, refugio de desertores y maleantes. En el de Barcelona se detectaron extranjeros que habían cambiado el uniforme caqui de las Brigadas Internacionales por el traje a rayas, ancha solapa con clavel en el ojal, del proxeneta.

Si reconvertir a las putas resultó una empresa ilusoria, el funesto desarrollo de la guerra, con sus terribles secuelas de pobreza, dolor y miseria, determinó que muchas mujeres que antes eran decentes se echaran al arroyo. Las niñas abandonadas al

hambre hacían su noviciado de pajilleras entre las ruinas de los bombardeos, antes de profesar, aún impúberes, en el antiguo oficio. Amas de casa que no tenían con qué llenar la cesta de la compra se dejaban achuchar en sórdidas trastiendas.

Algunas de estas prostitutas eventuales se resistían a profesionalizarse ingresando en un burdel y optaban por ejercer por libre, esporádicamente, de manera vergonzante, solo para sacar un sobresueldo con el que seguir tirando.

Cuando las autoridades republicanas se percataron de la dificultad de abolir la prostitución, se conformaron con aliviar al menos las condiciones de vida de las putas. En muchos burdeles aparecieron carteles del sindicato que pretendían concienciar al cliente: «Camarada, respeta a las prostitutas. Piensa que pueden ser tu mujer o tu hermana», «Camarada: trata bien a la camarada que elijas. Piensa que puede ser tu hija, que puede ser tu hermana».

Al socaire de las nuevas libertades, el número de catecúmenos de la religión naturista y del amor libre aumentó espectacularmente. Muchos antiguos matrimonios se separaban y sus miembros se emparejaban de nuevo, sin más vínculo ya que el de sus libres voluntades, lo que no siempre fue cabalmente entendido por los de su propio bando.

Aparte de estos llamativos excesos, la mayoría de la población siguió observando la tradicional moralidad cristiana, con la matizada diferencia de que, en la nueva sociedad que aspiraban a crear, la compañera recibía teóricamente un tratamiento más igualitario que cuando era simplemente esposa.

En el bando opuesto imperaba la moral conservadora y católica, aunque matizada por la situación bélica. Esto justifica que el lenguaraz Queipo de Llano reconociera abiertamente, en una emisión radiofónica, las violaciones perpetradas por sus tropas: «Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombres. De paso, también a las mujeres de los rojos que ahora, por fin, han conocido hombres de verdad y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará…»[155].

No eran meras amenazas para desmoralizar al bando contrario. El corresponsal de prensa John Whitaker comprobó cómo el general Mizzian, el único moro de alta graduación en el ejército nacional, consideraba la violación como parte del botín de sus tropas: «Me encontraba con este militar moro en el cruce de carreteras cerca de Navalcarnero en el otoño de 1936, cuando dos muchachas españolas, que parecían aún no haber cumplido los veinte años, fueron conducidas ante él. A una se le encontró un carné sindical; la otra, de Valencia, afirmó no tener convicciones políticas. Mizzian las llevó a un pequeño edificio que había sido la escuela del pueblo donde descansaban unos cuarenta moros. […] Se escuchó un ululante grito salido de las gargantas de la tropa. Asistí a la escena horrorizado e inútilmente indignado. Cuando le protesté, Mizzian sonrió cínicamente: ¡Oh, no se preocupe: no vivirán más

de cuatro horas!»[156].

A esas violaciones declaradas habría que sumar las encubiertas perpetradas mediante chantaje. El descontrol de la justicia (tribunales populares en un bando y consejos de guerra sumarísimos en el otro) obligó a muchas mujeres a entregarse a cambio de la condonación de la pena de muerte o prisión de sus novios, maridos o hermanos.

En la Sevilla de Queipo de Llano, las desgraciadas que querían interceder por algún familiar encarcelado acudían al delegado del Gobierno, coronel Manuel Díez Criado. A este individuo «le daba lo mismo firmar cien sentencias de muerte que trescientas […]. No admitía visitas. Solo las mujeres jóvenes eran recibidas en su despacho. Sé de casos de mujeres que salvaron a sus deudos sometiéndose a sus exigencias»[157].

CAPÍTULO 24

LA VIDA ALEGRE

En el ambiente de relajación moral que propició la guerra no dejaron de prosperar los antiguos cafés cantantes, cabarets y prostíbulos de las grandes ciudades e incluso aparecieron otros nuevos para satisfacer la creciente demanda. De nada sirvieron las protestas de algunos intelectuales y políticos según los cuales la sublevación no sería aplastada «mientras los españoles que puedan empuñar un fusil se pasen los días viendo películas, acudiendo a las casas de prostitución y leyendo esos estúpidos libros pornográficos, que por vergüenza y negocio se siguen vendiendo»[158].

La revista musical había perdido a Celia Gámez, su reina indiscutible. Sorprendida por el alzamiento en Guadarrama, la famosa *vedette* se sintió más cómoda en el bando nacional y optó por continuar hasta Salamanca en lugar de regresar a Madrid. No obstante, una docena larga de espléndidas *vedettes* disputaron muy pronto su puesto en la cartelera madrileña[159].

Las *vedettes* de la guerra abandonaban la bata de franela y el braserillo escaso del camerino y salían al escenario, reprimiendo tiritonas, a mostrar sus encantos a un ululante auditorio de milicianos, de soldados con permiso y de señoritos emboscados. En Madrid, la ciudad sitiada, amenazada y bombardeada, estas muchachas apuntalaron la vacilante moral (de resistencia) con su gracia, juventud, hermosura y sus grandes dosis de sal gorda y chabacanería que era lo que el cada vez menos selecto auditorio demandaba. Sirvan de muestra los títulos de algunas revistas estrenadas por entonces: *¡No la engañes, Atilano!*, *El sostén de la Milagros*, *El sesenta y nueve montado*. Cuando iban de gira por los frentes elevaban la moral de la tropa de tal manera que regresaban con los glúteos moteados de cárdenas muestras de entusiasmo.

Por las mismas fechas, en los cafés cantantes triunfaban cuplés como el titulado *A mi novio le gusta la almeja*, que parecía escrito expresamente para complacer al futuro presidente de la República, doctor Negrín, afamado gastrónomo y notorio erotómano.

El desmadre llegó a tal extremo que se hizo necesaria una campaña de moralización a la que se adhirieron los establecimientos de mayor solera: «El programa de este Salón —leemos en un anuncio de prensa— queda limitado a espectáculo selecto y frívolo, pero no sicalíptico». Otro anuncio publicado por el Comité Ejecutivo de Espectáculos Públicos: «Se ruega al culto público asistente a la proyección de la película *Monja y casada, virgen y mártir* que se abstenga de hacer manifestaciones hostiles dentro de la sala pues, aunque el film refleja la realidad de

aquellas monstruosidades, no deja de ser una película».

El teatro serio se frivolizó igualmente y dio en representar obras tan sugerentes como *La cocotte más pura de Francia*. Una nueva hornada de primeras actrices, más notables por sus prendas físicas que por su talento interpretativo, se incorporó a la escena. El legendario *music hall* El Molino Rojo, confiscado al inicio de la guerra, continuó funcionando bajo la regencia de la CNT, que igualó el sueldo de todos los trabajadores, camareros, bailarinas y *vedettes*, independientemente del trabajo que realizaran.

—En ese caso —argumentó la *vedette* principal— hoy cuidaré yo de los lavabos y que salga a escena la señora de la limpieza[160].

¡Ay, las utopías!

CAPÍTULO 25

LA ESPAÑA DEL ESCAPULARIO Y DETENTE BALA

La España nacional hacía profesión de masculinidad, en concordancia con la estética macho de los movimientos fascistas europeos. Frente a la hombría exuberante de las tropas nacionales, contrastaban los juicios de valor acerca de la dudosa virilidad del enemigo[161].

En el frente olía a pólvora y a humo, en la retaguardia nacional a incienso y a naftalina. Necesitado de legitimidades, Franco recompensó el apoyo de la Iglesia restituyendo a los obispos cuantos privilegios y prebendas les había arrebatado la República e incluso equiparó a los cardenales a generales de brigada y otorgó honores militares al Santísimo[162].

La España nacional se reconvirtió a golpe de decreto-ley. El matrimonio civil, el divorcio, la coeducación y las otras leyes laicas de la República se derogaron. Los ciudadanos casados por lo civil pudieron optar por legitimar su unión ante la Iglesia o separarse. Los que se habían divorciado y vuelto a casar se encontraron de pronto con que su primer matrimonio era el único válido.

Nuevamente el sexo quedaba relegado a sus aspectos reproductivos. Se prohibieron «la pornografía y la literatura comunista, libertaria y en general disolvente», así como «las películas disolventes y perniciosas en el orden moral, político y social». En el plazo de dos días, los poseedores de material sicalíptico o subversivo debían entregarlo a la autoridad para su destrucción. Grandes piras de libros ardieron por todo el país. Donde no se pudo encontrar suficiente material claramente pornográfico se rebajó el listón para que la simbólica hoguera no flaqueara por falta de combustible[163].

Los hombres estaban librando una Cruzada contra el comunismo disolvente y ateo. A la abnegada mujer de retaguardia correspondía una Cruzada femenina de modestia y austeridad. Urgía «poner dique al desbordamiento de la frivolidad […] y a la procaz inmoralidad»[164].

El consenso alcanzado entre las fuerzas antirrepublicanas y la jerarquía eclesiástica se prolongaría, pasada la guerra, durante, al menos, el cuarto de siglo que perduró nuestra condición de reserva espiritual de Occidente. Es lo que se ha venido en llamar «nacionalcatolicismo» (nacionalseminarismo, según Foxá).

El nuevo Estado declaraba oficialmente que su política social se orientaría a procurar «que la mujer dedique su atención al hogar y se separe de los puestos de

trabajo»[165]. La mujer de la Nueva España debía reinar nuevamente en la cocina, pero con la despensa tan desabastecida no había gran cosa que guisar. Existía el peligro de que refugiara su soledad en la lectura. Los directores espirituales acudieron prestamente a cerrar ese portillo: «Que no se aficionen a las novelas modernas […] son la peste social, la carcoma del entendimiento y el desaguadero pestífero de la inmoralidad»[166].

La campaña de moralidad incidió principalmente en la moda, el baile y el cine, que eran los tres portillos por donde se colaba el Maligno. La moda, declarada instrumento judío de perversión, había impuesto, en tiempos republicanos, escote pronunciado, manga corta y falda por las rodillas, a veces ceñida y con pequeña abertura[167]. Las mujeres tuvieron que desterrar estas prendas y recuperar los trapos de diez años atrás. En la prensa menudeaban artículos formativos de inserción obligatoria, unos dirigidos a las mujeres: «Si usted se viste según esa moda ni es cristiana ni es mujer»; otros, a los padres: «No olviden los padres que han de dar cuentas a Dios. Lo mismo recuerdo a las modistas»[168]; otros, «a los maridos demasiado complacientes con las modistas que imponen sus gustos a las señoras distinguidas, cuyos actos copian las clases humildes»[169].

El argumento patriótico se esgrimía con singular empeño: «Mientras una tercera parte del suelo español gime bajo la esclavitud soviética, tú, mujer española, no tienes derecho a tomar la vida como un tabladillo de frivolidad […] no puedes disipar el tesoro de tus sentimientos en espectáculos, bailes, cafés, y paseos donde se hace mercado de la sensualidad […] mientras nuestros soldados cierran entre dolores sus carnes desgarradas, tú, mujer española, no tienes derecho a exhibir las tuyas con impudor y desvergüenza […]; dedicándote a gozar, a flirtear y a corromper las costumbres eres traidora a la Patria»[170].

El 30 de mayo de 1938 circuló la orden de «dar a la vida pública un tono de digna templanza, de acuerdo con los principios de ascesis religiosa y militar»[171].

Como botón de muestra sirvan las instrucciones sobre reglas de moralidad emitidas por el gobernador civil de León:

«1.ª Honestidad en los vestidos, sin exagerar los escotes, faldas y mangas.
»2.ª Suprimido radicalmente el “sin medias”. Más vale llevarlas zurcidas que ir sin ellas. Si faltan pesetas, se suprimen bares y cines.
»3.ª Reducir al mínimo las pinturas en la cara y en los labios y los colores impropios del cabello, pues hay alguna niña que deja su lindo natural para convertirse en una muñeca de escaparate.
»4.ª Suprimidas las posturas poco honestas de muchas parejas, y, sobre todo, el ir por lugares de poco tránsito y poca luz.
»5.ª Suprimido el “fumar” entre las mujeres leonesas; es costumbre muy poco femenina. La que desee fumar, coja un fusil, vista un mono y vaya al frente.
»6.ª Dedicar el máximo de tiempo al trabajo para los heridos y soldados y disminuir los paseos y gastos superfluos.
»Estos seis puntos se comenzarán a cumplir tan pronto se publiquen. Se encargarán de hacerlos efectivos las mismas interesadas, no dando lugar a que tenga que intervenir la Autoridad, lo que sentiría, pero que no dejará de hacer caso de desobediencia, pues estamos en tiempos de obedecer ciegamente y respetar lo mandado. / El

Gobernador Civil».

No faltaron agrupaciones femeninas de carácter pío que colaboraron con la jerarquía eclesiástica en la tarea de vigilar la moralidad de la mujer nacional. Veamos el Manifiesto de las Damas de la Unión Diocesana de Sevilla: «Mujer española, tu norma de vida no puede ser la frivolidad, sino la austeridad; tu puesto no está en los espectáculos, los paseos, los cafés, sino en el templo y el hogar. Tus adornos y tus arreos no pueden ser las modas inmundas de la Francia judía y traidora sino el recato y el pudor de la moral cristiana»[172].

Oficialmente el bando nacional acataba y observaba los preceptos y mandamientos de la Iglesia, pero en la cruda realidad, sus soldados, aunque fueran cargados de escapularios, detente bala y otros emblemas religiosos, formaban largas colas delante de los prostíbulos de campaña y no perdían ocasión de conculcar el sexto mandamiento aunque luego tuvieran que confesarse para ponerse a bien con Dios antes de entrar en combate.

En la retaguardia los prostíbulos de solera vivieron unos años de prosperidad solo comparables a sus colegas de la zona republicana. Burdeles tan reputados como La Pepita (Zaragoza), La Lola (Burgos), La Turca (Pamplona), La Bizcocha (Granada) y Mediateta (La Coruña) prosperaron al amparo de la permisividad sexual masculina impuesta por la guerra[173]. En la Alameda de Sevilla existió un prostíbulo que, muy acorde con los nuevos tiempos, era conocido por La Sacristía. Lo mismo cabe decir de los cafés concierto y cabarets dedicados al arte frívolo en las grandes ciudades. Como máximo se llegó a prohibir «el paseo y exhibición públicos de mujeres dedicadas al tráfico carnal»[174]. Pero ellas, siempre más listas que la autoridad competente, burlaron la norma y se disfrazaron de mujeres decentes para buscar clientes, lo que les añadía morbo.

Las estrictas normas de la nueva España arraigaron más en el pío norte, particularmente en Navarra, que en las provincias liberadas del sur. Cádiz, Granada y Sevilla destacaron siempre por su sospechosa permisividad.

La jerarquía eclesiástica hubo de transigir con la lujuria de la tropa, pues no era cosa de bajar la moral de combate de sus defensores por un quítame allá estas pajas, dicho sea sin doble sentido. Tuvo que tolerar la implantación de instituciones tan sospechosas como la de las madrinas de guerra aun a sabiendas de que el intercambio epistolar de las abnegadas muchachas con desconocidos engendraría otras intimidades en cuanto se presentara la ocasión. Algunos madrinazgos acabaron felizmente en boda, pero otros solo dejaron lágrimas y preñeces dado que muchos desaprensivos practicaban el donjuanismo por correspondencia y en cuanto lograban el revolcón, aprovechando un permiso, olvidaban sus promesas y desaparecían sin dejar rastro. Todas estas claudicaciones provisionales se mostraron a la postre acertadas y rindieron su fruto: el primero de abril de 1939, cautivo y desarmado el

ejército rojo, las tropas nacionales alcanzaron sus últimos objetivos y en la prensa madrileña apareció el siguiente anuncio: «Araceli. Hortaleza 68. Fajas y sostenes, saluda entusiásticamente al ejército nacionalista. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!».

Comenzaba una nueva era.

DOS HERMANAS
educadas y cultas desean ser madrinas de guerra de dos luchadores. mínimo tenientes, no menores de 27 años. Escribid a:
Vanguardia 2651

DOS SRTAS. CULTAS
desean ser madrinas de guerra de dos combatientes mínimo tenientes, de la Columna Internacional, a preferir rusos o ingleses.
Escribid Vanguardia 2600

Madrinas de guerra, *La Vanguardia*, 25 de diciembre de 1937.

¿Adonde van las costumbres?
Dr. CLAVERO NUÑEZ
Antes de que te cases
LUCHAS DE LA CASTIDAD
Los últimos dos perversos enemigos del ASPIRANTE:
5.°, los libros malos, que pervierten a los jóvenes; tales son ciertas novelas inmorales, impías, etc.
6.°, los espectáculos malos, que causan tanto mal; él deja esas cosas indecentes para los indecentes.
VIDA ESPIRITUAL
DOCUMENTOS PARA TRANQUILIZAR A LAS ALMAS TIMORATAS EN SUS DUDAS
EDITORIAL RALMES
EL DECENIO CRITICO
(A LOS JOVENES DE 16 A 26 AÑOS)
E. ENCISO.
La muchacha EN EL NOVIAZGO

CAPÍTULO 26

PINTORESCO BOSQUE DE BRAZOS EXTENDIDOS

Durante la República, España había alcanzado una libertad sexual similar a la de cualquier otro país europeo. La victoria del bando rebelde en 1939 lo trastocó todo. Aún no se había disipado el olor a pólvora cuando el obispo de Valencia publicó una pastoral en la que denunciaba que el cáncer de la inmoralidad también afectaba a la parte sana de España, a la cristiana, a la de los vencedores: «En ese pintoresco bosque de brazos extendidos nos hemos de encontrar, desgraciadamente, con la palpitante y triste realidad de un mundo sensual»[175].

Franco permitió que los obispos se inmiscuyeran nuevamente, y esta vez con mayor fuerza coactiva, en la entrepierna de los españoles. El amor libre, el divorcio y la coeducación quedaron abolidos, así como la tolerancia hacia la homosexualidad[176]. El único objeto del sexo volvió a ser la procreación dentro del matrimonio. La estricta regulación moral afectó especialmente a la mujer en consonancia con la doctrina de la Iglesia.

Durante la década de los cuarenta y aún después, las materias «fómite de pecado», es decir, cines, bailes, playas y modas, ocuparon un desproporcionado espacio en las pastorales de los obispos, en detrimento de la justicia social y otros aspectos no estrictamente sexuales del legado evangélico.

Comencemos por las modas. Los prelados fijaron el largo de la falda y emitieron toda una serie de paternales directrices destinadas a crear tendencia.

Para Pla y Deniel, arzobispo de Toledo, «los vestidos no deben ser tan cortos que no cubran la mayor parte de las piernas; no es tolerable que lleguen solo a la rodilla. Es contra la modestia el escote y los hay tan atrevidos que pudieran ser gravemente pecaminosos por la deshonesta intención que revelan o por el escándalo que producen. Es contra la modestia el llevar la manga corta de manera que no cubra el brazo al menos hasta el codo. Es contra la modestia el no llevar medias. Aun a las niñas debe llegar la falda hasta las rodillas, y las que han cumplido doce años deben llevar medias. Los niños no deben ir con los muslos desnudos»[177].

La moda se hizo teología, como fundamentadamente razonaba el arzobispo de Valladolid: «Ciertos espíritus miopes no ven la importancia que tiene la virtud de la modestia. Dicen que qué más da unos centímetros más o menos en el vestido: error gravísimo doctrinal y práctico»[178].

La autoridad civil tomó nota y, como en los tiempos de la Inquisición, relajó a los transgresores a su brazo secular. Aquellas hembras jacarandosas que en los años

precedentes exhibían provocadoramente las rodillas y el inicio de muslo poderoso se replegaron a las faldas por debajo de la rodilla, escotes pudorosos, brazos cubiertos y trajes desceñidos. Las bañistas tuvieron que sustituir sus flamantes maillots por los antiguos trajes de baño con faldita, rescatados del fondo del baúl. Los guardias amonestaban a las parejas por hacer manitas en público. Llovieron multas por besarse en el parque.

La modestia del vestido, extensiva a la del peinado y a la actitud, se elevó al rango de virtud femenina por excelencia. Apariencia decente en vidas regladas y decorosas, predicaban los púlpitos. La mujer decente frecuentaba los sacramentos, vestía honestamente, usaba faja y medias incluso en verano, jamás aparecía sin acompañante en lugares públicos como paseos, cafeterías o cines, encorvaba la espalda para minimizar los pugnaces pechos, tomaba asiento con modestia, recatadamente, se tiraba de la falda al sentarse sin cruzar las piernas y aborrecía el tabaco y las bebidas alcohólicas. La que no se sometía a esas reglas era una perdida.

Dada la rica variedad de los hombres y las tierras de España, estas normas no se aplicaron en todas partes con la misma severidad. Generalizando mucho puede decirse que las provincias del recio norte las acataron de mejor gana que las del permisivo sur, donde muy pronto aparecieron falsas mangas que las mujeres se colocaban antes de entrar en la iglesia y retiraban a la salida para lucir en el paseo sus mórbidos brazos desnudos.

—Porque lo que han de comer los gusanos, dejad que lo disfruten los humanos.

Los directores espirituales volvieron a dar la tabarra con la preservación del himen femenino: «Precisamente porque quieres a tu novio estás cultivando para él el regalo más rico de tu boda: tu virginidad, esa flor bella, tan maravillosa, que Dios quiso que no le faltase jamás a su Madre, y para conservarlo realizó un milagro portentoso. Es algo sublime, que engrandece, que eleva a la persona humana a regiones superiores, a una categoría mucho más alta»[179]. La novia debía guardar su «pureza incontaminada, cuidadosamente conservada y abrillantada con cuantos sacrificios sean necesarios para ser ofrendada el día de su boda a Dios y al ser querido»[180].

Algún lector en edad provecta recordará sin nostalgia su tormentoso noviazgo, la continua y agotadora porfía para conseguir los parvos e incompletos favores de su amada y la terca y heroica resistencia de ella, bien aleccionada por la artera suegra y por el hipócrita director espiritual. La nueva hornada de novias que siguió a la guerra creció convencida de que la verdadera prueba del amor del hombre es el respeto del cuerpo de la amada y de que la pareja debe reprimir sus bajos instintos hasta que, una vez unida por el sacramento, esté en condiciones de servir al alto fin para el que fue creada: concebir hijos que alegren el hogar cristiano. «Amor no es pasarlo bien», advertían los predicadores.

Para los que pensaban en contrario, o sea que el amor y el propósito de matrimonio no excluye pasarlo bien, la consumación física de sus afectos resultaba

bastante problemática debido a la abundancia de guardas jurados especializados en la caza de parejas.

Apostado en lugar propicio, tras los setos de los parques o en los desmontes de las afueras, el guarda esperaba a la pareja de turno y la dejaba progresar, sin perder detalle, recreándose en la suerte, hasta las inmediaciones del orgasmo. Solo entonces hacía sonar su silbato y saliendo de su escondite comparecía fiero y amedrentador. A la conmoción del *coitus interruptus* seguía la vergüenza de la toma de datos, con los carnés de identidad de los infractores en la mano, que el servidor de la ley cumplía parsimoniosamente, con mucha chupada de lápiz-tinta y mucho juego de muñeca antes de escribir cada palabra. Luego sucedía la multa y hasta puede que el escándalo público, pues los periódicos publicaban las sanciones: «Por inmoralidad y escándalo público han sido multados Julio Calvo y Soledad Pérez»[181].

A las parejas empeñadas en practicar el noble deporte del fornicio ni siquiera les quedaba el recurso de pagar una habitación en un hotel, fonda o pensión. Estos establecimientos exigían la presentación del Libro de Familia a las parejas que alquilaban habitaciones. Tantas restricciones favorecieron las pensiones clandestinas y casas particulares regentadas por discretísimas viudas que franqueaban la puerta en humilde actitud, sin mirar a la chica que acompañaba al señor que le había alquilado una habitación por horas. Los pudientes podían recurrir, como siempre, a los *meublés*.

Muchas parejas adelantaban la boda en la creencia de que posibilitaba la práctica del sexo relativamente libre de trabas. Craso error. El sexo conyugal, aunque legalizado por su condición sacramental, se practicaba en condiciones penosas. Debido a la escasez de vivienda provocada por las destrucciones de la guerra, muchos españoles estaban instalados en casas mal acondicionadas, donde los matrimonios cumplimentaban el débito conyugal sin la concentración y sosiego que requiere acto tan delicado. Por un lado estaba aquella ostentosa imagen de Cristo agonizante cuyos ojos entreabiertos, ya en la agonía, vigilaban, no obstante, el desarrollo de la operación desde el privilegiado observatorio de la cabecera (y presumiblemente tomaban buena nota en caso de que los ejecutantes le desvirtuaran el sacramento con prácticas concupiscentes).

Tampoco ayudaba la precariedad del material auxiliar: la cama traqueteante, sonora de perinolas, chirriante de somier, y las adversas circunstancias climáticas que señoreaban aquellas alcobas heladas y transitadas por traidoras corrientes de aire, pero dotadas de excelente acústica dado que a través de las agrietadas paredes se percibía nítidamente la tos seca de la abuela desvelada de la habitación contigua, la trifulca de los vecinos en la casa paredaña, las incidencias de la partida de brisca que disputaban los realquilados del piso superior o el ensayo de los trompetas y tambores del Frente de Juventudes en la cercana plaza.

Súmese a ello que, debido a los problemas de la vivienda, muchos matrimonios se veían obligados a compartir dormitorio con los hijos pequeños. En este caso tenían que aplazar las efusiones amatorias hasta que los angelitos decidieran dormirse y aun

así la cumplían abreviadamente, recelando interrupciones, en las más penosas condiciones:

—Pepe, por Dios, no hagas tanto ruido que vamos a despertar a los niños —advertía la abnegada esposa mientras aguzaba el oído como liebre en temporada.

Hay que reconocer que el progresivo deterioro de los niveles de calidad en la construcción contribuyó a perpetuar aquellas carencias posbélicas[182].

El único método anticonceptivo conocido era el *coitus interruptus*, castizamente denominado «apearse en marcha», o «la trampa del estirón». Los más informados conocían además la existencia de los preservativos, pero la distribución y uso de estos productos era tan restringida que solo beneficiaba a una exigua minoría[183].

El pueblo bajo, el gran perdedor de la guerra, escapó del control de la Iglesia[184]. Tradicionalmente las parejas impecunes habían embarcado para Citerea en rincones apartados de los parques o en callejas mal iluminadas (a veces porque previsores usuarios habían apedreado las escasas bombillas del alumbrado público). Tras la guerra, dado el celo de los guardias y el peligro de la multa, los novios de modestos recursos refugiaron sus efusiones amorosas en la propicia oscuridad de los cines donde, además, se estaba calentito[185]. En cuanto se apagaban las luces y comenzaba el NO-DO, el novio previsor sacaba un pañuelo de grandes dimensiones y lo desplegaba sobre su regazo enamorado para recoger la emisión seminal sin rociar los pantalones. Si no se producían inoportunos cortes de la película, y sus correspondientes encendidos de luces mientras duraba la avería, la feliz pareja disponía de casi una hora para evacuar consultas.

Otra clase que se sustrajo de la tiranía impuesta por la Iglesia fue la aristocrática o pudiente, acostumbrada ya de antiguo a hacer de su capa un sayo. Es fama que el marqués de Cotrufes, hermano mayor de una cofradía de Viernes Santo y primer contribuyente en la restauración de la iglesia del pueblo y de sus imágenes quemadas por las hordas rojas durante la revolución marxista, no veía contradicción alguna en mantener dos queridas. Su señora, aunque saliera en las procesiones del Corpus con mantilla y rosario de plata y mantuviera reclinatorio en la parroquia, tampoco le hacía ascos a un ocasional revolcón con toreros, bailarines, canónigos o caballistas.

CAPÍTULO 27

EL PESO DE LA PAJA

Durante el nacionalcatolicismo, la Iglesia redobló sus esfuerzos por reprimir la masturbación o vicio solitario, tradicional aliviadero de la juventud desprovista de mejores medios.

En los internados regidos por religiosos la obsesión por la pureza regía la vida del establecimiento. El colegial debía ignorar su cuerpo o, al menos, ocultarlo pudorosamente no solo de la mirada de los demás, sino de la suya propia. «Tanto al vestirme como al desnudarme —leemos en un manual— jamás permaneceré de modo que quede desnudo todo el cuerpo»[186]. En los dormitorios colectivos de los internados los chicos dormían con el pijama completamente abotonado incluso en los meses calurosos, y debían mantener los brazos fuera del embozo incluso en los fríos. Las chicas usaban holgado camisón cerrado hasta el cuello. Unos y otras debían adoptar en la cama una postura honesta. La más recomendada era en decúbito supino, como de cuerpo presente[187].

Los uniformes femeninos estaban diseñados de manera que incluyeran petos, baberolas o tirantes capaces de camuflar tetas y traseros. Cuando esto no bastaba, los pugnaces pechos adolescentes de la jamona en ciernes se disimulaban con refajos monjiles.

Las chicas aprendían a mudarse de ropa interior manipulando debajo del camisón e incluso, en ciertos internados, se duchaban con el camisón puesto. Algunas alcanzaron la mayoría de edad sin haberse contemplado desnudas ante el espejo.

El educando se debatía en un mar de dudas a causa de la información contradictoria que recibía. Por una parte lo persuadían de que su cuerpo era precioso templo del Espíritu Santo, por lo que la más leve impureza lo profanaba y equivalía a un horrendo sacrilegio; por otra parte le sacaban a colación la autoridad de los doctores de la Iglesia para probarle que el cuerpo es porquería, albañal, depósito de suciedades, fómite de pecado, especialmente el de la mujer (esto explica que a las chicas se les prohibiera comulgar con el periodo).

Los directores espirituales de los colegios advertían en sus charlas que el noventa y nueve por ciento de los que padecen en el infierno se han condenado por el pecado de impureza. En realidad, el castigo del masturbador comenzaba en esta vida, pues era fácil presa de las enfermedades asociadas al vicio solitario: la ceguera, la tuberculosis, la locura y otros males no menos terribles.

PASTORES Y OVEJAS

CAPÍTULO 28

EL BAILE, FERIA PREDILECTA DE SATANÁS

La diversión favorita de los españoles —y la más barata— ha sido tradicionalmente el baile, única ocasión en la que la gazmoña sociedad toleraba el contacto físico entre adultos de distinto sexo.

La Comisión Episcopal de Ortodoxia y Moralidad prohibió los bailes agarrados por constituir «un serio peligro para la moral cristiana»[188]. Tan solo se toleraron los entrañables bailes regionales: jotas, muñeiras, melenchones, xiringüellus, sardanas y demás manifestaciones genuinas del alma española que se bailan suelto y dando alegres saltitos, sin contacto físico alguno.

La severa prohibición se aplicó con mayor o menor firmeza dependiendo de la diócesis. Algunos párrocos cedían a la presión de la feligresía y toleraban el baile con la condición de que las parejas se mantuvieran a medio metro de distancia y fueran vigiladas por personas de orden.

En torno a la pista de baile, sentadas en sillas o veladores, señoras de respeto, abuelas, viudas o solteronas adscritas a Acción Católica u otras organizaciones pías, vigilaban para que no se vulnerara la moral. El galán intentaba arrastrar a su pareja al lugar más concurrido de la pista, a salvo de las miradas censoras, y allí acortaba distancias para refregarse contra ella y rendirle el elocuente homenaje de hacerle sentir su turgente virilidad[189].

En Sevilla, feudo del tonante cardenal Segura, bailar agarrado acarreaba fulminante excomunión[190]. La feligresía pudiente soslayaba la prohibición transhumando a las salas de baile de Córdoba o de pueblos limítrofes con la diócesis donde bailar no constituía pecado o si acaso lo era venial.

La clase popular seguía acudiendo a bailes de candil, así llamados por su deficiente iluminación, en corrales de vecinos, merenderos y ventas de las afueras. Libres de los prejuicios de la burguesía y de la influencia doctrinal de los obispos, estos bailes modestos propiciaban el achuchón, ese consuelo de los pobres, y por este motivo eran frecuentados también por empleadillos y estudiantes.

CAPÍTULO 29

LAS PLAYAS, OCASIÓN PRÓXIMA DE PECADO

España, favorecida por la Providencia en tantos aspectos, padecía el grave inconveniente de sus abundantes playas de fina arena que atraían muchedumbres de bañistas en las épocas de canícula, lo cual constituía ocasión próxima de pecado. El informe sobre moralidad pública del Patronato de Protección a la Mujer denuncia «la enorme mezcolanza de hombres y mujeres en las playas».

«El peligro de las playas radica en que la exhibición impúdica hace que las pasiones se desborden en lujuriante actividad y violen, por tanto, procazmente los altos fines de la divina Providencia», señala el padre Laburu[191]. Las playas son, en la acertada metáfora del padre Blanes, «gusaneras multicolores»[192].

Consecuente con la preocupación de la Iglesia, el Ministerio de Gobernación estableció la normativa en playas y piscinas:

«1. Queda prohibido el uso de prendas de baño indecorosas, exigiendo que cubran el pecho y espalda debidamente, además de que lleven faldas para las mujeres y pantalón de deporte para los hombres.
»2. Queda prohibida la permanencia […] fuera del agua en traje de baño.
»3. Queda prohibido que hombres y mujeres se desnuden o vistan en la playa, fuera de la caseta cerrada.
»4. Queda prohibida cualquier manifestación de desnudismo o de incorrección en el mismo aspecto que pugne con la honestidad y buen gusto tradicional entre los españoles»[193].

El padre Laburu había diseñado la indumentaria playera de la mujer honesta: «Falda larga hasta media pierna, pantaletas y mangas cortas y un gracioso escote redondeado que acierte a ocultar la fea prominencia de las clavículas»[194].

Papel mojado. Las mujeres rechazaron ese bañador monjil y optaron por un diseño a medio camino entre el maillot de los años treinta, ya rigurosamente prohibido, y el mandilón diseñado por el polifacético jesuita, es decir, el traje de baño de látex con falditas que señorearía playas y piscinas hasta bien entrados los cincuenta.

Anuncio de piscina con horarios distintos para hombres y mujeres.

En 1944 el informe oficial sobre playas denuncia que «el público es remiso a usar el albornoz»[195]. En los lugares donde la autoridad se mostraba más severa, cuando alguien veía acercarse al guarda playero, avisaba: «¡Que viene la moral!», y los bañistas desprovistos de albornoz se introducían en el agua para evitar la multa.

A pesar de todas las prevenciones de la autoridad, las playas se llenaron de bañistas con los muslos al aire en pecaminosa mezcolanza. Por eso en 1954 se fundó la Asociación de la Cruzada Nacional de la Decencia, cuyos miembros se comprometían a no concurrir a piscinas o solarios utilizados simultáneamente por personas de uno u otro sexo. Quien evita la ocasión, evita el peligro.

CAPÍTULO 30

El CINE NUESTRO DE CADA DIA

El cine y la Iglesia nunca se han llevado bien en España. Desde que se abrieron las primeras salas comerciales y el cine se convirtió en un espectáculo de masas, en los años veinte del pasado siglo, los curas arremetieron contra un arte que consideraban tan fómite de pecado como los cabarets. «El cine, escuela de perversión, vehículo de inmoralidad, pudridero de conciencias, guillotina del alma, albañal inmundo, es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán acá —señala el padre Ayala—. Más calamidad que el diluvio universal […]»[196]. Algunas personas especialmente religiosas se vanagloriaban, incluso en las esquelas mortuorias, de no haber pisado un cine en su vida.

A los obispos les hubiera gustado incendiar las salas cinematográficas como monseñor Olaechea, obispo de Pamplona, recomendó[197]. El Gobierno no se atrevió a tanto porque en la sórdida posguerra las comedias y melodramas cinematográficos y las coplas, seriales y concursos radiofónicos constituyeron la droga cotidiana que la población necesitaba para olvidar momentáneamente la sordidez del presente (aparte de que Franco era un gran cinéfilo).

†

Segundo Aniversario

ROGAD A DIOS EN CARIDAD

por el alma de la señora

Doña Benita Aranda Moreno

que falleció en la Paz del Señor, en Jaén, el día 11 de julio de 1959, a los 74 años de edad.

La T.º María de los Sagrarios en Fuerte del Rey.

Terciaria Franciscana y del Rosario Perpetuo, que dedicó su vida por entero [illegible] apóstol de la Iglesia con distintivo de la Caridad. Basta decir que ha muerto sin ver el cine, pero entre las muchas cosas hechas, ha dejado una beca perpetua.

R. I. P.

Su desconsolado esposo, don Juan Eslava Castro y demás familia:

Suplican a Vd. la tenga presente en sus oraciones y la asistencia a la misa y funeral que por el eterno descanso de su alma se oficiará el día 11 de julio de 1961, a las diez de la mañana, en la Iglesia de la Merced, de Jaén, por cuyos favores le quedarán eternamente agradecidos.

Jaén y julio de 1961

IMPRENTA Y PAPELERIA CRUZ - JAEN

815

«Basta decir que ha muerto sin ver el cine».

En vista de que había que tolerar el cine los obispos se propusieron podarlo de todo elemento fómite de pecado por remoto que fuera.

A la férrea censura que intervino en las películas españolas se sumó la obligatoriedad del doblaje para suprimir todo contenido pecaminoso en las películas extranjeras. El censor era todopoderoso. Podía modificar incluso los guiones de manera que los adúlteros y libertinos recibieran el correspondiente castigo aunque a falta de imágenes probatorias tuvieran que recurrir a una conveniente voz en *off*. A Vivian Leigh, prostituta en *El Puente de Waterloo* (1940), la convirtieron en actriz en la versión española (donde se manifiesta el aprecio que el censor sentía por las cómicas). La adúltera de *Mogambo* (1953) resulta ser hermana del suspicaz cazador en la versión española[198]. De esta manera el torpe censor, en su afán de ocultar un adulterio descubre un posible incesto, con lo que el roto resulta peor que el descosido. Incluso censuraron que dos hermanos en la vida real (los actores Pastora Peña y Luis Peña) fuesen amantes en la película *Porque te vi llorar* (1943), que por consiguiente fue calificada como gravemente peligrosa por las Juntas Diocesanas.

Cartel de la película *Porque te vi llorar*.

El espectador pedía erotismo. El productor, el distribuidor y el empresario cinematográfico, siempre atentos al negocio, estaban dispuestos a dárselo, pero entre ellos y el espectador se interponía la censura. Los productores no tardaron en idear una fórmula que les permitía salvar el escollo: suministrar situaciones eróticas bajo el pretexto de guiones moralizadores y claramente catequísticos que los censores toleraban aunque a regañadientes. La película *El escándalo* (1943) presentó una relación adúltera, y atrajo muchedumbres de enfervorizados espectadores; *La pródiga* (1946) repitió el récord de taquilla con la vida de una mujer fácil y su aleccionador final; *La fe* (1947) resultó aún más morbosa, con su descripción de las tentaciones de que una bella mujer hace objeto a un joven y atractivo sacerdote. El final era aleccionador, con apoteosis de la virtud triunfante, pero aun así el coriáceo cardenal Segura prohibió la película en su diócesis.

Antes de exhibirse en las salas españolas, las películas extranjeras se expurgaban de cuanto a juicio del censor pudiera actuar nocivamente sobre la moral de los feligreses: escenas escabrosas, particularmente aquellas en las que la exhibición de anatomía femenina o simplemente la aparición, en último término, de una cama, pudiera constituir fómite de pecado. La mies era tanta y los segadores tan pocos que a

menudo algunas escenas especialmente inspiradoras se colaban (tampoco se puede descartar algún censor sobornado por la distribuidora).

En esos casos la película se desaconsejaba o prohibía desde los púlpitos, lo que provocaba un indeseado efecto propagandístico, como se demostró en *Arroz amargo* (1949), donde Silvana Mangano lucía sus memorables muslos en el arrozal, y en *Ana* (1951), donde hacía de monja siempre tapada bajo sus tocas, pero soliviantaba a la afición con un *flash back* sobre su pasado nada edificante. En algunos pueblos el respetable exigió que le repusieran una y otra vez la secuencia de ya viene el negro zumbón bailando alegre el bayón (búsquenla en internet) bajo amenaza de destrozar la sala si no se tenían en cuenta sus legítimas aspiraciones.

El cine español no podía aspirar a competir en los mercados internacionales en los que el exigente público se había acostumbrado a por lo menos un plato de carne en cada menú cinematográfico. Entonces el productor Ignacio F. Iquino tuvo la brillante idea de fabricar dobles versiones, una gazmoña y tapada, para el consumo nacional, y otra adobada con alguna escena erótica, para el extranjero, que distribuía la empresa estatal Cinespaña[199]. En la destinada al extranjero una chica cruzaba un arroyo mostrando los bien torneados muslos; en la española lo cruzaba con las faldas bajas, sin exhibición de sus carnes pecadoras; en la internacional dos amantes se comían vivos, en la española observaban las normas de un noviazgo blanco, besito en la mejilla todo lo más.

Las dobles versiones favorecieron a ciertas pupilas vistosas del Paralelo barcelonés y a media docena de *demi-mondaines* francesas que ascendieron a la consideración de actrices a cambio de desnudarse ante las cámaras de los productores españoles en anodinas películas como *La pecadora* (1956), que alcanzaron cierto éxito comercial en el extranjero gracias a la propina carnal de la doble versión[200].

El espectador, harto de dieta, pedía carne. Mientras la autoridad se decidía a concederla circularon chistes sobre las dobles versiones y corrió el rumor de que en las copias del documental hagiográfico *Franco, ese hombre* (1964) enviadas al extranjero el Caudillo salía desnudo[201].

La hipocresía del Régimen y su doble moral alcanzó su máximo exponente cuando tuvo la desfachatez de permitir que la película *Viridiana* (1961), de Buñuel, rigurosamente prohibida por la censura, representara oficialmente a España en Cannes. La película obtuvo el máximo galardón, pero los espectadores españoles hubieron de esperar para verla hasta el año 1977.

CAPÍTULO 31

POSTALES DE TÍAS EN CUEROS

El decreto de 23 de diciembre de 1936 declaró ilícita la producción, comercio y posesión de impresos y grabados pornográficos. A la amedrentada y sumisa ciudadanía no le quedó más opción que acatar las normas impuestas por una minoría de reprimidos sexuales.

Las hogueras de los nuevos inquisidores consumieron buena parte de las postales, los libros y las revistas galantes que generaciones de devotos erotómanos se habían transmitido con amor y amistad.

En adelante el erotómano hispano buscó su magra ración de carne en libros de arte o de razas humanas que a veces deparaban la consoladora contemplación de una teta o de una nalga milagrosamente escapada del escrutinio censor. El que conservaba una revista galante de las de antes de la guerra la cuidaba como a la niña de sus ojos. Tales reliquias, dinamita pura, se mostraban con unción a los amigos y alcanzaban precios considerables en internados y cuarteles.

La Iglesia se había propuesto desterrar cualquier imagen o alusión que remotamente pudiese constituir fómite de pecado. Todo lo que se imprimía en España pasaba previamente por las manos de un censor, si no de varios. Este funcionario, a menudo un pobre diablo que no tenía donde caerse muerto, cumplía sus funciones con celo enfermizo, para congraciarse con sus superiores.

En cada periódico y revista había un retocador de fotografías que agrandaba con tinta escotes y faldas hasta ajustarlos a las normas dictadas por la autoridad eclesiástica[202]. Si a pesar de todo, las protuberancias resaltaban en exceso bajo la púdica indumentaria, el retocador echaba mano de tinta o tijera y lo mismo reducía el pecho de Ana Mariscal o de Gracia Imperio, que aliviaba las caderas de Ana María González «la voz luminosa de México» (apocopado en «la voluminosa de Méjico»), o tapaba el canalillo pectoral de Silvana Mangano con un artístico encaje. También sabía pintar una camiseta negra al torso desnudo de nadadores y boxeadores en la prensa deportiva.

Los anuncios de ropa interior masculina solo obtenían el necesario visado si cortaban la parte inferior de la fotografía por encima de los genitales para evitar la exhibición del paquete.

La censura era así de radical. Sin embargo, el régimen que había suprimido el Parlamento, abolido la Constitución y fusilado sumariamente a sus enemigos contra las bardas de los cementerios no se atrevió a prohibir *Tatuaje* y *Ojos verdes* por mucho que sus censores lo propusieron[203].

Ojos verdes, que durante la guerra había sido instrumento del duelo interpretativo entre las derechas (Conchita Piquer) y las izquierdas (Miguel de Molina), resultó solamente alterada en su primer verso: «Apoyá en el quicio de una mancebía», trocado por un ripioso: «Apoyá en el quicio de la casa mía» o «de una celosía»[204].

Más que en las canciones populares, el estrago censor fue visible en la literatura. El nuevo régimen expurgó bibliotecas y condenó a la hoguera muchas obras de autores catalogados como disolventes. Las de los que no lo eran tanto, entre ellos D. H. Lawrence y Zola, fueron ferozmente expurgadas. A la censura laica se sumaba en muchos casos la religiosa, aún más severa. Muchos directores espirituales prohibieron todo el género: «Las novelas, no-verlas como su propio nombre indica», aconsejaban en los ejercicios espirituales[205].

En ese ambiente de represión sexual los hacinados transportes públicos eran coto propicio de sobones que emprendían los más increíbles trayectos a horas punta con la esperanza de refregarse contra alguna usuaria de buen ver. La brusca conducción, más propia de transporte de reses, que parece caracterizar al conductor de autobuses español, colaboraba involuntariamente, con sus repentinos frenazos y sus curvas tomadas a velocidad inadecuada, a que la remoción de la carga humana favoreciera sabrosos abalanzamientos y manoteos en busca de estabilidad.

El sobón tenía dos modos de operar: aplicando un rabo, es decir, refregando su miembro erecto, sin sacarlo del pantalón, sobre el cuerpo de la mujer, preferentemente sobre sus glúteos (que para que un rabo fuera óptimo era aconsejable que sobrepasara los cinco palmos de latitud), y rozando los pechos, como a lo tonto, con el brazo libre o incluso con el que iba agarrado a la correa o a la barra del techo.

La parte femenina, cuando se percataba de las maniobras del sobón, reaccionaba aceptándolo o rechazándolo. El rechazo solía mostrarse con el mudo, pero elocuente lenguaje del codazo, el pellizco o el pisotón; más raramente acudiendo a la comunicación verbal:

—Por favor, caballero, deje de molestarme.

Si, por el contrario, la destinataria de las masculinas atenciones consentía, el sobón que al principio se había mantenido precavidamente cerca de los ambiguos límites del roce involuntario, se lanzaba a explorar con urgente fruición el cuerpo de su *partenaire* situando estratégicamente un abrigo, una cartera de mano o un bolso para que la operación no fuese notada por los compañeros de viaje.

Como la demanda era muy superior a la oferta, dado que había muchos más sobones que sobadas (entre otros motivos porque la mujer usaba poco los transportes públicos), a menudo se producía competencia de sobones sobre la misma candidata. En este caso no cabía argumentar sobre derechos de preferencia ni sobre quién la vio primero. Se producían intercambios de furibundas miradas, como hacen los babuinos del yerbazal africano cuando se disputan una hembra, y se iba el viaje en la muda competencia, sin poder actuar, vigilándose mutuamente, aquí o jugamos todos o se

rompe la baraja, que el pundonoroso celtíbero es capaz, como sabemos, de dejarse arrancar un ojo con tal de que el rival reciba el mismo tratamiento.

Rita Hayworth
Glenn Ford
¡La famosa heroína de Gilda!
La Dama de Trinidad
Rita Hayworth
Glenn Ford
¡La famosa heroína de Gilda!
La Dama de Trinidad

...HOOO
¡OH!

LAS HIJAS DE LA NOCHE
UN FILM DE MAURICE CLOCHE
GEORGES MARCHAL · NICOLE BERGER
KAI FISCHER · CLAUS HOLM · SCILLA GABEL

reduzca este busto
MI BUSTO:
gracias a Uds. y en 10 días, puedo estar orgullosa

CAPÍTULO 32

LAS MUJERES DE LA VIDA

La mojigata España de Franco intentó regenerar a las putas y apartarlas de la mala vida. El Patronato de Protección a la Mujer creado para «apartarlas del vicio y educarlas con arreglo a las enseñanzas de la religión católica» creó centros de redención denominados Liberatorios de la Prostitución, versión laica de los Conventos de Arrecogías con los que la Iglesia llevaba siglos fracasando. La iniciativa naufragó, como era de esperar. Finalmente, se toleró la existencia de la prostitución, aunque achacándola a la «relajación moral que se padeció en la zona roja».

En 1940 existían 1147 prostíbulos autorizados, pero los clandestinos debieron ser mucho más numerosos, sin contar las putas ocasionales tan abundantes entre las viudas y huérfanas desamparadas tras la contienda[206].

En Madrid estaban registradas veinte mil mujeres dedicadas al oficio y provistas de la correspondiente cartilla sanitaria (recibían atención médica cada quince días), pero las prostitutas que ejercían clandestinamente facilitaron la extensión de las enfermedades venéreas[207].

La vida del prostíbulo de posguerra era monótona y familiar. A última hora de la tarde, ya cerradas las tiendas, las oficinas y las sacristías, empezaban a llegar los clientes habituales, casi todos empleados del comercio, funcionarios, rentistas o profesionales liberales (entre ellos los curas con la preceptiva tonsura teñida con un corcho quemado).

Después de saludar con respetuosa familiaridad a la *madame*, los visitantes hacían tertulia en el salón y hablaban de la santa esposa, que la tengo enferma, de las viruelas del niño, de que ahora parece que los submarinos alemanes hunden menos barcos que antes o del precio de las lentejas[208].

Generalmente la *madame* presumía de ser afecta al Régimen, de proceder de una familia acomodada (aunque venida a menos por culpa de la guerra) y de tener aldabas en lo más alto por lo que más valía respetarla porque usted no sabe con quién está hablando y aquí no tenemos nada que temer porque llevamos al día las cartillas sanitarias. También presumía de ser cristiana cabal, aunque sin dengues ni hipocresías, como demostraban las caridades que practicaba con mendigos y gente necesitada o quizá costeando una beca en el seminario diocesano.

Algunas *madames* eran, o fingían ser, aristócratas centroeuropeas huidas de la invasión comunista. Otras eran francesas de pura cepa, como aquella *madame* Teddy

que regentaba un lujoso establecimiento de la madrileña calle Gravina.

Al margen de los burdeles actuaban las señoritas del alterne, entonces putas de postín, que se dejaban ver (eran muy vistosas) en los vestíbulos de hoteles de lujo o en salas de fiesta y bares elegantes como el Abra, Mansard, Pidoux, Pasapoga o Chicote, el establecimiento del famoso barman donde se daba cita la crema de la intelectualidad. Entre sus clientes abundaban los industriales catalanes o vascos que pasaban media vida en Madrid, de papeleo ministerial[209].

La clase media acudía a los burdeles de medio pelo, por lo general instalados en calles apartadas de barrios céntricos, (el Paralelo y Distrito V barcelonés o las calles madrileñas colindantes con la Echegaray) fácilmente accesibles. En estos burdeles con olor a col hervida, el ambiente era más familiar y entrañable, con tertulias en torno a una mesa camilla, con brasero. A veces se jugaba al parchís o se animaba el cotarro rifando ocupaciones, a peseta el boleto. Las chicas solían ser sencillas pueblerinas que habían tenido un traspiés con el novio y tenían al hijo criándose con unas monjas o al cuidado de alguna amiga, «muy caseras, siempre se las veía empeñadas en los quehaceres […] una se lavaba los pies, otra se zurcía las medias, una tercera pelaba patatas y la de más allá planchaba toallas de servicio o las prendas interiores de todas ellas»[210].

Los prostíbulos más humildes, los de los obreros y militares sin graduación, se instalaban en las calles más sórdidas y solitarias de los barrios degradados, entre mugre y escombros. Sus coimas solían ser veteranas degradadas de los burdeles de la categoría superior que no estaban ya para fingir alegrías ni andarse con miramientos ni atenciones.

—No te pido que me jures amor eterno, pero por lo menos podrías poner un poco de interés —se quejó un cliente sensible a una que se escamondaba las uñas durante el servicio[211].

Las putas de baja estofa las de tanto y la cama en catres sudados, palangana y pastilla de jabón Lagarto, unas cincuentonas, enfermas, gordas celulíticas; otras huesudas arpías; incluso aldeanas desamparadas hacían la calle cerca de pensiones infames. Finalmente, las pajilleras ofrecían sus servicios en la propicia tiniebla de las salas cinematográficas, en parques, en los solares de Carabanchel, en los vertederos de Las Ventas, en el arroyo Abroñigal o en la Puerta de Toledo[212].

Después de la guerra mundial el movimiento abolicionista la emprendió contra la prostitución. En 1946 se cerraron los burdeles en Francia, eficazmente perseguidos por la puritana esposa del general De Gaulle. Dos años más tarde, la propia ONU aprobó leyes contra la prostitución. España, como todavía no pertenecía a la organización internacional, no se dio por aludida. Solamente en 1956, meses después de ser admitida en la ONU, prohibió la prostitución por decreto-ley, lo que fue celebrado por unos atroces versos de mano anónima que empezaban: «Ole tus

cojones Paco, / Con tu decreto antiputa / Nos estás dando por saco / Sin que nadie te discuta…». Naturalmente, las casi cien mil putas censadas en España continuaron ejerciendo su oficio, ya sin preceptivos controles médicos, en bares de alterne, salas de fiestas, barras americanas, whiskerías o aceras.

La institución de la querida no solo sobrevivió a la guerra sino que se reforzó debido a la abundancia de mujeres necesitadas de protector (lo que las obligaba a reducir exigencias) y al crecimiento de la demanda con la incorporación de los estraperlistas a la clase pudiente.

En un rango inferior a la querida estaba el apaño, o amante transitoria con opción a permanente, a la que eventualmente se ayudaba económicamente, pero sin vinculación tan firme como la de la querida.

CAPÍTULO 33

LA PODA DE LAS MALAS HIERBAS

Con la supresión de las cartillas de racionamiento, en 1952, y de las de fumador, en 1953, la Jefatura de Abastecimientos y Transportes ha transferido mucho personal a otros servicios. Al camarada Diego Medina Jódar lo han colocado en el negociado de censura del Servicio Nacional de Prensa del Ministerio de Información. Apenas instalado, su inmediato superior, don Tancredo Rivas Ponce, lo convoca a su despacho.

—¿Da su permiso, don Tancredo?

—Pase, pase.

Don Tancredo es un hombre de mediana edad, delgado, de rasgos afilados, nariz aquilina y voz un poco chillona. Sobre la mesa tiene una foto enmarcada en la que aparece trece años más joven uniformado de alférez provisional, estrechando la mano del Caudillo a poco de concluir la Gloriosa Cruzada de Liberación.

—El camarada Canales, su jefe anterior, me informa excelentemente de usted en cuanto a fidelidad al Caudillo y al Movimiento. No obstante debo advertirle que en este trabajo no basta con ser bueno: hay que ser el mejor porque el enemigo no descansa y debemos permanecer siempre alerta. Este es un puesto de peligro, esta es la portería de la Patria en la que sus enemigos, la masonería, el liberalismo, el comunismo, el enciclopedismo, la antiespaña, quieren meter goles. Y, dígame, camarada ¿es usted aficionado al balompié?

—Sí, camarada.

—Del Real Madrid, supongo.

Diego titubea un segundo.

—Sí, camarada.

—¡Excelente! —sonríe el superior satisfecho—, nos entendemos: yo también pertenezco a la hinchada del equipo nacional. Pues bien, si es usted aficionado al balompié sabrá que el equipo que encaja más goles es el que pierde. En este puesto que va a desempeñar su labor consiste en afinar la malicia para que no nos metan goles, ¡porque los goles que nos meten a nosotros se los están metiendo al Caudillo! ¿Comprende, camarada?

—Sí, señor, perfectamente.

—Mire: aquí llegan las informaciones de las agencias oficiales Efe, Cifra, Mencheta y el sursuncorda además de revistas y periódicos de variado pelaje, desde la del Sagrado Corazón de Jesús, editada por los jesuitas de Bilbao, a la del Círculo Cultural Agrícola de Huesca. Nuestra labor es examinarlas con lupa y cuidar de que

no se cuele nada. Luego están los libros: las imprentas nacionales continuamente dan a la estampa libros. Cada libro es una peligrosa sima y donde se juntan muchos libros huele el azufre del infierno como dice fray Justo Pérez de Urbel, buen amigo mío.

—¿En las bibliotecas huele a azufre, don Tancredo?

—No, no me refiero a las bibliotecas patrias —responde don Tancredo con un gesto de disculpa—. Afortunadamente, a raíz de la Cruzada de Liberación, hicimos un buen expurgo en las bibliotecas y quemamos en la pira purificadora los libros disolventes, libertinos y anticatólicos. Me refiero a los libros que se publican ahora. ¡Que no se nos cuele ninguno contrario a la Iglesia o al Glorioso Movimiento! La Iglesia ya hace una buena criba en ellos antes de concederles el preceptivo *nihil obstat*, pero ello no nos exime a nosotros del deber de volverlos a examinar por si se hubiera pasado alguno. Una censura política y social es tan necesaria como la religiosa. En fin, su compañero Lupiáñez lo pondrá al día y le explicará los detalles. Lo único que debe tener claro es que hay que permanecer avizor para pararlo todo: no solo torcidas informaciones políticas sino palabras y expresiones pecaminosas o de mal gusto propias del vulgo o de los intelectuales disolventes. Ya sabe la gentuza que son los escritores en este país. Que no nos cuelen palabras malsonantes como, por ejemplo, «sobaco». ¿Qué trabajo les costaría escribir «axila» que es mucho más elegante? Y no digamos «pechos», o, peor aún, «tetas», con perdón. ¿Qué trabajo les cuesta poner «senos»? Lo mismo que «braga». «Braga» es que no debe ni mencionarse.

—¿Qué se pone en lugar de «braga», señor? —inquiere Diego.

—Nada. No se pone nada: es que no hay necesidad de ser tan minucioso. Si la mujer se pone unas bragas, con perdón, se dice, por ejemplo: «La dama se vistió». Si, por el contrario, se despoja de esa prenda, se escribe «Se desvistió» (nunca «se desnudó», ¿eh?). Y así sucesivamente. Toda palabra que pueda ser pecaminosa se sustituye por una equivalencia inocente o se suprime[213]. El español, la lengua del imperio, dispone de recursos para expresar cualquier concepto sin ofender a la moral. Eso lo aprenderá usted con la práctica, no me cabe duda. Lo principal es extremar las precauciones con la malicia de los escritores y hasta con la de los linotipistas y cajistas de imprenta. ¡Queda mucho rojo emboscado que se pasa el día meditando maldades! Por ponerle otro ejemplo, con la palabra «ceño» hay que tener especial cuidado porque la oración gramatical «Cuando conoció la infausta noticia, la señora marquesa frunció el ceño», que es de lo más inocente y solo expresa la lógica preocupación de una dama sensible, puede transformarse, mediante maliciosa errata, en «Cuando conoció la infausta noticia, la señora marquesa frunció el coño». ¡Imagínese!

—¿Y qué se puede hacer en esos casos?

—¡Ahí es donde se requiere un talento creativo del censor! —señala don Tancredo—: se pone «el entrecejo». «La señora marquesa frunció el entrecejo», y ya está. Lo mismo le digo de palabras delicadas debido a sus connotaciones

revolucionarias: «Obrero» que no aparezca nunca. Se pone «productor» o «trabajador» y de las de contenido moral, un cuarto de lo mismo. Es mejor que no aparezcan «adúltero», ni «suicida» ni «homosexual».

—Entendido, camarada jefe.

—Bueno, muchas cosas las irá aprendiendo con el tiempo y con ayuda de Lupiáñez. Ahora vamos a un caso práctico. Coja un periódico de ese estante, el que sea.

—¿Este?

—Bueno es. Mire la página de sucesos.

Diego busca la página de sucesos. En el ángulo inferior derecha descubre una noticia tachada con unos trazos de lápiz rojo.

—Léame el titular —ordena don Tancredo.

—«Condenado por abusos deshonestos y ofensas al Jefe del Estado» —lee Diego.

El jefe de negociado cierra el periódico y cruza los brazos sobre él.

—En obsequio de la brevedad, le resumiré la noticia: un mozo de la localidad extremeña de Oliva compra una moto Ossa de segunda mano e invita a la novia a dar un paseo. La prometida del interfecto, una muchacha de familia afecta al Movimiento, de derechas de toda la vida, de moralidad intachable, obtiene el pertinente permiso de la madre. Extremando la modestia, la muchacha se monta a mujeriegas en el transportín del vehículo, despliega un púdico pañuelo sobre las rodillas y le avisa al novio: «Cuando quieras». Él arranca, mete gas al motor, petardea un poco por la plaza del pueblo espantando a las gallinas y con el pretexto de que quiere ver cómo se porta la Ossa en carretera, sale del pueblo y conduce el vehículo hasta un lugar solitario, donde corta el gas detrás de una propicia tapia, y le espeta a la novia: «¡Bájate, que hoy no te salva ni Franco!». Ya se puede imaginar lo que sigue. Cuando el juez lo llama a declarar, el tío alega que ella había dicho «Cuando quieras» ante testigos.

Diego comprende.

—Claro, leyendo el texto uno capta la situación —prosigue el aspirante a censor—, pero el titular de la noticia, tal como está redactado, mueve a pensar que el que fue objeto de abusos deshonestos fue… ¡el Caudillo!

—¡Exacto! —aprueba don Tancredo—. ¡Ha dado usted en el clavo! ¡Imagínese la enormidad: el Caudillo víctima de abusos deshonestos a manos de un gañán de la dehesa extremeña! ¡Solo pensarlo produce alferecía![214]

—¡Qué barbaridad! —exclama Diego imaginando la escena.

—¡Equilicuá! —corrobora el jefe de negociado—. Esos errores, a lo mejor bienintencionados, se corrigen con multa. ¡Sin apelación, sin piedad! Hay que curarse en salud que en los periódicos, a pesar de las cribas efectuadas tras la Gloriosa Cruzada, queda mucho rojo infiltrado y mucho gracioso que luego se pavonea de que nos la ha colado y el recorte con la noticia pasa de mano en mano por las tertulias de los cafés. ¡Y a mí no me la cuela ni Dios! Dicho sea con perdón.

—Quedo enterado, camarada jefe —asiente Diego.

—Hay que andar alerta para que, con el cambio de los tiempos, no se relajen las esencias patrias. El enemigo disolvente acecha siempre y nosotros hemos de velar, como centinelas.

—Completamente de acuerdo, camarada.

Aunque le repugne al jefe de Diego y a la superioridad en general, es evidente que algo está cambiando en España. Otros indicios autorizan a creerlo. En Altea —sierras ocres, cielos azules, naranjos, nísperos, olivos, casitas blancas, doradas playas, inmenso mar— el 9 de julio de 1953, al declinar la tarde, la ciudadana sueca Jutte Lindharsen, treinta y cinco años, concejala de asuntos sociales, divorciada, detiene su flamante Citroen CV-2 (el mítico Dos Caballos que muy pronto será popular en España) a la vera del pegujal donde ara, con una yunta de mulas, la *Romera* y la *Capitana*, el labriego Fulgencio Cosculluela, diecinueve años, soltero, librado del servicio militar por corto de talla pero, por lo demás, normalmente constituido, incluso sobrado.

Debido a la escasez de señales de tráfico, la sueca no está muy segura de si el camino de cabras que sigue es la carretera correcta. En la duda detiene el coche a un lado del carril, echa el freno, se apea y por señas solicita amablemente la presencia del nativo. Este acude prontamente con voluntad de servirla. Ella despliega sobre el capó un mapa de carreteras y le indica una dirección. La consulta se demora algo, no solo por la dificultad del idioma, sino porque es la primera vez que Fulgencio Cosculluela ve un mapa y no es fácil hacerle comprender a un muchacho que en su vida ha salido del pueblo que aquella maraña de líneas de colores, manchas y señales representan un fragmento del territorio patrio. Ocurre entonces el accidente sensible. Las glándulas pituitarias de la concejala sueca captan las emanaciones agrias de la sobaquina del rústico. El subsiguiente alboroto de las feromonas le produce un intenso sofoco y una descarga intensa de oxitocina, la hormona del deseo. Se desabotona un poco la blusa. La ávida mirada del Fulgencio capta el inicio del canalillo intermamario, lo que dispara un cañonazo de testosterona en el cerebro que alerta su pulsión animal. Renuncio a pormenorizar la escena, que luego me escriben los lectores quejándose de que introduzco escenas de sexo con cualquier pretexto. Resumiendo mucho: antes de la puesta del sol, ya han echado tres, los dos primeros sin sacarla.

Una golondrina no hace verano, lo sé, pero detrás de esta benéfica golondrina llegarán otras, a bandadas. Muy pronto las costas españolas se pondrán a la cabeza de Europa en materia de veraneos. No tendremos la Toscana, ni Biarritz, ni la Riviera, ni otros lugares de veraneo pijos de pitiminí, pero a todos ellos les darán sopas con honda nuestras costas, nuestro sol de justicia, nuestras playas, nuestros chiringuitos de sangría y paella, nuestra simpatía y nuestra viril atención personalizada. De aquí ningún culito se va con hambre.

CAPÍTULO 34

FRÍVOLO, PERO DENTRO DE UN ORDEN

El género frívolo, es decir, la revista, tan en boga en los pecaminosos años treinta, también perdió la guerra. El acta del censor de una revista recoge apreciaciones tales como: «En el número de tal la señorita tal mueve las caderas excesivamente […] la señorita actúa con un vestido corto con pequeñas voladuras, quedando al aire totalmente ambas piernas, no estando autorizado este vestido que no tiene falda alguna»[215].

Para sobrevivir a la censura, a la revista no le quedó más remedio que adecentarse y renunciar a los pechos al aire, a los *culottes* que dejan escapar los bigotes inguinales y a otras conquistas de sus últimos veinte años. El timonel que lo llevó a buen puerto, con pulso firme y grandes dosis de mano izquierda, fue la *vedette* Celia Gámez.

Celia Gámez se inventó la zarzuela cómico-moderna o revista fina con *Yola* (1941). La españolísima argentina vistió a sus chicas, les cubrió el ombligo, les lavó la roña del calcañar y les impuso el rasurado brasileño. Las veinte hermosas vicetiples, veinte, abandonaron la tradición sicalíptica y verderona para encuadrarse en el recato que exigían los nuevos tiempos. Celia compensó la merma de carne adornando sabiamente el plato con guarnición de plumas y lentejuelas. También es cierto que los españoles se conformaban ya con menos carne y habían aprendido a sacar sustancia de la poca que la censura les concedía.

En el combate más memorable entre la Iglesia y la censura se riñó sobre el libreto y la representación de *La blanca doble*. El famoso cardenal Segura emitió una pastoral en la que excomulgaba a todo feligrés de la diócesis sevillana que asistiera a una representación de la comedia *La blanca doble* de la compañía Colsada, «diabólico espectáculo donde la procaz exhibición de mujeres casi desnudas incita en los hombres las más bajas pasiones de su concupiscencia»[216]. Nunca lo hiciera, que fue como darle munición al Maligno. El resultado fue desolador: el teatro abarrotado en todas sus funciones. Ni los más viejos del lugar recordaban haber visto colas tan largas ante las taquillas.

¿Qué había ocurrido? La sociedad ahíta de actos religiosos y de sermones, de Santas Misiones y de ejercicios espirituales, navegaba ya claramente por otros derroteros.

En el otro espectáculo pecaminoso, el cine, ocurría algo parecido. Descontentos con la lenidad de la censura civil, los obispos crearon en 1951 una Oficina Nacional Clasificadora de Espectáculos que evaluaba las películas del 1 (apta para todos los públicos) al 4 (gravemente peligrosa) o por colores, del blanco al rojo. Unas fichas

técnicas de esta censura se exhibían en la puerta de las iglesias cuando la película en cuestión se proyectaba en la ciudad. Además, los párrocos seguían advirtiendo en el sermón dominical: «La película de esta noche es gravemente peligrosa. Ya saben que el que la vea, peca».

El cristiano que asistía a la proyección de una película clasificada cuatro, pecaba de tres maneras distintas: «Por escándalo: tal vez puedes ver una determinada película por no ser para ti ocasión de pecado; pero tu asistencia puede causar efectos desastrosos en los que te han visto a la puerta del cine y luego en la butaca. Por cooperación con el cine inmoral»[217].

A donde no alcanzaba el largo y pluriforme tentáculo, quizá sea mejor decir brazo, de la censura oficial, llegaba el de los censores espontáneos, los vocacionales émulos del perro del hortelano. Entre la legión de meapilas consagrados a la patriótica tarea de velar por el cumplimiento de las normas brillaron con luz propia dos clérigos: el padre Morales, caudillo de una centuria juvenil que estrellaba tinteros sobre las prominencias pectorales de Rita Hayworth en las carteleras de *Gilda* (1946) y el inefable padre Llanos, que hacía lo propio en su primera etapa, antes de su conversión al comunismo.

Gilda.

CAPÍTULO 35

EL ANIMAL MÁS BELLO DEL MUNDO

El que esto escribe es, lo admite no sin cierta pesadumbre, uno de los cuatro españoles de su generación que no se beneficiaron a Ava Gardner (los otros son el Fary, Fernando Fernán Gómez y Fraga Iribarne).

El número de los contribuyentes que en cuanto toman dos copas presumen de haberse beneficiado a la bella, jurándolo sobre el rosario de su madre si necesario fuera, es infinito[218]. Algunos incluso aseguran que les pagó: Manolo de Vega, el humorista, insiste en convencernos de que pasó una noche con ella y, al despertar («Ella había ido a rodar hacía tres horas y yo seguía durmiendo. ¿Después de la paliza que me pegué qué querías que hiciera?»), se encontró con diez mil pesetas que la actriz le había dejado sobre la mesita de noche.

Vayamos ahora a los cuatro perjudicados.

En lo que a mí atañe, solo puedo alegar en mi descargo que por aquel entonces yo era impúber y no podía ser consciente de lo que me estaba perdiendo.

El caso del Fary es distinto. Es un caso tan penoso como el de esos cazadores que ponderan la pieza enorme que se les escapó por los pelos, porque ver es cercano a tener y saben muy bien que si dan la pieza por cazada nadie los creería. Contaba el Fary que cuando era taxista llevó en su coche a Ava Gardner toda una noche: «Señor taxista, quiero juerga flamenca y *passarlo molto* bueno». Y él le respondió españolamente: «¡Ava, te voy a dar gloria!».

Le hubiera echado dieciséis en el asiento trasero del vehículo, que él con poco espacio se apañaba, pero «ella se puso muy ciega, esa fue mi desgracia […] empezamos esas caroquitas y esas cosas, pero con tanta copa acabó poniéndose ciega, pobrecita mía. Ya al final tuve que llevarla al Ritz y subirla a la habitación en brazos, figúrate. Luego tuve que salir de viaje y cuando volví ella se había ido para América». O sea, se le escapó de milagro.

Vayamos ahora con Fernando Fernán Gómez. El admirable actor y escritor cuenta en sus memorias *El tiempo amarillo* que en una ocasión coincidió con Ava en una fiesta, en casa de Lola Flores. Ella lo sorprendió observándola y le preguntó si hablaba inglés. Me temo que no, respondió Fernando. Entonces Ava llamó a uno de los técnicos que la acompañaban para que hiciera de intérprete.

—Dice Ava que si tiene usted ganas de joder, ahí tiene a mi mujer, que está siempre dispuesta.

Se deduce que en aquel momento a ella no le apetecía, o que el glorioso pelirrojo no era su tipo.

En el caso de Fraga Iribarne el posible revolcón se malogró más por principios morales que por falta de oportunidad, lo que tiene más mérito si cabe. Dejemos que lo cuente él mismo:

—Me invitó a tomar unas copas y yo, con gran sorpresa de ella, me excusé porque estaba muy ocupado. A los pocos días, en casa de otra persona, me vio llegar a la misma mesa y se fue. No le pareció bien lo que le había hecho.

—Debe de ser el único español que no tuvo relaciones con ella —sugiere el atónito entrevistador.

Responde don Manuel:

—Me pareció que la conciencia estaba por delante, y la obligación moral[219].

Ese era mi don Manuel. ¡Con un par!

Ava Gardner fue ciertamente proclive al vino de Jerez, a los toros, a los toreros y al fornicio alegre y despreocupado. Cuando vino a España, en 1950, para interpretar *Pandora y el holandés errante* vivió un romance con el coprotagonista de la película, el polifacético Mario Cabré, que además de actor, poeta y modelo de pasarela era el «torero de las supremas elegancias». En realidad, Ava enhebraba amantes con pasmosa facilidad y Mario Cabré fue uno de tantos, pero en la mentalidad española del tiempo no se concebía que la mujer usara al varón con fines sexuales. El país se identificó con Mario y vivió vicariamente su romance. Cuando Ava se acostaba con el torero, se estaba acostando con todos los españoles. Además, los celos de Frank Sinatra, latino al fin y al cabo, contribuyeron a afianzar el prestigio de Cabré. La superioridad del macho español quedaba bien patente. Mario, como también era poeta romántico, se tomó a pecho su propio personaje y continuó interpretándolo fuera del plató: «Cantaba serenatas en la ventana y esperaba siempre que apareciera un fotógrafo». Al productor le pareció estupenda aquella historia porque era publicidad gratuita para la película.

En cuanto acabó el rodaje, Ava hizo las maletas y se largó sin despedirse. Mario, encalibrinado, la siguió a Londres, pero ella no quería saber nada de él, así que nuestro hombre regresó «desilusionado y molesto». Tiempo después Ava declaró: «Mario es un compañero de trabajo. Quería mudarse conmigo a Hollywood. ¿Para qué quería yo a Mario en California? ¿Para compañero en alguna película? No tiene talento. No encaja bien fuera de los personajes de su profesión taurina. Y mi reputación artística no puede permitirse el lujo de importar actores ni yo quiero intentarlo»[220].

Naturalmente, el país no podía aceptar que la actriz hubiera abandonado al torero. Prefirió creer la versión de Mario: «La verdad es que tuve miedo de casarme con ella». Esto sí se entendía.

Otro torero que vivió un sonado idilio con Ava fue Luis Miguel Dominguín. Después de consumar en la habitación del madrileño hotel Ritz donde la bella se hospedaba, el afortunado galán, en lugar de demorarse, como es de ley, sobre el vencido campo de plumas y esperar a la resurrección de la carne para una segunda

prestación, saltó de la cama y comenzó a vestirse. Extrañada por las prisas, Ava le preguntó:

—Pero ¿qué haces? ¿A dónde vas?

Y él, con toda sinceridad, respondió:

—¿A dónde voy a ir? ¡A contarlo!

Así éramos, o así somos. Los cazadores se hacen fotos con la presa muerta, los donjuanes españoles se fotografían junto a la presa viva para presumir de haberla cobrado[221].

CAPÍTULO 36

NOS HACEMOS EUROPEOS

Llegó la década de los cincuenta. Mediado el siglo, España se mostraba más católica que nunca y, sin embargo, el cáncer de la lujuria corroía su tejido social.

La Iglesia y el Estado franquista se habían prometido apenas acabada la guerra. El Concordato de 1953 fue su boda formal. España, como una novia bonita y morena, aportaba como dote los ministerios de Educación e Información. La Iglesia se las prometía felices pensando que con esos dos instrumentos en la mano podría evangelizar al pueblo. No advirtió que la novia iba ya preñada de modernidad y que las débiles costuras ideológicas del traje nupcial iban a estallar de un momento a otro.

La fe, arremetida por el progreso, zozobró. Pasadas las escaseces y disciplinas que recordaban la reciente guerra, la vida se hizo más civil, es decir, más civilizada, y las costumbres se relajaron. Los matrimonios cristianos se refocilaban en el metisaca sin intención de concebir hijos. Se extendía la idea de que el sexo es un bien que la casada puede disfrutar sin merma de santidad. Algunos maridos se atrevían a solicitar de sus mujeres lo que unos años antes solo se practicaba con las putas.

Pío XII había advertido de que impedir la generación de nueva vida es inmoral, pero el control de la natalidad se iba imponiendo a medida que el nivel cultural de la clase media se elevaba y la vida se encarecía. En estos años los confesores denuncian repetidamente «la limitación de nacimientos, esa terrible llaga social que corroe hoy a la sociedad refinada»[222].

El Santo Padre predicaba en el desierto. El número de los matrimonios que usaban métodos anticonceptivos crecía de día en día. En vista de que no podía atajar el mal, la Iglesia hizo lo de siempre: adaptarse. O sea, adoptó una postura de compromiso moralmente aceptable: legalizar la práctica de la continencia en determinadas fechas como método natural y santo de limitar los nacimientos. Fueron los años dorados del método Ogino, basado en la abstinencia periódica durante los días de ovulación. Tenía un índice de fallo del 30 por ciento, por lo que también se conocía entre sus escarmentados seguidores como «ruleta vaticana» (en alusión al peligroso juego de la ruleta rusa). Gracias al Ogino miles de incautas parejas españolas tuvieron un hijo más de los deseados, antes de regresar, fatalmente, a los métodos tradicionales, precarios y pecaminosos pero mucho más seguros, del *coitus interruptus* y del preservativo (este todavía adquirido en sórdidos establecimientos, dado que los boticarios se negaban a expenderlo en sus oficinas de farmacia).

Para colmo de males, la juventud se desbocó. No hubo más remedio que tolerar que los novios formales alcanzasen una cierta intimidad antes del matrimonio[223].

Entre 1950 y 1952, *Ecclesia*, órgano oficial de Acción Católica, publica cuarenta y dos pastorales sobre moralidad de costumbres[224]; el padre Ayala, con amarga ironía, promete «gratificar al que se encuentre la perla del pudor que se ha perdido»[225]; el padre Venancio Marcos, desde la privilegiada atalaya de su consultorio religioso de Radio Nacional, deplora la extensión de las malas costumbres[226].

Las parejas más avanzadas oían al cura como el que oye llover. Mientras tanto las novias más emprendedoras se abrían en canal en el hogar familiar, en ausencia de los padres, o en cualquier otro escenario que les suministrara la deseada intimidad[227].

El decenio que abarca de 1957 a 1967 constituye el periodo más decisivo del franquismo: el Caudillo sepultó en el baúl de los recuerdos el uniforme nacionalsindicalista, archivó las carpetas del utópico proyecto autárquico, se vistió de paisano, hizo ministros a los jóvenes tecnócratas opusdeístas y abrazó a Eisenhower en Barajas.

Se abrieron las esclusas. Dos millones de españoles se vaciaron sobre Europa al grito de ¡Vente a Alemania, Pepe!, mientras cuatro, seis, ocho millones de turistas europeos transhumaban cada verano a nuestras playas ávidos de insolaciones, paella, tintorro barato y burro-taxi *typical*. El negocio de exportar pobres e importar ricos atascaba de divisas las arcas del Estado. Del subdesarrollo pasábamos al consumismo, del desempleo al pluriempleo. Un mundo nuevo amanecía.

La moral integrista estaba tocada del ala; el turismo le dio el tiro de gracia. En los albores de los años sesenta había en España, tirando por lo bajo, diez millones de reprimidos capaces de cambiar de acera para verle el muslo a la señora que se apeaba de un 600. Entonces se produjo la invasión masiva del turismo: millones de mujeres de buena planta y alzado, mujeres que bebían, fumaban y exhibían sus carnes al sol. ¿Eran putas? Hombre, putas, lo que se dice putas, no eran, pero al reprimido celtibérico se lo pudieron parecer dado que procedían de países mucho más liberados sexualmente que el nuestro. Corrió por el país la especie de que las extranjeras eran ardientes e insatisfechas y que acudían a España con el propósito de regocijarse con el macho hispánico. «Se ha creído el ibérico que si dos francesas se paran a su lado en la carretera para preguntarle por dónde se va a Medina les va a echar por lo menos dieciséis» (Cunqueiro).

«Peor que moscas —se quejaba una francesa—. Es inútil echarlos. Parece mentira. Nada los desalienta, ni los cansa, ni los humilla ni los ofende. Nada: ni un par de bofetadas. Acabaría una por ceder, aunque no fuera más que para quitárselos de encima»[228].

La calenturienta imaginación hispánica produjo el mito de la sueca. De los Pirineos para arriba todas las mujeres tragaban y todas eran suecas. En cuanto llegaba

la primavera que la sangre altera, riadas de machos en celo sentían hervir la sangre y desertaban de las todavía mojigatas ciudades del interior en auténticas migraciones a los cocederos de suecas de la costa mediterránea: Benidorm, Torremolinos, Ibiza, etcétera. Dependiendo de los medios de fortuna, unos acudían como turistas, otros como trabajadores eventuales en hostelería o construcción. La suerte era varia: unos, efectivamente, ligaban; otros fracasaban y no se comían una rosca. Pasado el calor regresaban a sus lugares de origen contando las proezas que habían vivido o simplemente imaginado. De esta guisa catequizaban a los amigos para que intentaran la aventura al verano siguiente.

En los lugares de la costa, los solteros acompañaban a casa a la casta novia a las diez y después marchaban a las discotecas, a ligar extranjeras, como antiguamente se iban de putas. En el interior los había que rompían con la novia en primavera y se reconciliaban con ella pasado el verano.

—En este tiempo, mientras te guardaba ausencias, lo he estado pensando, Pepiño, y te voy a demostrar que las extranjeras no tienen nada que no tenga yo.

—A ver si es verdad.

Comenzó el aperturismo, la liberalización, el neocapitalismo, la abundancia consumista, la sociedad del confort, se inventó la fregona… Las nuevas devociones desterraron al rosario en familia. La televisión, primero comunal en teleclubs, bares y tabernas, luego familiar en la sala de estar, inyectaba en vena sus mitos: telefilms americanos de *Perry Mason* y *Los Intocables*, fútbol, El Cordobés, folclore nacional y Raphael. La patria potestad ejercida con celo calderoniano por padres autoritarios convenientemente azuzados por esposas gruñonas e insatisfechas iba diluyéndose en una tolerancia más consentida que sentida.

España se hacía tolerante dentro de un orden.

La Iglesia carecía ya de argumentos coactivos y los morales servían de poco. El personal comía chorizo los viernes de Cuaresma y no estaba para sermones. Para colmo los agentes de la autoridad, antes al servicio de la moral, habían recibido instrucciones de hacer la vista gorda. Los turistas aportaban divisas y no convenía espantarlos. Si los meapilas quieren vigilar la moral que la vigilen ellos.

Así fue como la Iglesia y la facción más conservadora de la sociedad asistieron impotentes a la secularización de los españoles. Las tolerantes costumbres importadas del extranjero dinamitaron la que hasta entonces había sido reserva espiritual de Occidente. En vano acudieron a Franco con reclamaciones sobre el erotismo que nos invade. Los economistas se habían adelantado explicándole que o nos abríamos al mundo exterior o perecemos en la lóbrega tumba de la autarquía. En vano sacaron en procesión a la patrona los vecinos de El Casar de Talamanca, pintoresco pueblecito alcarreño, para impetrarle que las costumbres del turismo no contaminaran al pueblo.

España, como una prometedora adolescente bien nutrida, daba el estirón. Quizá quedaba algo desgalichada y asimétrica: en la costa, jornal seguro de albañiles y

camareros; en el interior, pasaporte y maleta para Alemania. Arreciaba el éxodo del campo a la ciudad. Madrid, aspirante a capital europea, era una jauja de oriundos que cambiaban chabola por pisito obrero. Desertores del arado dejaban el pueblo, las boinas capadas, las tocas negras y los valores morales hasta entonces salvaguardados por el qué dirán de un vecindario chismoso con ágora abierta en los lavaderos públicos y en la taberna camuflada de Peña Recreativo-Cultural, y se hacían permisivos en cuanto desembarcaban en el anonimato de la gran ciudad. La gente vivía al día, quería disfrutar y resarcirse de las privaciones pasadas, se consumía en cómodos plazos, compre hoy y pague después.

Turistas en burro taxi. Postal, 1972.

CAPÍTULO 37

BIKINIS Y MINIFALDAS; LA BATALLA DE LA MODA

Mayo de 1957. Los obispos españoles censuran «las modas inverecundas, armas principales de Satanás para abrir las puertas del impudor, atrio de la depravación moral»[229]. ¡No se imaginan lo que se les viene encima en materia de modas!

La moda de los pantalones femeninos despertó una agria polémica. No sospechaban los que protestaron airados ante tamaño descoco que unos años después, en 1965, Mary Quant se inspiraría en una imagen de san Tarsicio y lanzaría la minifalda, una moda que conmocionó el edificio de la moral hasta sus cimientos más profundos. Monseñor Muñoyerro, arzobispo de León, preguntaba al ministro Fraga si no sería posible prohibir la minifalda. No lo era, como tampoco era posible detener el progreso.

La televisión evangelizaba al español y le mostraba la cotidianeidad de la nueva moda, pero en la ciudad provinciana, las osadas que se atrevían a lucir una minifalda se hacían famosas en cuestión de horas, eran señaladas con el dedo y ya podían despedirse de encontrar marido.

El bikini, prenda inventada por el diseñador Réard en 1947, a poco de la explosión atómica en el atolón Bikini, había aparecido tímidamente en las costas españolas en la década de los cincuenta. Todavía a principios del verano de 1957 el Ministerio de Gobernación recordaba a sus funcionarios uniformados y público en general que la prohibición de usar bañadores femeninos de dos piezas y slip masculino seguía vigente.

En el verano de 1970, en Zaragoza, la de Agustina de Aragón, estalló la guerra del bikini. Los responsables de una piscina regentada por una organización católica amonestaron y expulsaron a una muchacha que lucía el dos piezas. Al día siguiente la mayoría de las usuarias de la piscina aparecieron en bikini. Después de un tira y afloja, la dirección arrojó la toalla y transigió. El incidente, magnificado por la prensa nacional, fue como la puesta de largo de la modernidad.

CAPÍTULO 38

CON FRAGA HASTA LA BRAGA

Consciente de los irreversibles cambios sociales que ocurrían bajo sus narices, el ministro Manuel Fraga Iribarne intentó liberalizar España desde su crucial Ministerio de Información y Turismo. «Si con Arias Salgado todo tapado, con Fraga fue hasta la braga», observaban los funcionarios de la censura cuando se les animaba a hacer la vista gorda a pesar de la indignación de los obispos[230].

La ola de sensualidad lo invadía todo, particularmente en una publicidad potencialmente fómite de pecado. Había anuncios de cremas corporales en las que se apreciaba un desnudo femenino de espaldas. Un oportuno obstáculo dejaba solamente a la vista el hombro y parte de la espalda, pero para las facultades de un lector como el español, tan acostumbrado a poseer visualmente los encantos ocultos, aquella mujer estaba desnuda detrás del biombo o bajo la espuma de la bañera. Era suficiente. Las protestas de la Conferencia Católica de Padres de Familia no surtían efecto alguno.

En 1969 los prelados elevaron a Franco un memorial sobre la ola de erotismo que nos invade. En el siguiente Consejo varios ministros del ala clerical, el ultracatólico Carrero Blanco entre ellos, arremetieron contra las libertades que Fraga consentía. Franco, ya casi esfinge, asistió al fuego cruzado, sin decir esta boca es mía, pero después del Consejo felicitó a Fraga y tácitamente aprobó su postura: «Fraga, los ha anonadado usted con sus respuestas»[231]. El anciano dictador desaprobaba las libertades europeas, pero transigía. Cuando media España hizo las maletas para emigrar, le preocupaba la virtud de las chicas que salían al extranjero, particularmente a la libertina Francia; «es una aventura llena de peligros […] que puede sujetar a nuestras jóvenes a tristes vejámenes»[232]. Ya había perdido el pulso del país y no acertaba a comprender que muchas jóvenes de la nueva generación estaban deseando ser vejadas cuanto antes.

La apertura de Fraga se notó especialmente en la censura cinematográfica. La primera golondrina, heraldo de las por venir, se había adelantado a la época Fraga con la película *El último cuplé* (1957), que produjo una verdadera conmoción nacional: Sara Montiel luciendo redondeces prietas en la historia de una cupletista con final edificante (el viejo truco para ganarse la benevolencia de los censores).

A Sara Montiel en su famosa película solo se le adivinaban las carnes bajo los vestidos ceñidísimos[233]. Para contemplar carnes sin gasas ni interposiciones textiles hubo que esperar cinco años, cuando el país se despertó gratamente sorprendido por

la refrescante visión de la actriz Elke Sommer en bikini, un plano medio de la película *Bahía de Palma* (1962). Inmediatamente se corrió la voz y en muchos pueblos se fletaron autobuses para peregrinar al cine de la capital donde la película se proyectaba. «Después de tantos años de ñoñez —declaraba un crítico— hemos pasado rápidamente a otro espectáculo mucho más audaz y digo audaz por no decir verde»[234]. Las reiteradas protestas del obispo Gúrpide Beope solo consiguieron que el bikini de la hermosa alemana se retocara en forma de traje de baño de una sola pieza en las carteleras y en los anuncios, pero el technicolor no decepcionaba: allí estaba la bella luciendo su redondo ombligo en un vientre terso y jugoso, con su pizquita de pelusilla rubia, como suculento melocotón.

Fue el tiempo en que las revistas volvieron a triunfar como en los dorados años veinte, especialmente en el Paralelo barcelonés con las alegres chicas de Colsada y la espectacular Tania Doris (Dolores Cano). Fuera de las grandes ciudades el personal tenía que conformarse con las nalgudas *vedettes* del Teatro Chino de Manolita Chen, «compañía de galas orientales con 20 bellísimas señoritas, 20» que itineraba por las ferias españolas con llenos continuos a cincuenta pesetas la entrada con derecho a relincho.

En la televisión, que señoreó los hogares españoles a partir de 1957, la carne estuvo mucho más racionada que en la gran pantalla. La señora de Franco y otras altas damas de su séquito eran muy aficionadas al nuevo invento y en cuanto detectaban algún escote generoso en exceso se producía una llamada telefónica a Prado del Rey y el director del programa entregaba un chal a la artista en cuestión, especialmente si se trataba de Rocío Jurado[235].

Carteles del Teatro Chino y Tania Doris.

—Yo no me pongo esto, que está sucio.

—Póngaselo, señorita, se lo ruego, que me estoy jugando el pan de mis hijos.

«Había en realidad varios chales —recuerda el famoso locutor Santiago Vázquez—, todos igualmente deteriorados y sucios por el casi continuo uso, para cubrir en régimen de urgencia escotes y hasta brazos demasiado erógenos […] A Josefina Baker le tocó el numerito del chal en una de sus actuaciones. La morenita llegó al estudio con un escote generoso, desconocedora de la censura […] empezó su actuación y a los pocos segundos el realizador recibió una llamada:

»—Oye, emplea el chal. Hay llamada y de las gordas.

»—Pero si estamos en el aire…

»—Haz lo que quieras, pero ponle el chal.

»—El realizador buscó otros planos mientras Josefina cantaba *Paris, mon amour*. Caras de gentes, el estudio, más caras […] más *Paris mon amour*. De pronto, ¡el chal! ¡La salvación! El regidor le coloca, fuera de cámara, el chal a la Baker; esta, que tenía calor, se lo retira, el probo empleado vuelve a la carga y se lo pone de nuevo, la morenita lo tira al suelo (el chal), el regidor intenta de nuevo cumplir con las normas de la decencia […] Y a todo esto la cámara captando otros ángulos. Por fin le ponen encima el chal a Josefina y alguien le dice al oído "*C'est pour la moralité*". Ella se encoge de hombros. Acepta el chal. Se lo coloca. Y, ¡oh, milagro!, el realizador puede ya sacarla en imagen»[236].

La pornografía propiamente dicha seguía, lógicamente, prohibida, pero ya circulaban de tapadillo y a precios astronómicos algunas revistas danesas, que al llegar a las cárceles, internados y cuarteles y similares concentraciones de masturbadores, eran desguazadas y vendidas al menudeo, a cien pesetas hoja: un fabuloso negocio.

CAPÍTULO 39

LA *PILULE* QUE VIENE DE FRANCIA

¡Años sesenta, cochecillo Seiscientos y cubata! Nadie se resignaba a vivir con la sencillez y la austeridad de sus abuelos. Las mujeres se desprendieron de las tocas negras y vistieron vestidos estampados; del moño pasaron a la permanente y el pelo cardado, cambiaron los refajos por el sostén picudo, exigieron cocinas alicatadas hasta el techo con *fridge* y horno para guardar sartenes, y reivindicaron salita con tresillo y televisión.

Si la Revolución francesa del siglo XVIII se inició con la toma de la Bastilla, la revolución sexual de nuestro tiempo comienza con la «toma de la pastilla (anticonceptiva)» que ofrece a la pareja la oportunidad de disfrutar plenamente del sexo sin temor a embarazos indeseados[237].

El uso de la píldora *antibaby* o *pilule* (así se llamó al principio) comenzó a divulgarse en España a mediados de los años sesenta, comenzando por las clases altas y urbanas[238].

La Iglesia contraatacó manifestando los aspectos negativos morales, sociales y médicos de la píldora. Temían los obispos, con toda razón, que al liberar a la mujer del temor al embarazo, se fomentara el amor libre y el adulterio femenino[239].

En los años setenta del pasado siglo un millón de españolas usaban la píldora, aunque fuera ilegal y, por lo tanto, complicada de conseguir. El empleo del anticonceptivo crecía de año en año a pesar del encono con que la Iglesia y los medios católicos lo calumniaban[240]. La divulgación de otros métodos (preservativo, al principio asociado a la prostitución, DIU, etc.) serían la última frontera que le quedaba por explorar a la mujer, una vez liberada del cazador. Comenzaba la era del sexo recreativo, el sexo por el sexo, el sexo por el gustito que da. Como consecuencia de su liberación sexual, muchas mujeres recuperaron su propio cuerpo, se interesaron por el sexo y dejaron de drogarse con optalidones (el antidepresivo casero de entonces). Espoleadas por el ejemplo de otras europeas (conocidas a través del turismo o la emigración) muchas españolas afrontaron su sexualidad sin temor a que las tomaran por calentorras, estigma que, en el *ancien régime*, las condenaba a la soltería y a la soledad o a la prostitución.

En los años cincuenta y sesenta aquella mujer que tímidamente exploraba el mundo del trabajo en las ciudades mutó en el nuevo modelo de mujer, la *superwoman* (Pilar Cristóbal *dixit*) «irreprochable, eficiente y competitiva; perfecta madre y

ardiente; creativa y *superdispuesta* en la cama»[241]. Aquella mujer sensual y moderna que se contoneaba, calzaba zapatos de tacón y realzaba desafiantemente su busto con sujetadores de tela en pico (con rellenos, ¿eh?), se dejaba catequizar por el marido en las artes de Venus y dejó de rechazar, como hasta entonces, la felación y el sexo anal. Muchos hombres que al principio recelaban del cambio, descubrieron encantados que podían practicar el sexo recreativo con su santa, en la intimidad del hogar, sin recurrir a las putas.

Comenzaba la competencia de los sexos. Las nuevas mujeres batallaron con el padre, el marido y el jefe, desertaron de la prisión del gineceo y de la sujeción a las estrictas normas de la Iglesia, escalaron puestos en la fábrica, la tienda, la oficina y la universidad, ganaron sus puestos a pulso, a veces pagando vejatorios peajes, dejándose la piel en el intento.

La píldora animó a las solteras a mantener relaciones sexuales completas. El colectivo feminista reivindicaba la igualdad de hombres y mujeres, también en el sexo[242]. Circulaban tratados de sexología sin censura en los que se cuestionaba la supremacía sexual del pene, y se descubrían las capacidades del clítoris y del orgasmo femenino.

Florecieron las discotecas en cuya propicia penumbra tocabas unas tetas y no recibías a cambio una bofetada porque lo que antiguamente se llamaba meter mano se había sublimado como comunicación no verbal. Algo ayudaba a esta nueva carnalidad la desaparición de los refajos y el advenimiento de la minifalda, que dejaba al aire los estupendos muslos femeninos. El único problema fue que el modelo propuesto era la escuálida Twiggy, ojos y huesos, espeluznantes codos y rodillas, que parecía recién liberada de Auschwitz. Las voluptuosas *maggioretti* italianas tipo Silvana Mangano o Sofía Loren se vieron obligadas a adelgazar y se impuso, hasta hoy, la delgadez extrema tipo Kate Moss[243].

Silvana Mangano.

LAS TENTADORAS

Marilyn Monroe.

Angie Dickinson.

Sofia Loren.

Brigitte Bardot.

Anita Ekberg.

Gina Lollobrigida.

CAPÍTULO 40

LA RECONVERSIÓN SEXUAL

La vida sexual de los matrimonios españoles se había instalado tradicionalmente en la monotonía y el bostezo. Un informe de 1968 señala que «el marido realiza el coito cada sábado por la noche, en oscuridad y en la posición clásica, a la misma hora, y vestido o desvestido de la misma manera». Si es perezoso aprovecha su erección matinal, cuando la esposa está «pensando en realidad en vestir a los niños»[244].

Así estaban las cosas cuando brilló a lo lejos la débil lucecita de esperanza: se acercaba el tren de la reconversión sexual de la pareja española. El fenómeno se produjo en un periodo sorprendentemente corto. De pronto se relajó la censura y los manuales de sexualidad circularon abiertamente, aunque dentro de un orden.

En España, donde se lee poco, muchos editores se forraron incorporando a sus colecciones libros de divulgación sexual. Al principio, para contentar a la censura, se usaban los términos esposo y esposa para designar a los agentes de la sexualidad, pero luego la obstetricia cristiana se fue a pique y los peritos comenzaron a soltar sus plumas sin tanto reparo. El propio psiquiatra López Ibor, un hombre ligado profesionalmente al conservadurismo, se atrevió a asegurar que «la ausencia de vida sexual, aun decidida por motivos realmente religiosos, infantiliza la psicología del individuo, a no ser que se dé en un sujeto muy equilibrado»[245].

Los españoles que no amaban a Dios hasta el punto de renunciar a su sexualidad devoraron el libro de López Ibor que el avispado editor había ilustrado con sugerentes fotos traídas por los pelos en relación al tema. En ninguna otra parte podían encontrarse tantas señoras estupendas en paños menores. Fue un libro versátil que lo mismo sirvió para informar sexualmente al lector como para inspirar al masturbador solitario o como *Ars Amandi* de los aficionados que comenzaban sus escarceos amorosos. Leemos: «El cuello femenino es muy sensible en la línea que va directamente desde el extremo del hombro hasta la oreja […] en la cara interna del muslo […] cuando se recorre rápidamente con la lengua, desde la rodilla hasta la ingle puede provocarse gran excitación […]; es extraño pero cierto que muchas mujeres experimentan un alto grado de excitación cuando se estruja adecuadamente con la mano la zona situada sobre la rodilla»[246].

También es cierto que no faltó colaboración por parte de la otra mitad de la sociedad conyugal. Las esposas modernas adquirieron sugerentes lencerías y cambiaron el púdico camisón de algodón por el «picardías» (*sic*) de seda que dejaba ver sugerentes morbideces. En un santiamén, las frígidas se promocionaron a

multiorgásmicas con desmayo. Muchos esposos adictos al aquí te cojo aquí te mato descubrieron la existencia del clítoris y se instruyeron sobre las funciones de este «pequeño órgano eréctil muy sensible que contribuye a procurar el placer sexual a la mujer durante el acto conyugal»[247]. Otros que se creían de vuelta de todo, aprendieron de la mano de López Ibor que «el dedo índice es un elemento utilísimo en el contacto del hombre con la mujer y el pene requiere gran ayuda como instrumento del placer sexual femenino […] el hombre debe continuar el movimiento con el pene o el dedo hasta que la mujer esté satisfecha»[248]. Aquellos varones deseosos de mejorar sus *performances* aprendieron también a atemperar sus asaltos para procurar el placer a la mujer y se ilustraron sobre las técnicas del *petting*, o «contacto físico con excepción de la unión directa de los genitales llamada coito», es decir, el magreo de toda la vida.

El libro de López Ibor describía cuatro posibles modalidades: «Primera: beso con la lengua, beso profundo o francés; segunda: centrada en la manipulación de los senos femeninos (hacía cincuenta años los senos no despertaban tanta atención); tercera, estimulación manual de los genitales femeninos por parte del hombre, o de los masculinos por la mujer y cuarta, oposición de los genitales entre sí, sin penetración»[249]. «El *petting* matrimonial como preludio de la cópula —aleccionaba el doctor— es un medio aconsejable y útil para preparar a ambos esposos a realizar el acto sexual con la máxima efusión y goce»[250].

El doctor López Ibor, con sabia medida, daba una de cal y otra de arena. En algunos consejos se mostraba muy avanzado aunque, desde la perspectiva de hoy aquello se nos antoja inane como suspiro de novicia: «No es deshonesto por parte de la mujer, ni revela impudicia aceptar, e incluso solicitar, la estimulación manual antes de la cópula»[251]. A veces recurría a alambicadas circunlocuciones para suavizar el concepto: «La boca de la mujer puede estimular al varón casi en cualquier parte, pero su mano solo lo hace en los genitales»[252]. «Las mujeres muy sensibilizadas eróticamente experimentan un irresistible deseo de acariciar oralmente el órgano masculino»[253]. Pero también, de vez en cuando, emprendía su moralina para contentar al censor: «El *petting* extramatrimonial entre adultos es generalmente adulterino»[254]. Ya metido en harina, López Ibor, sin llegar a las sesenta y cuatro posiciones del *Kamasutra*, cifra que hubiese resultado escandalosa incluso en la España desarrollista, catequizaba sobre las seis posiciones más corrientes[255].

Las esposas fueron activas colaboradoras en la reconversión sexual de la pareja. El cambio de mentalidad se refleja incluso en el cine sexy-moralista de aquellos años en que abunda la esposa decente que se aviene a emplear artimañas de ramera para retener al marido medio engatusado por alguna lagartona.

CAPÍTULO 41

ESPAÑA SE HA PUESTO CACHONDA

A finales de la década de 1960 múltiples factores confluían para permitir a la población joven una libertad sexual nunca antes alcanzada: convivencia de chicos y chicas en academias, oficinas y talleres, predominio de las relaciones extrafamiliares, creciente permisividad sexual socialmente asumida por los cabeza de familia…

—Lo de la ola de erotismo que nos invade se ha quedado corto: esto es un tsunami —jeremiaban los príncipes de la Iglesia.

El escritor Camilo José Cela lo puso en más justos términos:

—España se ha puesto cachonda.

En julio de 1971, con el país metido ya en harina de depravación veraniega, la revista *Mundo Cristiano* consagró un número especial a la lujuria. Tan estimable intento rindió parva cosecha porque España no estaba ya para disciplinas cuarteleras.

La virginidad dejó de ser requisito indispensable para la futura esposa. El radicalismo estudiantil que en París se lanzó a la calle a destruir los coches de la burguesía, en España se lanzó a los catres a destruir los virgos considerados también símbolo de la burguesía y vestigio retro de la negra dictadura[256].

De tres a siete de la tarde los novios practicaban sexo de manual en buhardillas amuebladas con cojines y pósteres. Muchos antiguos postulantes de Acción Católica abrazaban la nueva religión progre en la que el *Guernica* de Picasso sustituía a la *Santa Cena* en la presidencia apaisada del comedor y el retrato del Ché Guevara greñudo, ceñudo y sañudo posaba de Jesucristo sobre la cabecera del trajinado sofá-cama.

Muchas inaccesibles novias de los años cuarenta, ahora amas de casa adictas a la radionovela *El derecho de los hijos*, aprobaban en su fuero interno el descoco de sus hijas:

—Hace bien, que no sea tonta y no sufra como sufrí yo.

La progresía izquierdosa sentía un genuino interés por la educación sexual en sus complementarias vertientes teórica y práctica. «Gracias a los sexólogos y a sus manuales —escribe Maruja Torres— mi generación babeó en pos del orgasmo ideal […] tertulia tras tertulia elucubramos acerca de cuántos, cómo, dónde, cuándo, por qué y con quién […] más que disfrutar, nos dedicábamos a comparar duración, intensidad y frecuencia»[257]; «llegamos a realizar auténticos concursos de gemidos, rugidos y alaridos, presos del tremendo equívoco de que quien más gritaba se lo pasaba mejor»[258].

CAPÍTULO 42

LA IGLESIA DICE DIEGO

¿Cómo reaccionó la Iglesia ante la libertad sexual? La Iglesia, que sabe más por vieja que por Iglesia, se adaptó a los nuevos tiempos con celeridad sorprendente. En los años cuarenta había capitaneado una cruzada moralista; en los cincuenta, perdido su impulso inicial, se había contentado con defender el terreno ganado; en los sesenta, ya en franca derrota, viéndose batida en todos los frentes, reblandecidas sus antiguas durezas por el Concilio Vaticano II, se avino a pactar con el enemigo y sostuvo que donde dije digo, digo Diego. ¿Qué otra cosa podía hacer el alto mando, ya anciano y cansado, cuando la tropa se pasaba en masa al enemigo y los más jóvenes oficiales se dejaban crecer patillas y tonsura, colgaban los hábitos y desertaban?[259] La grey cristiana se había alborotado y no solo desobedecía los preceptos sino que hasta cuestionaba si no sería la castidad perjudicial para la salud.

Las Iglesia renovada se modernizó hasta el extremo de colaborar en la versión española de la célebre película alemana de educación sexual *Helga* (1968). La española, *El Misterio de la Vida* (1970), se anunció como «revelación limpia y serena que dice toda la verdad» y resultó tan entretenida como un sermón cuaresmal. Baste decir que el crucial episodio de la noche de bodas se representa por una rosa roja que llena toda la pantalla.

El cambio fue más notable en la letra impresa. En un libro de 1968 publicado por la editorial religiosa bilbaína El Mensajero y legalizado por el correspondiente *imprimatur*, lamenta «la desacertada educación sexual en la que, por falsos conceptos religiosos o morales, se ha inculcado desde la juventud una idea de maldad, suciedad o pecado en torno a todo lo sexual»[260]. Luego, descendiendo al terreno de lo práctico, aconseja al varón «prestar atención al clítoris de la esposa»[261] e incluso concede que «será muy oportuno, de vez en cuando, que sea ella la que dirija el juego»[262]. Un consejo impensable solo dos años antes cuando un manual considerado avanzado recomendaba «que ella no se anticipe jamás» dado que «es en el deseo que se tiene de ellas donde la mayoría de las mujeres encuentran a la vez su razón de ser, su revancha y sus deleites de amor propio»[263].

Los directores espirituales trentinos continuaban existiendo, así como los tratados de moral defensores de la castidad a ultranza, pero solo una parcela cada vez más reducida de la clase media seguía sus consejos[264]. En 1970 una de cada cuatro bodas se hacía de penalti, es decir, por embarazo de la novia[265]. La frecuencia del caso mitigaba las proporciones del escándalo que, finalmente, acabó convirtiéndose

simplemente en un accidente cotidiano, pues la sociedad aceptaba las relaciones prematrimoniales aunque solo las debatiría abiertamente en público a partir de 1973.

En la liquidación por derribo de la vieja moral los curas progresistas se atrevieron a despenalizar el magreo de los novios[266]. Los mismos confesores que unos años antes prohibían terminantemente que la novia fuese del brazo de su prometido, predicaban ahora que «la abstinencia sexual prematrimonial no parece ser una norma absoluta e inmutable […] se puede pensar que los novios tienen un comienzo de socialización ya hacia el final del noviazgo cuando los aceptan sus familiares, así como también un comienzo de sacramentalidad. Apurando los conceptos, diríamos que entonces serían lícitas tales relaciones»[267].

El sexo deja de ser tabú en el seno de la Iglesia. En la revista *Familia Cristiana* comienzan a aparecer anuncios de compresas higiénicas. Incluso se despenaliza el pecado de la masturbación que «los excesos y exageraciones de otras épocas»[268] hacían vehículo de todas las bajezas humanas. A la luz de las nuevas enseñanzas de la Iglesia, «hablar de pecado mortal sería un lenguaje en contradicción con las ciencias modernas»[269]. La nueva moral, como tampoco era sincera, incurría, lógicamente, en contradicciones. Después de la citada palada de cal, unas páginas más adelante nos arroja otra palada de arena a los ojos de la conciencia cuando escribe: «La masturbación directa y voluntaria es siempre por su propia naturaleza un pecado grave»[270]. El distingo entre la masturbación pecaminosa y la aceptable reside en el modo. Leamos: «El aumento de la masturbación femenina es un dato evidente en estos últimos años […] incluso dentro de una continencia genital, puede darse una masturbación psicológica, espiritualizada»[271].

La larga lista de males, tisis galopantes y reblandecimientos de cerebelo que hasta un par de años antes castigaba al masturbador desapareció por ensalmo o fue negada por eminentes médicos. López Ibor escribe en su famoso libro (1968): «La masturbación cumple una función propia durante la prepubertad y durante la adolescencia y no debería estar rígidamente prohibida»[272]. Quedaban, eso sí, los males psíquicos, más difíciles de comprobar: «Científicamente no hay razones que legitimen la masturbación […] cuando es breve y transitoria no producirá trastornos graves físicos o psíquicos, pero está comprobado que ejerce siempre una mala influencia, sobre todo en la psicología juvenil. Debilita la fuerza de voluntad […] crea melancólicos e introvertidos, debilita la hombría». Y un último recurso al cristiano viril que preconizan las nuevas sectas católicas: «¡Los muchachos más hombres no se masturban!»[273].

Si las costumbres evolucionaban rápidamente, la mentalidad se lo tomaba más despacio. Nuevamente el viejo conflicto, tan hispánico, entre actitud social y sentimiento, entre el parecer y el ser. La moral católica se resistía a verse sustituida por otra más permisiva y aún actuaba poderosamente sobre las conductas de personas alejadas de la Iglesia.

CAPÍTULO 43

LAS POBRES ABORTAN EN LONDRES

La mujer casada ganó su derecho a la aventura. Despojadas de los prejuicios de la vieja moral, las nuevas progres se sumaron a modas tan liberales como la de poner los cuernos a los maridos (epidemia que afectó a los más selectos ambientes del país después de la proyección de *El Gran Gatsby* en 1974).

El Gobierno no podía frenar la actividad sexual de sus disparados súbditos pero sí la información sexual, especialmente la relativa a medios de contracepción. Este desfase entre libertad e información provocó un aumento creciente de embarazos indeseados particularmente entre los usuarios más jóvenes. Aquí no cabían compromisos: no hacía mucho que el papa Pablo VI había condenado el control de natalidad en la encíclica *Humanae Vitae* (1968).

Las capas más bajas de la población española continuaron fieles al *coitus interruptus*; las medias se convirtieron masivamente a la píldora, en algunos casos después de auténticos lavados de cerebro de la escamada esposa[274].

Si los matrimonios y parejas regulares recurrieron a la píldora, las cada vez más numerosas irregulares, principalmente estudiantes y empleadas que solo practicaban el sexo esporádicamente y se creían exentas de riesgos dieron en quedarse embarazas e ir a abortar al extranjero, a las clínicas especializadas de Londres, Amsterdam, París y Perpignan en vuelos chárter abarrotados de chicas que acudían al remedio acompañadas de sus madres antiabortistas o de familiares de respeto e incluso en algunos casos del novio o amigo, mientras la familia creía que la niña estaba de viaje de fin de semana con el curso o de retiro espiritual en una casa de ejercicios de Alcobendas[275]. El escándalo de los abortos españoles en Londres alcanzó tanta notoriedad que disimuló el hecho de que en la propia España se practicaban más de mil abortos diarios, la mayoría de ellos en penosas condiciones sanitarias y con grave peligro de muerte de la intervenida.

El abismo existente entre la moral sexual de la periferia y el interior y de las grandes ciudades y los núcleos reducidos se ahondó aún más. Cuando los municipales de Marbella hacían la vista gorda a las bañistas en *top-less* siempre que se limitaran a tomar el sol sobre la hamaca y no anduvieran con las domingas al aire, el alcalde de Santos de Maimona (Badajoz) publicaba un bando sobre moral pública en el que «prohíbe a las parejitas pasear después del anochecer por lugares solitarios y fuera del casco urbano», censura a los «novios bufanda» (*sic*) y amenaza a los infractores con «exposición pública de sus nombres en las pizarras del paseo» es

decir, el sambenito, como en la Edad Media[276].

CAPÍTULO 44

ALFREDO LANDA EN CALZONCILLOS

En 1966, al desaparecer la censura en Estados Unidos y algunos países europeos, el cine mundial comenzó a erotizarse o por decirlo con el fluido verbo de una nota ministerial de 1972: «La producción cinematográfica extranjera sigue acusando un acentuado matiz de disolvente inmoralidad y de corrosivas doctrinas»[277].

El cine extranjero, incluso el cine de calidad, no llegaba al espectador español o solo lo hacía a través de versiones mutiladas que desvirtuaban por completo el original. En 1967 el ministro Fraga creó las salas de Arte y Ensayo, una fórmula de compromiso para permitir que algunas versiones íntegras no censuradas llegasen a las cultas audiencias que las demandaban[278].

Al principio la idea funcionó y las salas se llenaron de agradecidos cinéfilos, pero aquellas películas tan cultas, de largos parlamentos y profundísima doctrina aburrían a los criptorreprimidos pseudointelectuales que lo que iban buscando era carne y violaciones como la del film búlgaro *Cuerno de cabra* (1972), así es que las multitudes de la primera hora desertaron y la empresa se arruinó.

En su cruzada aperturista, Fraga había dado luz verde a algunas películas comprometidas, pero Sánchez Bella, su sucesor, volvió a censurar cualquier asomo de cine erótico[279]. A pesar de ello llevaba solo unos meses en la poltrona cuando la reserva moral contraatacó descargando sobre el escritorio del Caudillo un exhaustivo y abultado dossier sobre la degeneración moral que el nuevo ministro de Información toleraba. Llamaba la atención el estilo tecnocrático y aséptico con que la revista *Vida Nueva* denunciaba que «cerca de la mitad de España vive habitualmente en la situación llamada por los moralistas de pecado mortal»[280].

En los primeros setenta asistimos al fenómeno de las peregrinaciones cinematográficas a Francia, especialmente a Perpignan, a Biarritz y a otras localidades fronterizas en las que avispados empresarios cinematográficos habilitaron salas especializadas en cine erótico para españoles[281].

En octubre de 1974 el Caudillo y su régimen sufrían de flebitis y los ávidos especuladores del sexo engrasaban las máquinas y contrataban carnes para el papel cuché: la operación destape estaba en marcha. De pronto la facción integrista logró una tardía victoria: el ministro del ramo, Pío Cabanillas, fue destituido por «permitir la pornografía».

Los productores y directores españoles, aunque ya eran expertos en el arte de la autocensura y habían aprendido a hacer guiños cómplices al espectador por encima

del hombro de censores poco imaginativos representando primeros planos de la felatriz potencial chupándose el dedo o lamiendo un helado, fatigaron sus vigilias cavilando alguna fórmula de compromiso con los censores que les permitiera incorporarse al festín de la tarta erótica. Sus desvelos fueron premiados con el éxito del que se ha dado en llamar cine porno-celtibérico, sexy-celtibérico o landismo (por el actor Alfredo Landa, su más caracterizado protagonista)[282].

El cine sexy-celtibérico puede ser considerado, con todo derecho, un subgénero típico de los años de la transición del franquismo a la democracia. Las doscientas y pico películas que produjo constituyen un corpus inapreciable que está demandando estudio por parte de la Consejería de Cultura de alguna autonomía del Estado español[283].

Lo sorprendente es que el cine sexy-celtibérico naciera ya perfectamente desarrollado, acabadamente hortera, insuperablemente ramplón, con sus tópicos y sus guiños chabacanos y machistas. Todo partió de la mediocre comedia *No desearás al vecino del quinto* (1970), que batió récords de taquilla. En esta película se encuentran en estado químicamente puro todos los ingredientes del subgénero: descerebrados reprimidos supuestamente representativos del español medio persiguen a lo largo del film a *starlettes* hermosas tan desnudas como la censura lo permite. Ellas se lucen en *negligé*, en bragas y sostén, en bikini, en pantalones o falda ceñidos, ellos en amplios calzoncillos blancos o de lunares. El argumento, un inverosímil encadenamiento de situaciones equívocas adobadas con sal gorda y moralina final apologética de los valores tradicionales, es casi siempre el mismo: un casado insatisfecho trata de ser infiel a su santa esposa, pero fracasa en todos sus intentos. Al final sufre su castigo y regresa al redil conyugal convencido de que es absurdo buscar fuera lo que se tiene en casa. A veces la esposa planea pagarle con la misma moneda y serle infiel, pero nunca ejecuta su propósito. Desde la óptica de la moral tradicional, a la que las películas se someten, el adulterio la mancharía indeleblemente e impediría que el matrimonio recuperase su felicidad.

Cartel de la película *No desearás al vecino del quinto.*

Cuando el protagonista es soltero libertino, fracasa igualmente en sus intentos de obtener sexo extramatrimonial, pero al final encuentra una buena novia, virgen naturalmente, que lo lleva al altar y lo redime de su insatisfactoria existencia de soltero. En esta trascendental coyuntura, un personaje de Alfredo Landa en *El reprimido* (1973) se emociona y grita ¡Viva España!

Si se trata de soltera con ínfulas de liberada, fracasará igualmente, pero al final encontrará su felicidad convirtiéndose en la esposa tradicional, sumisa y buena, de un hombre cabal, tipo Manolo Escobar, que le quitará los pájaros de la cabeza y la convertirá en madre de familia numerosa porque la filosofía se resume en una declaración del citado Manolo Escobar en *Pero ¿en qué país vivimos?* (1967): «Para mí la mujer que no entra en la cocina, no cose y encima no reza no es una mujer…

¡es un guardia civil!». Al final todos contentos y la moral a salvo. La castidad, recompensada; el vicio, castigado, no tanto por ganarse a la censura como por aliviar a los espectadores pequeñoburgueses de toda mala conciencia por haber asistido al inmoral espectáculo. Esto explica también el éxito de las películas de Paco Martínez Soria, que encarna siempre al mismo personaje supuestamente simpático y campechano, más bien chabacano, del hombre del pueblo chapado a la antigua defensor de la decencia, del sentimiento y de la vida familiar hogareña y sencilla.

Si algún efecto positivo tuvo este cine fue que contribuyó a mitigar la ancestral exhibición callejera de virilidad por parte de piropeadores y violadores visuales, tipos indefectiblemente ridiculizados en estas películas.

CAPÍTULO 45

EN CUEROS POR EXIGENCIAS DEL GUION

El 2 de septiembre de 1976 fue una fecha memorable. Cual si de pronto se entreabriera el día despidiendo una intensa llamarada[284], Marisol aparecía desnuda en el número 16 de la revista *Interviú*.

¡Ay, Pepa Flores de nuestras entretelas, la que creció con la inocencia de nuestra infancia en aquellas películas edulcoradas y castas! De pronto se nos presentaba desnuda como una bandeja de plata[285] grávido pecho juvenil contrastando con la esbeltez casi esquelética de la figura, escurrida de caderas, pero culito respingón y agradecido. Conmoción nacional. En oficinas, mercados, cuarteles y conventos de clausura apenas se hablaba ese día de otra cosa: ¡Marisol desnuda! La revista, cuyas ventas apenas solían rebasar los cien mil ejemplares, de pronto vendió casi medio millón.

Fue como si de pronto le hubiesen quitado el tapón al estanque donde las represiones de los españoles se habían embalsado durante cuarenta años. De repente el erotismo de consumo ya iniciado en el tardofranquismo (con el Caudillo remoloneando antes de comparecer ante el tribunal de la Historia) se convirtió en el gran negocio de la transición. El sexo se adueñó de la calle, de los libros, de los espectáculos, del cine. Las revistas ilustradas con fotografías de desnudos acapararon el 70 por ciento del mercado nacional[286].

La opinión oficial es que las primeras tetas que aparecieron en las pantallas españolas fueron las de Perla Cristal en la película *El chulo* (1973)[287], hazaña por la que la chica fue amenazada con trago de ricino y corte de pelo, entrañable castigo fascista que parecía olvidado después de tantos años. Luego vinieron los pechitos respingoncillos de Victoria Vera («No sé a qué viene tanto alboroto: yo los tengo más grandes», observó el dramaturgo Alfonso Paso), y finalmente los primeros desnudos integrales, el de Alicia Sánchez en *Furtivos* (1975) y el de María José Cantudo en *La trastienda* (1975). Detrás vinieron, a pelotón, casi abriéndose paso a codazos, Rocío Dúrcal, Ana Belén, Amparo Muñoz, Ágata Lys y una nutrida muchedumbre de actrices y actricillas que se colaron por la fácil rendija de las nuevas normas de censura promulgadas en 1975 por León Herrera, recién estrenado ministro del ramo, en las que se autorizaba el desnudo siempre que fuera por exigencias del guión. Fue lo único que exigieron los guiones en los años siguientes hasta que el mercado se saturó y las películas con destape dejaron de ser negocio seguro[288].

El teatro no tardó en incorporarse al destape. En octubre de 1975 María José

Goyanes mostró los parejos encantos de su cuerpecito casi infantil sobre las tablas del Teatro de la Comedia en la representación de *Equus* («Me gusta ser —declaró—, la primera señora que ha enseñado las tetas en un escenario español»). Al año siguiente ya pudo enseñar el resto que hasta entonces llevó cubierto con un slip color carne. Huelga decir que *Equus*, un pesado dramón neomoderno, constituyó un éxito de público.

La libertad sexual se convirtió en adalid de la libertad política que demandaba el pueblo español, recién despierto tras el prolongado sueño de la dictadura franquista. En este ambiente arreciaron las reivindicaciones feministas, lo que sorprendentemente no siempre resultó bien acogido por la progresía intelectual[289].

En el río revuelto, los homosexuales se atrevieron a reptar fuera de sus catacumbas para desafiar las severas disposiciones de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (1970). El colectivo reivindicó sus derechos en la más europeizada Cataluña y al sur de Andalucía, tradicionalmente tolerante. Nació el Movimiento Español de Liberación Homosexual y poco después el grupo catalán Dignitat, obra del padre Guasch, un jesuita homosexual al que internaron en un manicomio como si de disidente soviético se tratara[290]. En Andalucía no hubo liderazgo ni organización, pero sí concentración anual de sarasas en una famosa romería en la que los devotos de la Virgen entroncan con antiguos ritos, se despojan de dengues e inhibiciones con vino y música, se ponen en trance y levantan grandes polvos entre los pinos.

Los clubes sociales frecuentados por homosexuales, también conocidos como bares de maricones, proliferaron por todo el país favorecidos por la inhibición de la policía, que en el último decenio había estado más ocupada en cazar al Lute y correr detrás de los estudiantes rojillos.

Los sexólogos comenzaban a exculpar al homosexual considerándolo un enfermo merecedor de «respeto y ayuda que como a persona le es debido», aunque, por otra parte, algunos opinaran que «la sociedad debe defenderse de su devastador contagio»[291]. Pero la sociedad, cada vez más permisiva, no tomó precaución alguna. Se comprobó con sorpresa que los lapidadores antiguos se habían vuelto tolerantes ciudadanos y que el colectivo gay resultó ser más numeroso y poderoso de lo que se suponía. En los años setenta existían en España millón y medio de homosexuales[292].

La generación del porro y la movida estrenaba pantalones largos. 1975, Año Internacional de la Mujer, fue un año de luto y de calma tensa: fallecieron Franco, padre espiritual de muchos españoles, y el profesor Ogino, padre putativo del benjamín de tantas familias españolas. Uno y otro serían negados más de tres veces por sus discípulos, hoy conversos a la liberación sexual y al anticonceptivo artificial.

Alfredo Landa.

Con esto llegamos al final. Sin juicios, sin moralinas. Que la jodienda no tiene enmienda ya lo sabíamos así que no cabe sorpresa en la constatación de que en este mundo permisivo y hedonista que hemos construido o nos han construido, la lujuria rige nuestras vidas. Que sea para bien y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

Las *sex symbols* nacionales en las revistas de destape: Marisol, Beatriz Escudero; Bárbara Rey; Ágata Lys; Susana Estrada y Nadiuska; Victoria Vera y María José Cantudo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ABELLA, Rafael, *La vida cotidiana durante la guerra civil: La España nacional*, Planeta, Barcelona, 2004.

—*La vida cotidiana en la España republicana*, Planeta, Barcelona, 1975.

—*La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Argos-Vergara, Barcelona, 1985.

ÁLAVA REYES, María Jesús, *Amar sin sufrir. Ni los hombres son imposibles, ni las mujeres incomprensibles*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

ALBERTI, Rafael, *La arboleda perdida*. Libros I y II de *Memorias*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1959.

ALONSO TEJADA, Luis, *La represión sexual en la España de Franco*, Luis de Caralt, Barcelona, 1977.

AMILIBIA, J. M. y Yale: *El día que perdí aquello*, Sedmay, Madrid, 1975.

AMORÓS, Andrés, *Luces de candilejas*, Espasa, Madrid, 1992.

ASQUERINO, María, *Memorias*, Plaza y Janés, Barcelona, 1987.

AYALA, Ángel, *Un alto en el camino*, Ed. Studium de Cultura, Madrid, 1948.

BALANSÓ, Juan, *La familia real y la familia irreal*, Planeta, Barcelona, 1992.

—*Trío de príncipes*, Plaza y Janés, Barcelona, 1995.

BARBA, David, *100 españoles y el sexo*, Plaza y Janés, Barcelona, 2009.

BARDEM, Juan Antonio, *Y todavía sigue. Memorias de un hombre de cine*, Ediciones B, Barcelona, 2002.

BARRIOS, Manuel, *El último virrey. Queipo de Llano*, Ed. Rodríguez Castillejo, Sevilla, 1990.

—*La Sevilla del cardenal Segura*, Espuela de Plata, Sevilla, 2004.

BAYÓN, M., y Fernández, P., «Viaje al centro de la censura (1939-1975)», *Cambio 16*, Madrid, 1981.

BÉCQUER, Valeriano y Gustavo Adolfo, *SEM. Los Borbones en pelota*, El Museo Universal, Madrid, 1991 (con estudios de Robert Pageard, Lee Fontanella y M.ª Dolores Cabra Loredo).

BERTOMEU, Olga, *Todo lo que hay que saber sobre el sexo*, Nuevas Ediciones de

Bolsillo, Madrid, 2006.

—*Guía práctica de la sexualidad femenina*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

—*¿Has encontrado en el sexo lo que esperabas?*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 2003.

—*La conquista de la felicidad*, Temas de Hoy, Madrid, 2009.

BLÁZQUEZ, Feliciano, *Cuarenta años sin sexo*, Sedmay, Madrid, 1977.

—*La traición de los clérigos en la España de Franco (Crónica de una intolerancia*, 1936-1975), Ed. Trotta, Madrid, 1991.

BRUQUETAS, Fernando, *Reyes que amaron como reinas*, La Esfera de los libros, Madrid, 2002.

CABALLERO, Javier, «Flechazos por Internet», *El Mundo Magazine*, n.º 458, 6 de julio de 2008, pp. 22-25.

CARAJICOMEDIA, Ed. Aljibe, Archidona, 1995.

CASTEJÓN BOLEA, Ramón, «Enfermedades venéreas en la España del último tercio del siglo XIX. Una aproximación a los fundamentos morales de la higiene pública», *DYNAMIS, Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, vol. 11, 1991, pp. 239-261.

CELA, Camilo José, *La insólita y gloriosa hazaña del cipote de Archidona*, Obras completas, tomo 25, Destino, Barcelona, 1977.

CLAVERO Núñez, Antonio, *Antes que te cases*, Editorial Científico Médica, Valencia, 1946 (décima edición en 1960).

CLEMENTE, A., *La pureza y el joven cristiano*, 1950.

CORISCO, María, «Cuando es él el que dice “Cariño, esta noche no”», *Magazine, El Mundo*, 550, 11 de abril de 2010, pp. 34-37.

CRÓNICA DE CINCUENTA AÑOS, *Diario 16*, Madrid, 1991-1992.

DE LA CIERVA, Ricardo y Sergio Vilar, *Pro y contra Franco*, Planeta, Barcelona, 1985.

DE MIGUEL, Amando, *Cien años de urbanidad*, Planeta, Barcelona, 1991.

DÍAZ, Antonio, «Sexo a la europea», Revista *Tiempo*, 25 de julio de 2008, pp. 40-42.

DÍAZ-PLAJA, Fernando, *El casado imperfecto*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1980.

—*El español y los siete pecados capitales*, Alianza Editorial, Madrid, 1966.

ENCISO VIANA, Emilio, *La muchacha y el noviazgo*, Ed. Studium de Cultura, Madrid, 1954.

ESLAVA GALÁN, Juan, *El sexo de nuestros padres*, Planeta, Barcelona, 1993.

—*Coitus Interruptus*, Planeta, Barcelona, 1997.

—*Homo erectus*, Planeta, Barcelona, 2011.

ESLAVA, Rafael, *La prostitución en Madrid: apuntes para un estudio sociológico*, Ed. Vicente Rico, Madrid, 1900.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao, *Relato Inmoral*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1965.

FERRÁNDIZ, Alejandro y Vicente Verdú, *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española*, Cuadernos para el Diálogo, S. A., Madrid, 1974.

FIELDING, William J., *Curiosas costumbres del noviazgo y matrimonio*, Luis de Caralt, Barcelona, 1975.

FONT, Consuelo, «Cuando ellas los prefieren jóvenes», Revista *Tiempo*, 23 de agosto de 1999, pp. 20-28.

FORMICA, Mercedes, *Escucho el silencio*, Planeta, Barcelona, 1984.

FRAGA IRIBARNE, Manuel, *Memoria breve de una vida pública*, Planeta, Barcelona, 1980.

FUERTES-GUÍO, Pedro, *Antonio. La verdad de su vida*, Fundamentos, Madrid, 1988.

GARCÍA, Filomeno, «Tuppersex para hombres», Revista *Tiempo*, 26 de junio de 2009, pp. 79-81.

GARRIGA, Ramón, *Juan March y su tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976.

GOMÁ Y TOMÁS, Isidro, *Las modas y el lujo. Ante la ley cristiana, la sociedad y el arte*, Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1912.

GÓMEZ, Alejandrina, «Manual para padres divorciados», *Tiempo*, 27 de noviembre de 1995, pp. 36-37.

GÓMEZ Pérez, R., *Política y religión en el régimen de Franco*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1976.

GRACIA, V. y E. Salgado, *Las cartas de amor de Franco*, Ed. Actuales, Barcelona, 1978.

GRIJALBA, Silvia, «Bisexualidad, una moda de toda la vida», *El Mundo Magazine*, 10 de enero de 2010, pp. 26-28.

GRIMAUD, Carlos, *Futuros esposos*, Ed. Atenas, Madrid, 1953.

GUBERN, Roman, *La imagen pornográfica y otras perversiones ópticas*, Akal, Madrid, 1989.

HERNÁNDEZ, Jesús, *Yo fui ministro de Stalin*, Ed. América, México, 1953.

HERODOTO, *Historia*, Libro IV, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1989.

IBN HAZN, *El collar de la paloma*, Hiperión, Madrid, 2009.

IGLESIAS de Ussel, Julio, *Sociología del noviazgo en España*, Caja de Ahorros de Granada, Granada, 1987.

JUDSON, Olivia, *Consultorio sexual para todas las especies*, Ares y Mares, Barcelona, 2004.

LATORRE, Joaquín, *Los españoles y el sexto mandamiento*, Ed. 29, Barcelona, 1969.

LÓPEZ AZPITARTE, Eduardo, *Sexualidad y matrimonio, hoy*, Sal Terrae, Santander, 1975.

LÓPEZ IBOR, Juan José, *El libro de la vida sexual*, Danae, Barcelona, 1968.

LORENTE, Celia, «El cibersexo que quieren las mujeres», Revista *Tiempo*, 30 de abril de 2009, pp. 77-79.

—«Los españoles, ligones incansables», Revista *Tiempo*, 16 de abril de 2010, pp. 76-79.

—«A los hombres también les duele la cabeza», Revista *Tiempo*, 11 de junio de 2010, pp. 78-80.

LLORENTE, Macu, «Canitas al aire en la web», Revista *Tiempo*, n.º 1701, 29 de mayo al 4 de junio de 2015, pp. 73-74.

LUCA DE TENA, Torcuato, *Papeles para la pequeña y gran historia*, Planeta, Barcelona, 1991.

LUCENAY, Martin de, *Causas sexuales del divorcio*, Ed. Nueva Era, Barcelona, 1979.

MALO DE MOLINA, *Los españoles y la sexualidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1992.

MANCEBO, Mayte, y Juan José Lago Jordán, *¿Cómo se hace el amor en España?*, Sedmay, Madrid, 1976.

MARAÑÓN, Gregorio, *Amor, conveniencia y eugenesia*, Historia Nueva, Madrid, 1929.

MARINA, José Antonio, *El rompecabezas de la sexualidad*, Anagrama, Barcelona, 2002.

MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos de la postguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987.

MARTÍN, Elena, «Enamorarse de una cartera», Revista *Tiempo*, 16 de octubre de 2009, pp. 78-81.

MARTIN, Lucía, «Asexuales, los que viven felices sin sexo», Revista *Tiempo*, n. 1699, 14 al 21 de mayo de 2015, pp. 71-72.

MARTIN, Paul, *Sexo, drogas y chocolate. La ciencia del placer*, Ediciones B,

Barcelona, 2009.

MARTÍN, Susana, «Ser virgen cuesta 2000 euros», *El Mundo, Crónica*, 12 de agosto de 2007, p. 10.

MAZZEL, Massimiliano, *Pureza y alegría (instrucciones a las señoritas)*, Ed. Paulinas, Vizcaya, 1947.

MEDIANO, Lorenzo, *El siglo de las mujeres*, Onagro Ediciones, Zaragoza, 2009.

MESQUIDA, Evelyn, «Guía erótica para mujeres decentes», Revista *Tiempo*, 11 de julio de 1994, pp. 12-20.

—«Adúlteras sin complejos», Revista *Tiempo*, 14 de febrero de 2000, pp. 157-159.

MIRET MAGDALENA, Enrique, *Luces y sombras de una larga vida*, Planeta, Barcelona, 2000.

MOIX, Terenci, *El peso de la paja*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

MONLAU, P. F., *Elementos de Higiene Pública o arte de conservar la salud de los pueblos*, Moya y Plaza, Madrid, 1871.

MOOALLEN, Jon, «¿Hay animales gays?», *El País semanal*, 9 de mayo de 2010, pp. 56-64.

MORÁN, Gregorio, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Tusquets, Barcelona, 1998.

MORENO, Eva, *Mujeres, juguetes y confidencias*, Planeta, Barcelona, 2010.

OLANO, Antonio, *Pecar en Madrid*, Ediciones 99, Madrid, 1976.

ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor*, Revista de Occidente, Madrid, 1951.

PALACIO VALDÉS, Armando, *Riverita*, Sociedad General de Publicaciones (dos tomos), Barcelona, 1886.

PASCUAL, Ana María y Sebastián Moreno, «Bisexuales. El último tabú», Revista *Tiempo*, n.º 908, 27 de septiembre de 1999, pp. 19-26.

PASCUAL, Ana María, «Malditos celos», Revista *Tiempo*, n.º 906, 13 de septiembre de 1999, pp. 18-22.

PEASE, Allan y Bárbara, *¿Por qué los hombres no escuchan y las mujeres no entienden los mapas?*, Ed. Amat, Barcelona, 2000.

—*¿Por qué los hombres quieren sexo y las mujeres necesitan amor?*, Ed. Amat, Barcelona, 2009.

PEDRIZA, Pilar, *La bella, enigma y pesadilla*, Tusquets, Barcelona, 1991.

POLLY Vernon y A. B., «¡Cuidado! La infidelidad puede ser buena para su salud!», *El Mundo Magazine*, 11 de abril de 2010, pp. 40-43.

RAMOS OREA, Tomás, *Un castellano en Granada: Memorias tergiversadas y recuentos olvidadizos*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz, 1999.

RAMOS, L., *La pureza en la joven*, Bilbao, 1954.

REBOLLO, Pepa, «No solo placer… también negocio», Revista *Tiempo*, 16 de mayo de 2008, pp. 74-77.

REVERTE, Jorge M., *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona, 2004.

ROBINSON, Charles y Laura, *Educación sexual y conyugal. Lo que deben saber: los jóvenes, los novios, los esposos, obra escrita en colaboración de sacerdotes, médicos y educadores de ambos sexos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1968.

RODRÍGUEZ, Félix, *Diccionario Gay-Lésbico*, Gredos, Madrid, 2008.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos, «La mañana siguiente a la primera noche de amor», *El Mundo Magazine*, n.º 201, 3 de agosto de 2003, pp-28-32.

ROJAS, Carlos, *Puñeta la españeta*, Flor de Viento, Madrid, 2000.

SÁINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978.

SÁNCHEZ-MELLADO, Luz, «Felices 60», *El País semanal*, 31 de mayo de 2009, pp. 38-50.

SAVATER, Fernando, *Los siete pecados capitales*, Debate, Barcelona, 2006.

SERENARA Y PARTAGÁS, P., *La prostitución en la ciudad de Barcelona, estudiada como enfermedad social y considerada como origen de otras enfermedades dinámicas, orgánicas y morales de la población barcelonesa*, Imprenta de los Suc. de Ramirez y Cía, Barcelona, 1882.

SINOVA, Justino, *Censura de prensa durante el franquismo*, Debolsillo, Barcelona, 2006.

TASSO, Valérie, *Antimanual de sexo*, Temas de Hoy, Madrid, 2008.

TUSELL, Xavier y Genoveva G., *Queipo de Llano, Franco y Mussolini*, Planeta, Barcelona, 1985.

UMBRAL, Francisco, *Crónica de esa guapa gente*, Planeta, Barcelona, 1991.

UVERAS, José P., *Guía médica sexual*, Gassó Ed., Barcelona, 1963.

VALERA, Juan, *Cartas desde Rusia*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2011. A partir de la original: Afrodisio Aguado, Madrid, 1950.

VALLEJO-NÁJERA, Juan Antonio, *Antes que te cases*, Ed. Plus Ultra, Madrid, 1946.

VARIOS AUTORES, *Vida cotidiana y canciones*, Ed. del Prado, Madrid, 1990.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Crónica sentimental de España*, Ed. Lumen, Barcelona, 1971.

—*Cancionero general del franquismo, 1939-1975*, Crítica, Barcelona, 2000.

VÁZQUEZ, Karelia, «Viagra para ellas», *El País Semanal*, 11 de abril de 2010.

VERNON, Polly, y A. B. «¡Cuidado! La infidelidad puede ser buena para la salud», *El Mundo, Magazine*, 22 de febrero de 2006.

VIEJO, Teresa, *Cómo ser mujer y trabajar con hombres*, MR, Madrid, 2007.

VILA SAN-JUAN, José Luis, *Vida cotidiana durante la dictadura de Primo de Rivera*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.

VILALLONGA, José Luis de, *Gold-Gotha, La café-society de estos días*, Barral, Barcelona, 1973.

VILARIÑO, Remigio, *Regalo de boda*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1956.

VIZCAÍNO CASAS, Fernando, *La España de postguerra, 1939-1953*, Planeta, Barcelona, 1978.

—Personajes de entonces, Planeta, Barcelona, 1984, p. 174

—*Mis episodios nacionales. Contando los cuarenta*, Planeta, Barcelona, 1983.

WERRIE, Paul, *El amor y la española*, Sagitario ed. Barcelona, 1971.

WRIGHT, Richard, *España Pagana*, Pléyade, Buenos Aires, 1970.

ZAVALA, José María, *El patrimonio de los Borbones*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.

—*Bastardos y Borbones. Los hijos secretos de la dinastía*, Plaza y Janés, Barcelona, 2011.

NOTAS

[1] En distintas fechas y con distintas prostitutas, que conste. <<

[2] Está en el evangelio de Marcos 10, 17-30. Yo modifico mínimamente los términos para actualizarlo. <<

[3] *Libro del buen Amor*. Estrofa 71. <<

[4] Ibn Hazm, 2009, p. 128. <<

[5] Luego vino el inefable refranero remachando la idea: «Mujer que sabe latín, no tiene buen fin»; «Mujer leída, mujer perdida» (o sea, puta). Hasta la relativa liberación femenina en los años sesenta del siglo XX ha sido normal promocionar a los hijos varones y reservar a las hembras para el matrimonio. <<

[6] Los matrimonios arreglados no siempre acarreaban la infelicidad de la mujer. Cuando se permitió a la mujer elegir marido se dio la circunstancia de que muchas erraban en el cálculo y se quedaban solteras de por vida. Se decía, con metáfora cruel, «la infantería no llega y la caballería se pasa» (o sea, los pretendientes que solicitan su mano le parecen poco y los que quisiera tener, de un nivel social superior, no la pretenden porque ella les parece poco). Otra expresión era aún más brutal: «Aguardando al caballero las tetas le llegan al braguero». Los cinéfilos que vieron *Calle Mayor* (1956) de Bardem saben de qué hablo. Estas chicas forzosamente solteras o solteronas quedaban «para vestir santos», aludiendo a la tradicional vinculación de la soltera a la parroquia, único pretexto que permitía a una mujer decente escaparse de vez en cuando del gineceo-prisión del hogar. <<

[7] Una variante británica, muy propia del puritanismo de la era victoriana, era: «Hija mía, en ese trance cierra los ojos, separa las piernas y piensa en Gran Bretaña». <<

[8] La curiosa terapéutica victoriana hasta ha inspirado una reciente película, *Hysteria* (2011), dirigida por Tanya Wexler. En su tiempo incluso favoreció la creación del primer vibrador eléctrico, patentado por Joseph Mortimer Granville en 1883 bajo la denominación *Granville's Hammer* (Martillo de Granville). <<

[9] Cito las notas de la entrevista que le hice en su piso de Gijón el 16 de agosto de 2001. <<

[10] Era la típica mentalidad machista de la época: si el sexo no funcionaba, era culpa de la mujer, a la que, por otra parte, se le exigía que fuera virgen y, en consecuencia, inexperta. <<

[11] Ya lo dice el apologista cristiano Tertuliano en sus palabras a la mujer: «Eres una Eva. La sentencia de Dios sobre tu sexo lleva aparejada la culpa. Tú eres la puerta del demonio; eres la que quebró el sello de aquel árbol prohibido; eres la primera desertora de la ley divina; eres la que convenció a aquel a quien el diablo no fue suficientemente valiente para atacar. Así de fácil destruiste la imagen de Dios, el hombre. A causa de tu deserción, incluso el Hijo de Dios tuvo que morir» (*De Culta Feminarum*, 1.1). <<

[12] El Código Penal de 1944 reza en su artículo 449: «Cometen adulterio la mujer casada que yace con varón que no sea su marido y el que yace con ella sabiendo que es casada, aunque después se declare nulo el matrimonio». <<

[13] Es conocido que doña Petronila consume su vida en rezos para redimir el alma de un esposo pecador que se entrega a la lascivia con gran número de queridas a las que alberga en distintos chalecitos de su propiedad en la cercana calle de la Ese (ya desaparecida, entre Castellana y Serrano) y va dejando tras de sí un reguero de bastardos que indefectiblemente nacen con seis dedos en cada pie, marca de la casa. <<

[14] Antes las mujeres respetables se veían obligadas a fingir que carecían de libido. Los maridos apreciaban esa pasividad que les certificaba que una esposa que no sentía placer se mantendría fiel. A una dama veneciana se le escapó un gemido de placer durante la consumación del acto y el marido la increpó: «O procreamos honestamente o me apeo del tálamo». Incluso en tiempos relativamente modernos, años cuarenta del pasado siglo, un manual de la Sección Femenina sugería «una leve queja al final indicará tu placer». <<

[15] Grimaud, 1953, p. 219. <<

[16] La capacidad de comprimir y liberar alternativamente el pene con los músculos de la vagina en el transcurso del coito, lo que permite masturbar o, mejor, «vagiturbar» al hombre, una habilidad que muy pocas mujeres poseen en la puritana Europa. El erotófilo don Juan Valera cuenta por carta a su amigo Estébanez Calderón su primera «presa de Cleopatra» experimentada con la baronesa de Sorocaba, una brasileña ardiente y muy ducha en el amor: «Una fuerza de atracción y de contracción poderosas para sorber el líquido y apretar y contener lo sólido, con tan estupenda delicia que nos duele y nos enloquece y nos provoca a aullar y morder como si fuéramos lobos […]. Si no me engaña la memoria —prosigue el escritor—, en Andalucía, de la mujer que posee tan agradable calidad se dice que tiene chirrín de boca de ratonera…» (carta fechada el 13 febrero de 1852). <<

[17] En el Reglamento de las prostitutas jienenses (1892) leemos: «A pesar de que la prostitución no puede defenderse ni permitirse, comprendiendo que es un mal social imposible de extinguir, preferible es tolerarlo reglamentándolo». Se entiende que los a menudo largos noviazgos exentos de compensación carnal obligaran al ciudadano a aliviarse con meretrices de alquiler. Los novios jamás se encontraban a solas ni conseguían más contacto físico que algún pellizco o un magreo clandestino aprovechando el descuido, a lo mejor cómplice, de la *carabina* o vigilante. Eso contando con que la novia se dejara, que lo más probable es que se negara en banda: «Si me quieres de verdad, respétame». No por falta de ganas, hay que suponer, sino para evitar que el novio la tomara por una cualquiera y se desenamorara de ella, dejándola plantada. <<

[18] En 1859 el marqués de la Vega de Arnijo crea en Madrid un cuerpo de médicos higienistas para la vigilancia de los burdeles o de las prostitutas por libre que acepten someterse a un reglamento que incluye dos reconocimientos semanales. Al año siguiente el gobernador civil de Barcelona, Martín de Foronda, propone en la Sociedad Económica de Amigos del País la conveniencia de copiar el ejemplo madrileño, lo que se aprueba en 1863 tras enconado debate. A partir de entonces se suceden los reglamentos: Vigo (1867); Sevilla y Cádiz (1870); San Sebastián y Alcoy (1874); Santander (1889); Jaén (1892) y Albacete (1895). <<

[19] A menudo escogían la profesión porque era lucrativa y la ejercían en condiciones precarias y sin demasiada ciencia. La venereología no comenzó a estudiarse como asignatura independiente hasta que la Facultad de Medicina de Madrid creó una cátedra en 1902. <<

[20] Serenana y Partagás, 1882, p. 182. <<

[21] Hasta que la Real Orden del 1 de marzo de 1908 separó las competencias de vigilancia moral-policial de las sanitarias. En Madrid los enfermos de venéreas se trataban desde el siglo XVI en el hospital de San Juan de Dios (fundado por fray Antón Martín); en Barcelona, en el hospital de Santa Cruz; en otras ciudades, se abrieron secciones en los hospitales generales (el de Sevilla tenía en 1880 dos salas con setenta y dos camas). <<

[22] En una cartilla expedida en octubre de 1892 a nombre de María Antonia Rodríguez Linde, natural de Granada, leemos: «Estatura, regular; edad, quince años; pelo, castaño; ojos, pardos; nariz, corta; boca, pequeña; cara, redonda; color, sano». <<

[23] Los abolicionistas españoles fueron una rama tardía y mustia de la International Abolitionist Federation, fundada por Josephine Butler que vino a España en 1875 y predicó en el desierto en diferentes ciudades consiguiendo al fin el entusiasta apoyo de un concejal de Figueras, el señor Bofill. La semilla no germinó hasta 1922 cuando los médicos Hernández-Sapelayo y César Juarros fundaron en Madrid la Sociedad Española de Abolicionismo que, como era de temer, tampoco remedió el problema. <<

[24] A este propósito contaré un suceso cierto ocurrido a principios del siglo XX. Después de la boda, los novios se encierran en la alcoba nupcial, preparada en casa de los padres de ella según costumbre. La suegra, que sabe a su hija virgen e inexperta, arrima el oído a la puerta para cerciorarse de que todo marche correctamente y escucha al novio farfullar mientras trata de desatar los cordones que cierran el corpiño: «¡La madre que me parió!… ¡Esto está difícil!… ¡Vaya, que no hay manera! … ¿Sabes lo que te digo?, que lo voy a cortar con la navaja». La suegra, alarmada, porque cree que el novio se refiere al himen de su hija, da unos golpecitos en la puerta y advierte: «¡No, hijo, la navaja, no! Ahora mismo te traigo un poco de aceite para que se lo untes y ya verás lo bien que le entra». <<

[25] Por cierto: aunque existan tratados sobre la materia, puede decirse que nunca existió un «lenguaje del abanico» para la comunicación de los amantes (natural: cualquiera hubiera podido descifrar los mensajes). Más bien cada pareja se creó su propio código: «Cuando me toque la oreja derecha con el abanico cerrado vete a la biblioteca que enseguida me reúno contigo que hoy te vas a enterar de lo que vale un peine». <<

[26] A ese impulso animal a copular indiscriminadamente lo denominan los científicos «efecto Coolidge» en memoria del presidente estadounidense Calvin Coolidge (1923-1929). En una ocasión el presidente y su mujer visitaron una granja avícola y la señora observó que un gallo montaba a una gallina y se interesó por la frecuencia con que copulaba el fogoso animal. <<

—¡Ah, señora, docenas de veces! —le dijo el granjero.

—Por favor, dígaselo al presidente —dijo ella medio en broma.

El aludido preguntó a su vez:

—¿Y siempre lo hace con la misma gallina?

—No, señor presidente —respondió el granjero—, lo hace cada vez con una distinta.

—Por favor, dígaselo a mi señora —le sugirió el presidente.

O sea, que uno se cansa de hacerlo con la misma (y la misma con el mismo, ciertamente).

[27] Bígama involuntaria fue la heroína nacional Agustina de Aragón. Su primer marido desapareció en combate y seis años después apareció cuando ya ella había vuelto a casarse. La heroína resolvió el dilema salomónicamente, separándose del segundo para casarse con un tercero. Los tres eran militares, lo que manifiesta cuánto atraía a la valerosa aragonesa la vida castrense. <<

[28] Dado que el libro va de lujuria consignemos que la despreocupación de esta madre desalmada se debió en buena medida a su encalabrinamiento, a los dos meses de quedarse viuda, con el sargento de la Guardia Real Fernando Muñoz con el que se casó en secreto y engendró nada menos que ocho hijos. Como se daba la circunstancia de que durante su matrimonio con Fernando VII había tardado en quedarse embarazada, circuló la coplilla: «Clamaban los liberales / Que la reina no paría / ¡Y ha parido más muñoces / Que liberales había!». <<

[29] Sus amantes más conocidos fueron: Vicente Ventosa, expulsado de palacio por «razones graves»; el maestro de canto Francisco Frontela, llamado Valldemosa por haber nacido en Palma de Mallorca, a quien la reina concedió la Cruz de Carlos III; mi paisano el general Francisco Serrano, al que ella conocía como «el general bonito»; el cantante José Mirall; el compositor Emilio Arrieta; el coronel Gándara; Manuel Lorenzo de Acuña, marqués de Bedmar; el capitán Ruiz Arana, a quien ascendió a coronel y otorgó la Cruz Laureada de San Fernando; el teniente de ingenieros, Enrique Puigmoltó y Mayans, de cuya relación nacería el futuro Alfonso XII; el general Leopoldo O'Donnell; el secretario Miguel Tenorio; el cantante Tirso Obregón; José de Murga y Reolid, primer marqués de Linares por gracia real; Carlos Marfori y Calleja, gobernador de Madrid y ministro de Ultramar, que la seguiría en su exilio; el capitán de artillería José Ramiro de la Puente; y su administrador y secretario en París, José Altmann. Con el marqués de Bedmar intercambió apasionada correspondencia. En una de sus cartas, cuya ortografía respetuosamente acatamos, se lee: «Cielo mío: Bendito seas mil beces rambeb adorado de mi corazón bendito seas, bendito seas mil millones de beces yo te adoro con una locura y un frenesí que no te puedo explicar». <<

[30] La propia doña Isabel comentaría al diplomático León y Castillo: «¿Qué voy a decir de un hombre que en la noche de bodas llevaba en su camisa más bordados que yo en la mía?». Es probable que don Francisco padeciera hipospadia, una malformación de la uretra que presenta el orificio de salida en el tronco del pene en lugar de en el glande, lo que obligaba a orinar sentado, lo que se refleja en multitud de epigramas («Gran problema es en las Cortes / Averiguar si el consorte / Cuando acude al excusado / Mea de pie o mea sentado») y en coplillas populares («Paquito Natillas / es de pasta flora / y mea en cuclillas / como una señora»). Finalmente, el incomprendido Francisco «logró su estabilidad emocional» junto a un robusto pollancón de nombre Antonio Ramos Meneses con el que convivió hasta el final de sus días. <<

[31] Eran en total 107 acuarelas de contenido francamente pornográfico en las que aparecen diversos personajes de la corte, entre ellos la Monja de las Llagas y el padre Claret, confesor de la reina. En una de ellas la reina y su amante Marfori copulan a horcajadas sobre Francisco de Asís mientras ella empuña la verga del padre Claret y la dirige hacia el trasero del rey. Al fondo se engarzan el ministro Luis González Bravo y el emperador Napoleón III. Circularon clandestinamente hasta que 89 de ellas pudieron ser editadas en un libro (Bécquer, 1991). <<

[32] Hizo bien Pío Nono en no escrupulizar sobre la paternidad adulterina. Con tiquismiquis semejantes nunca hubiera llegado a pontífice. Incluso pudiera ser que estuviera informado de otros casos semejantes en la rama borbónica. La abuela de Isabel, María Luisa de Parma, a la que el poeta Espronceda llama inspiradamente «impura prostituta», confesó en su lecho de muerte a su director espiritual, el fraile agustino Juan de Almaraz, que ninguno de sus catorce hijos eran del rey Carlos IV. Lo supo Fernando VII y confinó a Almaraz de por vida en un lóbrego calabozo de la fortaleza de Peñíscola. Ignoraba que el fraile, viéndolas venir, había confiado su terrible secreto a un documento que guardó bajo el epígrafe «reservadísimo». Actualmente, se custodia en el archivo del Ministerio de Justicia (Zavala, 2011, p. 22). Ya que hemos mencionado a Espronceda, prototipo de poeta romántico, repitamos unos versos suyos que prueban su admiración por la mujer: «¡Cuán necios son los que al pulsar la lira / cantan a la mujer himnos de amores! / ¡Cuán necios son si buscan la mentira / por consolar sus ansias y dolores! / Pues la mujer, si llora y si suspira, / es porque en sus histéricos furores / desea un hombre que le ponga al cabo / pan en la boca y en el coño un nabo». <<

[33] Las inclinaciones de don Emilio Castelar no eran secretas, puesto que sus adversarios políticos lo llamaban «doña Inés del Tenorio». Lázaro Galdiano es hoy más conocido por su patronazgo en el museo de su nombre. Cuando terminó su idilio con Castelar matrimonió con una rica viuda argentina cuyos caudales, multiplicados mediante administración juiciosa, le permitieron adquirir las colecciones que hoy admiramos en su museo. <<

[34] La sodomía que en otro tiempo se castigaba con la hoguera (excepto cuando los implicados eran clérigos, en cuyo caso se trasladaban de parroquia o se les sometía a una temporada de convento penitencial) se había suprimido como delito en el Código Penal de 1822, pero la sociedad española seguía rechazando las relaciones homosexuales. <<

[35] Con la consiguiente alarma de los médicos de palacio que temían por la vida del monarca (siempre el fantasma de aquel don Juan, hijo de los Reyes Católicos, el príncipe que murió deslechado por el excesivo comercio carnal con su esposa, la fortachona Margarita de Austria). <<

[36] El día en que se formalizó el compromiso, a la vuelta de la pedida de mano, su sempiterno acompañante, Alcañices, como lo veía muy callado, se creyó en la obligación de elogiar el porte y la distinción de la que iba a ser reina de España, pero Alfonso lo interrumpió: «No te canses, Pepe; a mí tampoco me ha parecido guapa, pero te habrás dado cuenta de que la que está bomba es mi futura suegra». En efecto, la archiduquesa Isabel de Austria-Este-Módena era una cuarentona prieta, que estaba entonces en su justo punto de sazón. <<

[37] Excepto en el caso del rey de Italia Víctor Manuel II que, cuando iba de viaje, si topaba con una campesina apetecible, se la hacía llevar a la posada y pasaba la noche con ella. Gran detractor del bidé y de sus efectos, al rey le gustaba el sexo con sus efluvios intactos y a ser posible *faisandé*. En una ocasión un aposentador real nuevo en el oficio y desconocedor de los secretos gustos del monarca se extralimitó en sus funciones y obligó a la muchacha a tomar un baño antes de introducirla en la alcoba real. El rey puso el grito en el cielo: *Me l'hanno guastata* (Me la han estropeado). Oliendo a jabón, la chica perdía todo su encanto. <<

[38] Sin ir más lejos, el presidente francés Félix Faure fue amante de la beldad Marguerite Steinheil, en cuyos brazos entregó el alma al Creador el 16 de febrero de 1899, de un ataque de apoplejía mientras ella le practicaba una felación en el despacho del Elíseo. Por este motivo, la felación digo, los gacetilleros hicieron un juego de palabras y apodaron a la señora *la pompe funèbre* (la bomba fúnebre). Ya sé que el lector aborrece tanta nota a pie de página, y le pido disculpas por ello. Es que a veces se me va la mano en mi afán de dar una apariencia académica al trabajo. <<

[39] Esto condujo algunas veces a extremos sorprendentes. La *prima donna* Adelina Patti envasó el agua de su bañera en ochocientos frasquitos y hubo bofetadas por adquirirlos. No sabe uno qué admirar más, si la hermosura y belleza de la robusta cantante o su sentido comercial. <<

[40] La amante más famosa de don José de Salamanca es la bailarina francesa Marie Guy Stéphan. Del mismo modo que la afición taurina se divide entre los fans de los toreros Lagartijo y Frascuelo, así la afición galante anda dividida entre la Guy Stéphan y su rival la italiana Sofia Fuoco, cada bando liderado por un potentado, el *guyista* por Salamanca y el *fuoquista* por el general Narváez. Salamanca le lleva ventaja al general porque se beneficia a la beldad; pagando, naturalmente (la colma de joyas, le pone un palacete y hasta construye para ella el Teatro del Circo a imitación de los mejores de Europa). <<

[41] Al parecer, el principal atractivo de la cortesana irlandesa residía en su dominio de la «presa de Cleopatra». El rey se entregó a ella después de que le demostrara que «podía realizar milagros con los músculos de sus partes privadas» y le provocara «diez orgasmos en veinticuatro horas». <<

[42] De sus amantes menores, la más famosa (y hermosa) fue la cantante Adela Borghi llamada *La Biodina*, la rubita. También fue asiduo visitante de la rutilante esposa del embajador de Uruguay, don Adolfo Basáñez de la Fuente, un hombre paciente y consentidor que no tuvo inconveniente en aceptar como suya la hija que la versátil esposa concibió del monarca, Mercedes Basáñez. Andando el tiempo casaría con el embajador de Chile. <<

[43] Elena Sanz, como tenía unos hijos a los que mantener, Alfonso y Fernando, chantajeó al Gobierno con la amenaza de divulgar ciertas cartas íntimas del rey en las que quedaba patente su paternidad. Gobierno y amante real alcanzaron un acuerdo y las comprometedoras pruebas se rescataron por su justiprecio. Algo parecido ocurrió con las cartas de Olghina de Robilant y con los materiales audiovisuales de B. R. más recientemente. Eso es respetar la tradición. ¡Bendita la rama que al tronco sale! <<

[44] La *Gaceta de Madrid* del 28 de noviembre de 1888 publica esta Orden del Ministerio de la Gobernación: «El trato familiar que entre actores y espectadores se establece en los cafés cantantes; la excesiva libertad de lenguaje que delata la licencia de las costumbres y, más que nada, el abuso de bebidas espirituosas a que dan ocasión, promueven manifestaciones ruidosas de agrado o de reprobación expresivas por exceso y, tras ellas, altercados violentos que son origen de graves escándalos que reclaman la frecuente intervención de la autoridad. Por otra parte, el ruido y la algazara propios de dichos establecimientos trascienden al exterior y producen quejas justificadas del vecindario, obligado a soportar las molestias de una fiesta que perturba su reposo a las altas horas de la noche; y si bien los aficionados a tales espectáculos tienen perfecto derecho a disfrutar de aquello que les agrada, sin que toque a la Administración discutir el buen gusto y la cultura de esas aficiones, dada la forma y ocasión en que lo ejercitan, ese derecho se halla limitado por el no menos legítimo que asiste a las personas pacíficas de disfrutar a su vez de tranquilidad y calma en sus hogares». <<

[45] Los *pollo pera* eran los metrosexuales de entonces, elegantes y refinados tirando a cursis. Para asistir a los cafés cantantes se disfrazaban de pueblo, chaleco, pañuelo y gorra menestral, en prolongación de la moda chulapona de los tiempos de Goya. <<

[46] El preservativo español más antiguo, en realidad dos, hechos de tripa de cerdo, se encontró entre las páginas de un libro de la biblioteca de la Universidad de Salamanca. Estaban envueltos en una hoja de periódico de 1857. <<

[47] Monlau, 1871, p. 623. <<

[48] *El sentido católico de las ciencias médicas* (1886), 8 (n.os 12 y 44), pp. 177-180 y 689-698. <<

[49] El papa Pío XI, hoy elevado a los altares, declaró: «Cuantos de palabra o por escrito empañan el brillo de la fidelidad y la castidad nupcial, ellos mismos, como maestros del error, fácilmente echan por tierra la confianza y honesta obediencia de la mujer al marido. Y más audazmente algunos de ellos sostienen que tal obediencia es una indigna esclavitud de un cónyuge respecto del otro; que todos los derechos son iguales entre los dos; y pues estos derechos se violan por la sujeción de uno de los dos, proclaman con toda soberbia que han logrado o que van a lograr quién sabe qué emancipación de la mujer. Tal emancipación, según ellos, debe ser triple: en el régimen de la sociedad doméstica, en la administración del patrimonio familiar y en la facultad de evitar o suprimir la vida de la prole. Y así la llaman social, económica y fisiológica: fisiológica porque quieren que las mujeres a su arbitrio estén libres o se libren de las cargas conyugales o maternales (emancipación esta como ya dijimos de sobra, que no lo es, sino un crimen horrendo); económica, por la que pretenden que la mujer, aun sin saberlo ni quererlo el marido, pueda libremente tener sus propios negocios, dirigirlos y administrarlos, sin tomar para nada en cuenta a los hijos, al marido y a toda la familia; y social, en fin, por cuanto aparta a la mujer de los cuidados domésticos, tanto de los hijos como de la familia, a fin de que sin preocuparse por ellos pueda entregarse a sus antojos y dedicarse a los negocios y a los cargos, incluso públicos». Encíclica *Casti connubii* (Del matrimonio casto), dada el 31 de diciembre de 1930, p. 27. <<

[50] Esa libertad de las grandes ciudades explica que las viudas de militares se establezcan en Madrid con el pretexto de que allí les resulta más fácil cobrar la pensión. En realidad van huyendo de la estrecha vida a la que las condena la rigurosa moral imperante en las guarniciones de provincias (Palacio Valdés, 1886, I, p. 225). <<

[51] La nueva situación explica la eclosión publicitaria de los vigorizantes sexuales: «Varones de 45 a 70 años. Fuerza viril Epitar, de alto valor terapéutico […] a todos los hombres decaídos o desganados», reza un anuncio de 1936. «Vigor Koch, tratamiento externo de la debilidad sexual, a quince pesetas», leemos en otro. <<

[52] Martín Gaite, 1987, p. 131. <<

[53] El jesuita Pablo Ladrón de Guevara publica su índice particular en *Novelistas buenos y malos*, Ed. Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, 1911, y el capuchino Francisco de Barbens, *La moral en la calle en el cinematógrafo y en el teatro*, Luis Gili, Barcelona, 1914. <<

[54] Su puritana relación con el sexo, en la que se alinea con la Iglesia más retrógrada, se debe, quizá, aparte de ser un hombre chapado a la antigua, a una circunstancia personal que nunca superó, una tremenda fimosis que le dificultaba las relaciones sexuales con su santa, doña Concha Lizárraga, la única mujer de su vida, con la que, a pesar de las dificultades fisiológicas, engendró nueve hijos. <<

[55] Blázquez, 1991, p. 69. <<

[56] Quizá porque, como apunta Fernández Flórez, «en España se escriben novelas eróticas porque el amor es aún una aventura inasequible; al menos, infrecuente». Contemplada desde nuestra experiencia actual, la literatura sicalíptica resulta incluso pacata y pudorosa con sus elipsis y sus elegantes palabras hindúes, con su *ligham* por pene y su *yoni* por lo que Cela llamaría, años después y a pesar del franquismo, coño. Habría que esperar a la democracia y a las memorias de Susana Estrada para volver a silabear la delicada palabra: «El dulce despertar de mi yoni», que escribe la bella actriz. <<

[57] La novela realista denuncia que en el medio rural la zoofilia es práctica común. Los arrieros se amanceban con sus burras; los granjeros, con sus pavas; los pastores, tan propensos al género bucólico, con sus corderas, las solteronas con el guarda canino. <<

[58] Lejos de nuestra intención la de enmendar la plana al doctor alemán, pero hemos de señalar que el corazón no siempre sale beneficiado del coito, como demuestra el notorio caso, ya mentado, del presidente de la República francesa Félix Faure o el más reciente del cardenal Jean Danieleu, fallecido de infarto de miocardio en 1974 a los sesenta y nueve años de edad, cuando catequizaba a la joven prostituta de alto *standing* Mimi Santoni, de veinticuatro años de edad, en el coqueto apartamento donde la muchacha recibía los homenajes, número 56 de la calle Dulong, distrito 17. Perdón por la prolijidad. Y dejo en el tintero a varios famosos financieros españoles muertos más recientemente en plena cabalgada tras consumir Viagra. <<

[59] Josep M. de Sagarra, en su novela-crónica *Vida privada*, detalla algunos casos de triángulos, amorosos, dobles parejas, apaños bisexuales y otras combinaciones con las que se recreaba la clase alta barcelonesa, quizá algo más lanzada, tampoco tanto, que la del resto del país (frecuentaban más los parises de la Francia). Uno de los personajes aristocráticos que retrata, Concha, «había visitado casas infames y había aprovechado viajes al extranjero para dedicarse a un deporte en el que no pudiera ser conocida por persona alguna de su mundo: el placer de que la brutalizara la chusma. Cansada de los halagos encontraba una voluptuosidad especial en el achuchón y el mordisco de un marinero borracho». […] «La rigidez moral, puramente exterior, no era un obstáculo para que en el corazón de las familias de más lustre se produjesen en secreto todas las miserias sexuales imaginables» (Segarra, 1986, p. 32). Prototipo de estas aristócratas licenciosas fue Inés Luna Terrero (1885-1953), alias *Bebé*, hija de terratenientes salmantinos, «una señorita bien educada, en colegio de monjas, que superó restricciones y se dedicó a vivir, viajar por Europa y coleccionar amantes». <<

[60] Aunque dotada de ilustres antepasados clásicos en el *fascia pectoralis* que usaban las antiguas romanas. <<

[61] Vila San-Juan, 1984, p. 312. <<

[62] Eran, no obstante, modestos logros comparados con los de otros países donde ya se enarbolaba el manifiesto feminista de la emblemática Mae West: «Lo que me interesa de los hombres son cincuenta centímetros» (doña Mae no se conformaba con menos, al parecer). <<

[63] Martín Gaite, 1987, p. 203 <<

[64] La pervivencia casi hasta nuestros días de esta costumbre la confirma el hilarante suceso acaecido en la villa de Archidona el 31 de octubre de 1971. Una amartelada pareja de novios se testimoniaba mutuo afecto en la propicia penumbra de un cine cuando el mozo disparó como un géiser una copiosa rociada seminal sobre los espectadores de la fila trasera, o sea, «se corrió de cuchara, hacia atrás y por encima de la cabeza, como chutaba Zarra» (según la documentada descripción del académico Cela). A los gritos histéricos de una dama principal que había recibido parte de la emisión en su peinado-nido se produjo tal escándalo que hubo que suspender la proyección y encender las luces. Divulgado el suceso por la ciudad y su comarca en las veloces alas de la Fama, hubo escándalo y regocijo, condena y juicio, crimen y castigo. El acontecimiento ha inspirado media docena de sonetos de autores diversos, un ensayo de Camilo José Cela, *La insólita y gloriosa hazaña del cipote de Archidona* (1977) y la película homónima (1979). <<

[65] En 1928 un Curso Eugenésico propiciado por la Facultad de Medicina de Madrid suscitó un acalorado debate en el periódico clerical *El Debate*, que acusó a los intervinientes de recrearse en cierto «regodeo pornográfico». En este ambiente de controversia medraban tímidamente movimientos higienistas inspirados en la Liga de Regeneración de Paul Robin, cuyo órgano, la revista *Salud y Fuerza*, abogaba por el control de natalidad. A estas voces se unieron las del movimiento libertario con su *Generación Consciente*, germen de la revista *Estudios*, en la que el doctor Félix Martí Ibáñez respondía en un consultorio psicosexual. La postura de estos sexólogos era radicalmente contraria a la moral oficial de la Iglesia en lo referente a la castidad, que se consideraba perniciosa para la salud integral del sujeto. <<

[66] La apreciación de la virginidad por la mujer española perduraría hasta bien entrados los años sesenta y aun después. «Yo era de comunión diaria y de mucha Iglesia —confiesa la actriz y musa del tardofranquismo María Luisa San José—. Creía que ningún hombre se casaría con una mujer si hacía el amor antes de casarse […] la mujer que lo hacía lo perdía todo y se convertía en puta» (Amilibia, 1975, p. 97). Esta lección se la tenían bien aprendida hasta las chicas de alterne, vírgenes manoseadas que advertían a sus clientes: «De cachondeo lo que tú quieras; de lo otro, nada. Lo guardo para quien se case conmigo y sea el padre de mis hijos». Y efectivamente, cedían cualquier orificio para la satisfacción del cortejador excepto el vaso natural, cuyo precinto era sagrado. «Aunque hayas tenido catorce romances, el desvirgue quieres que te lo haga tu marido», aseguraba Luciana Wolf, cantante y mujer de rompe y rasga (Amilibia, 1975, p. 125). Muchas que habían recibido más empujones que el carrito de un inválido representaban, en su noche de bodas, la comedia de fingirse horrorizadas haciéndose de nuevas ante el calibre del pene del novio (que a lo mejor era insatisfactorio en comparación con el de los otros conocimientos) y fingían el sacrificio virginal contrayendo los músculos interiores de los muslos, haciendo extremos de dolor durante la penetración e ingeniándoselas para manchar la sábana con sangre de las narices. La comedia de los ojos en blanco. <<

[67] Tengo un caso registrado en que se descubrió el pastel porque a la hora de levantarse, el novio arrastró el mantel, con juego de café y todo, porque al abotonar la bragueta al término de los trabajos manuales había prendido inadvertidamente del paño de crochet que cubría la mesa. <<

[68] Revista *Ilustración Femenina*, noviembre de 1960, p. 11. <<

[69] El afán exhibicionista parece consustancial al español. En los años treinta, el millonario don Juan March ventilaba sus lances galantes en el hotel donde hacía tertulia con sus amigos. Su chófer se le acercaba gorra en mano y le cuchicheaba algo al oído. Don Juan miraba entonces al otro extremo del salón donde una hembra de tronío (otra expresión de la época) le dirigía una sonrisa cómplice. Entonces, el millonario se excusaba ante sus contertulios y subía con ella a la habitación. Algunas tardes la operación se repetía dos o tres veces con distintas candidatas. Toda esta escenificación obedecía, como era notorio, «a sus deseos de vanagloria y de alarde más que a verdaderas necesidades fisiológicas». Una de las chicas contó que el adinerado jayán copulaba a ritmo rápido y gallináceo y «a veces ni se descalzaba, por no perder tiempo». Lo dicho: la apariencia por encima de todo; parecer antes que ser; el sexo menesteroso; la cantidad, no la calidad (Garriga, 1976, pp. 211-212). <<

[70] Ortega y Gasset, 1951, p. 64. <<

[71] Otra conducta más civilizada hubiera resultado sospechosa y hasta hubiera puesto en entredicho su virilidad. Si el fontanero que proponía un fornicio a la criada o a la señora de la casa recibía una indignada negativa, se disculpaba como un caballero alegando que, de no haber intentado aprovechar tan propicia ocasión, ella lo hubiera podido tomar por maricón. <<

[72] Fernández Flórez, 1965, vol. II, pp. 147-149. <<

[73] Fernández López, Justo, *Unamuno y el erotismo*, texto en internet. <<

[74] Se han conservado bastantes de las que el joven teniente Francisco Franco enviaba a la dama de sus sueños Sofía Subirán. Los textos son igualmente inocuos y respetuosos, como corresponde a un futuro Caudillo de la Nueva España nada sensual y más inclinado a un tiroteo que a una remonta. <<

[75] Las colecciones de postales galantes se anuncian también en revistas liberales porque pueden comprarse por correo: «¡Atención, señores! Todo lo que puedan desear. Fotos íntimas y álbumes para solteros. Se despachan colecciones de 20 hasta 100 pesetas. Remesas por giro postal o billetes de banco. Nadie reembolso». Otro anuncio: «Cincuenta fotos galantes. Escenas íntimas, serie magnífica de fotografías realistas tomadas de la vida en un estudio especial de belleza y arte de París. Envío discreto y rápido». <<

[76] A la postal individual se suma el «catálogo artístico» o «portfolio de modelos» de la «academia fotográfica», que presenta una colección de beldades en poses insinuantes. Otra modalidad más claramente erótica es la postal seriada que fotografía a la misma modelo en distintas tomas o *tableaux*, más o menos desnuda, más o menos picante. Estas series pueden ser francamente pornográficas cuando muestran las distintas etapas del coito desde el encuentro de la pareja hasta la despedida cumplido el acoplamiento. <<

[77] Uno de los más consultados es el tratado del doctor José María Escalante *Iniciación en la vida sexual: la moderna educación sexual, higiene secreta del matrimonio, virginidad y desfloración*, Librería Ameller, Barcelona, 1932, en el que el aficionado puede encontrar abundante material gráfico, incluso damas ataviadas con cinturones de castidad, un artilugio de escaso crédito, pero muy morboso que quizá no se usó ni en la Edad Media. También son populares los folletos del autoproclamado sexólogo Martín de Lucena, y reunidos bajo la colección «Temas sexuales», en Editorial Fénix. <<

[78] Antonio San de Velilla, *Fusiones infames (Flageladores y flagelados)*, Barcelona, Biblioteca de Educación Sexual, s.f. El índice del libro parece calculado para atraer lectores morbosos: «De lo grotesco a lo trágico / La sodomía y las leyes / La bestialidad / Pigmalionismo / El amor y la muerte / La violencia como recurso amoroso / El matrimonio por rapto / La flagelación y la emoción sexual / La inversión sexual y la flagelación / La mujer flageladora / Flagelación venal / La flagelación entre casados / El látigo en el hogar y en la escuela (padres y maestros sádicos) / La flagelación en los conventos». En la versión española del celebrado ensayo de Octavio Pladeur *Las mujeres lesbianas* encontramos relatos pretendidamente verídicos, aunque casi siempre ocurridos en París. «Y aquellas tres mujeres —leemos en el último párrafo de uno de ellos, después de recrearnos en todo tipo de combinaciones húmedas— salieron luego juntas, y como tres burguesitas decentes y honradas, subieron al auto que las esperaba y marcharon hacia los bulevares del centro de París». <<

[79] Así lo describiría Julián Cortés Cabanillas en su necrológica en *ABC*, el 3 de noviembre de 1959. <<

[80] Sainz Rodríguez, 1978, p. 184. <<

[81] Martí Gómez, «Modelos de santidad en un mundo perfecto», *Hoy por hoy*, matinal cadena SER, 28 de marzo de 2010. <<

[82] Como es sabido, los hijos de los curas son «sobrinos», o dicho en diplomático latín *Filii nominantur nepotes*. <<

[83] Nuevamente citamos palabras de su necrológica de *ABC*. Donde esté una buena necrológica que se quite todo lo demás. <<

[84] Alfonso XIII gustaba de conducir personalmente, y a gran velocidad, sus automóviles o los ajenos. A ese amor por la velocidad no le correspondía una equivalente habilidad al volante. En 1934, ya en el exilio, atropelló mortalmente a un viandante en Viena. (Zavala, 2010, p. 87). <<

[85] En realidad le habían destinado la princesa Patricia de Connaught, por lo que los sentaron juntos en el banquete real, pero ella lo ignoró y se pasó el rato charlando con la persona que tenía al otro lado. «*The royal lady next to me hasn't uttered a single word to me all night*», se quejó el desairado monarca a la otra vecina de mesa. El historiador Juan Balansó cree que lo rechazó por feo, por aquella mandíbula salediza y aquel belfo caído que destacaba en su rostro huesudo, pero parece más probable que el fino olfato de la princesa captara la halitosis de su pretendiente y dijera por ahí no paso. El caso es que se negó en redondo a que la casaran con él. Herido en su amor propio, Alfonso se consideró desligado de la obligación de cortejarla y dedicó todas sus atenciones a la más hermosa de la reunión («en caso de duda, la más tetuda») que resultó ser Ena. <<

[86] Aunque nieta de la reina Victoria, Ena era hija de una simple condesa, tacha que el rey Eduardo VII, tío de la muchacha, compensó otorgándole el título de «alteza real». Verás como así se la colamos a los españoles, pensaría. <<

[87] Los afectados de hemofilia son deficitarios del factor coagulante de la sangre y pueden desangrarse por cualquier herida, por mínima que sea. La hemofilia de la casa real inglesa procedía de una alteración cromosómica cuya probabilidad remota (una en cien millones) se produjo en la reina Victoria, fruto del matrimonio de la duquesa de Kent con un Hannover, que aportaba una sangre degenerada por repetidos enlaces consanguíneos. Curiosamente, las mujeres no padecen esta enfermedad, pero pueden transmitirla a sus hijos varones. La reina María Victoria se la transmitió a dos de ellos, al heredero de la corona española, su primogénito don Alfonso (nacido en 1907), y a don Gonzalo (nacido en 1914). El primogénito Alfonso renunció a sus derechos dinásticos en 1933 para contraer matrimonio con una bella cubana. Como el segundo hijo, don Jaime, renunció también al trono por ser sordo, la sucesión dinástica recayó en el tercero, don Juan, conde de Barcelona y padre del rey don Juan Carlos. En cuanto a la hemofilia, Eduardo VII, hijo y heredero de Victoria, no la padeció ni la ha padecido ninguno de sus descendientes. La casa real inglesa es tan hija de la Gran Bretaña que se limitó a transmitirla a las casas reales española y rusa (esta última en la persona del *zarevitch* Alexis, hijo de la princesa Alix, la nieta de la reina Victoria, casada con el zar Nicolás II y asesinado por los comunistas, junto con el resto de la familia, en 1917). <<

[88] La reina, británicamente fría, posiblemente frígida y frustrada como mujer por un marido que la despreciaba, que la traicionaba con otras, y que le reprochaba haberle dado hijos tarados, quedó aislada en el opresivo e incómodo Palacio Real, en medio de una corte extraña, en un país meridional al que nunca logró adaptarse. Consecuente con las costumbres de la aristocracia europea se despreocupó de sus hijos, tan necesitados de ella, cuyo cuidado delegó en manos de empleados, y se refugió en los viajes y en la presidencia de obras benéficas (especialmente, de la Cruz Roja). <<

[89] Baste decir que dejó embarazada a la institutriz de sus hijos, Beatrice Noon, quien dio a luz en París a una hija natural de Alfonso, doña Juana Alfonsa Milán Quiñones de León. <<

[90] Las rodaron los cineastas hermanos Ricardo y Ramón Baños (propietarios de la productora Royal Films) en el barrio chino de Barcelona entre 1915 y 1925. Las tres conservadas, «El confesor», «Consultorio de señoras» y «El ministro», ambientadas respectivamente en una sacristía, en un burdel y en un gabinete ministerial, testimonian la afición un poco morbosa del monarca por las putas de baja estofa, gordas, celulíticas y feas, hirsutas en sus partes y probablemente oliendo a cabra que contrastan con *partenaires* muy delgados, casi esqueléticos, escogidos quizá para que el augusto cliente, también enclenque y delgaducho, se identifique en ellos. Esta devoción por el género basto y *faisandé* la compartía don Alfonso con su colega Vittorio Emanuele II, primer rey de Italia, del que se cuenta que, cuando iba de viaje, si topaba con una campesina apetecible, se la hacía llevar a la posada y pasaba la noche con ella. En una ocasión un aposentador real, nuevo en el oficio y desconocedor de los secretos gustos del monarca, se extralimitó en sus funciones y obligó a la muchacha a tomar un baño antes de introducirla en la alcoba real. El rey puso el grito en el cielo: *Me l'hanno guastata* (Me la han estropeado). Oliendo a jabón, la chica perdía todo su encanto. Volviendo a Alfonso XIII, sus películas porno aparecieron después de setenta años en un convento valenciano (la Iglesia siempre protegiendo la cultura, como en la Edad Media). Hoy se conservan en la Filmoteca de Valencia. <<

[91] En 1929 la reina viuda de Rumanía visitó Madrid en compañía de una de sus hijas, la princesa Ileana, un bomboncito de veinte años. Aunque el príncipe Alfonso, primogénito del rey, se enamoró de la muchacha, el noviazgo no cuajó. «La mayor objeción contra esta boda —escribió la reina María a un íntimo— es Alfonso XIII mucho más que un marido inválido (el príncipe padecía hemofilia). El rey español se interesa por todas las mujeres nuevas que conoce, y luego se las arregla para declarar que son ellas las que se arrojan a sus pies. Una nuera bonita, esposa de un hijo incapacitado, no estaría segura a su lado» (Balansó, 1995, p. 47). <<

[92] Hasta se encaprichó temporalmente (era muy inconstante) con alguna de ellas. La atractiva francesa Melanie de Vilmorin, esposa de un acaudalado comerciante de granos, dio a luz el primer hijo bastardo del rey, un tal Roger de Vilmorin. <<

[93] Como muestra de la relajada moral del monarca cabe mencionar que exculpaba a Fatty Arbuckle, famosa estrella del cine mudo implicado en la muerte de una actriz debutante a la que había violado con una botella «¡Joder, qué mala suerte! —exclamó Alfonso—. ¡Eso le puede pasar a cualquiera!» (Lo cuenta Anita Loos, famosa guionista de Hollywood, en sus memorias *Kiss Hollywood Good-bye*, Viking Press, Nueva York, 1974). <<

[94] La retiró de la escena y le puso un chalecito en la madrileña avenida del Valle. De la Moragas tuvo dos hijos: Teresa Alfonsa y Alfonso Leandro. Este último consiguió que la justicia le reconociera el derecho a usar el apellido Borbón y escribió varios libros de memorias bastante fantasiosas con el deseo, muy legítimo, de abrirse un huequecito en la historia y su parentesco, aunque sea por rama bastarda, con la familia real. <<

[95] Carlos Rojas, 2000, p. 127. <<

[96] Solía alojarse en el hotel París de Montecarlo, donde el famoso barman Émile le dedicó uno de sus celebrados cócteles: el «Alfonso XIII»: ginebra, dubonet y un toque de angostura. <<

[97] Cuando sintió que era llegada su hora, postrado en la enorme cama de su *suite* del Grand Hotel de Roma, reclamó el manto de la Pilarica. Fieles y serviles monárquicos se la trajeron de España y la extendieron sobre el lecho. Cuentan, pero la verdad solo Dios la sabe y no creo que hable, que cuando entró el médico a administrarle una inyección, Alfonso la rechazó con estas palabras patrióticas: «Un español y un católico no tiene necesidad de inyecciones cuando recibe el manto de la Pilarica». Las mismas fuentes cuentan que confesó, comulgó y se puso a bien con Dios, pero se negó a recibir a su esposa que a última hora había acudido a verlo morir. <<

[98] «El nudismo no es inmoral —leemos en uno de sus folletos—, inmoral es el que a la vista de un desnudo piensa lascivamente, sicalípticamente o pornográficamente. El hombre de músculos enjutos y duros; la mujer de líneas contorneadas y delicadas solo son expresión de la Armonía y de la Belleza». <<

[99] Otras revistas naturistas y nudistas fueron *Regeneració, Helios, Vita, Macrocosmos Nueva Vida* y *Amics del Sol*. En el número 137 de *Pentalfa* (1932) aparecen Nuria y un grupo de amigos bailando en cueros la sardana en torno a una hoguera, en una playa nocturna. Las revistas nudistas se ilustran con fotos de desnudos armónicos, atletas viriles, muchachas en poses de danza helénica, ménades sin faunos, etc. Ningún desnudo aparece de algún correligionario viejo barrigón y calvo, como si ese segmento de la población no perteneciera a la humanidad. La intención de las revistas nudistas es irreprochable, pero los resultados no siempre coinciden con sus filantrópicos objetivos. Muchas de las ilustraciones que esmaltan sus páginas no se distinguen bien de las que aparecen en las revistas sicalípticas. <<

[100] La madre asesina, Aurora Rodríguez Carballeira, es un típico producto de la religión naturalista. Obsesionada con la idea de concebir y crear al hombre del futuro, se dejó fecundar por un padre biológico sano, joven y bien proporcionado al que después despidió para que no interfiriera en su experimento. Nació Hildegart y Aurora se aplicó a realizarse en ella: la niña prodigio criada en el laboratorio aprendió a leer y escribir a los tres años, hablaba cuatro idiomas a los diez y a los diecisiete había terminado Derecho y Filosofía y Letras y publicaba en la prensa sesudos artículos de ciencia y política. El experimento de la mujer perfecta se malogró cuando Hildegart se enamoró de un chico inadecuado e intentó emanciparse de la madre. Aurora declaró en el juicio: «También el escultor destruye su obra cuando le descubre una imperfección». <<

[101] Incluso existieron algunos locales muy privados donde se practicaba el *top-less*, los casinos de señoras desnudas de medio cuerpo de los que hablan autores como Linares Rivas y Pérez Lugín. Lo que, una vez más, viene a confirmarnos que todo está inventado. <<

[102] La letra del cuplé rezaba: «Hay una pulga maligna / que a mí me está molestando / porque me pica y se esconde / y no la puedo echar mano. / Salta que salta bajo mi traje / haciendo burla de mi pudor / su impertinencia me da coraje / como la pille, señores míos / como la pille señores míos / como la pille, / no habrá perdón / no, no, no, no, no, no, / no habrá perdón / no, no, no, no, no, no, / no habrá perdón». A estas alturas ya tenía a los espectadores boqueando como peces fuera del agua. Otras artistas que levantaron pasiones cantando y actuando en espectáculos más o menos sicalípticos fueron La Bella Dorita, La Fornarina, La Chelito, Tina de Jarque, La Yankee, La Goya, Anita Delgado (que acabó casándose con el Maharajá de Khapurtala) o Raquel Meller. <<

[103] El local más famoso del Paralelo fue, y todavía es, El Molino. A finales del XIX era una barraca de madera rotulada La Pajarera Catalana que el dueño traspasó por cien pesetas a un avispado emigrante andaluz. El nuevo gerente la dotó de tablado y puso a cantar y bailar a criadas y jornaleras aspirantes a triunfar como artistas. A cambio de su arte, derrochado en agotadoras funciones nocturnas, el dueño las alimentaba y les permitía dormir detrás del escenario. En 1910 había alcanzado tanto éxito que el propietario desmontó el precario edificio y lo sustituyó por otro de ladrillo que rotuló Petit Moulin Rouge. Tras la guerra civil se llamó El Molino, nombre que todavía ostenta el renovado establecimiento. Otro local similar fue el Plata, inaugurado en 1922 en Zaragoza. <<

[104] Por ejemplo, cuando el espectador escucha el estribillo «¡Ay, qué tío! ¡Ay, qué tío! / ¡Qué puyazo le ha metío!», no piensa, como parecería lógico, en la punta ferrada de las varas y garrochas con las que los vaqueros o picadores castigan a las reses, sino más bien en un amante cumplimentando a fondo a la amada. No sé si me explico. <<

[105] Según el *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* de Juan Corominas (1961) «*Sicalíptico*» equivale a «obsceno». El palabro es un híbrido del griego clásico sokon (sykon, «vulva») y oleiptikós (aleiptikós, «masajeador»), de donde también deriva «sicalipsis». Parece que la palabra «sicalíptico» apareció por vez primera en un anuncio del diario madrileño *El Liberal*, el 25 de abril de 1902: «Dentro de poco tiempo se pondrá a la venta una nueva e interesante publicación, a 60 céntimos cuaderno, titulada *Las mujeres Galantes*. Esta publicación es altamente sicalíptica. Para conocer la definición de esta palabra, completamente nueva, es preciso adquirir el primer cuaderno de *Las mujeres Galantes*». <<

[106] Entiéndase un muslamen impresionante, más apretado en la entrepierna que las tuercas de un submarino, que la taimada movía en la escena con singular destreza. Por cierto que los soberbios muslos constituyen la más consistente aportación argentina al erotismo nacional del siglo XX: en su primera mitad los de Celia Gámez; en la segunda los de Analía Gadé. <<

[107] En el pueblo, se entiende, no en el burdel. <<

[108] Alberti, 1959, p. 123. <<

[109] Amilibia, 1975, p. 153. <<

[110] En desesperada reacción, la rabiza urbana se incorporó a las demandas sociales y se politizó. En 1907, descontentas por las severas medidas que el Gobierno conservador de Maura dictaba contra la inmoralidad, algunas significadas prostitutas se pusieron a la cabeza de los revolucionarios en la Semana Trágica. Así legaron sus nombres a la pequeña historia de aquellas sangrientas jornadas La Bilbaína, Cuarenta Céntimos, La Larga, La Valenciana y La Castiza. <<

[111] En el de la catalana Adela Fusté, «meretriz de 2.ª clase», de veinticinco años, constan los lugares de ejercicio, las horas de consulta y el precio del «hospedaje» así como su domicilio habitual. <<

[112] Algunos anuncios se prestaban a torcida interpretación. A la placa publicitaria en porcelana del doctor Concustell, que publicitaba «de cien casos noventa y nueve curas», alguien le había añadido debajo, a lápiz, «¡Coño con el clero!». <<

[113] Amilibia, 1975, p. 74. <<

[114] Su pasión por la señora era tal que no vacila en presionar al juez Prendes Pando para que la exculpe de un delito de contrabando de cocaína en el que estaba implicada. Ante la negativa del juez, el dictador eleva el caso al presidente del Alto Tribunal, pero este da la razón al juez. El asunto trasciende a los periódicos con el consiguiente escándalo. <<

[115] No exagero. El objeto más frecuentemente olvidado por las señoras que frecuentan los *meublés* es el devocionario, lo que demuestra que el pretexto de las salidas del hogar es acudir a la iglesia. <<

[116] Artículo 616 del título X. 55 del Código Penal. «El que, habitualmente o con escándalo, cometiere actos contrarios al pudor con personas del mismo sexo será castigado con multa de 1000 a 10 000 pesetas e inhibición especial para cargos públicos de seis a doce años». El que no pudiera pagar la multa iba a la cárcel. La Segunda República derogó este código el 13 de abril de 1931 y reintrodujo el anterior de 1870. En 1932 se publicó un nuevo código penal que seguía sin mencionar la homosexualidad, lo que legalizaba las relaciones sexuales entre hombres, con la excepción del ejército. <<

[117] Hay un caso interesante de dos lesbianas que contra viento y marea se obstinan en «oficializar» su relación. En la parroquia coruñesa de San Jorge, Marcela Gracia y Elisa Sánchez, maestras de escuela en las vecinas aldeas de Calo y Dimbría, vivían una intensa relación amorosa. Durante dos años, cada noche, Elisa recorría a pie los doce kilómetros que la separaban de Marcela para dormir con ella y después madrugaba para regresar a tiempo de abrir la escuela. Cansadas de la clandestinidad, decidieron oficializar su relación: Elisa se vistió de hombre, se hizo llamar Mario y convenció al párroco de san Jorge para que lo bautizase y le administrase la primera comunión (le explicó al cura que no se había bautizado antes porque su padre, ateo y exiliado, lo impidió). Convertida legalmente en Mario se casó con Marcela. Durante un tiempo las dos mujeres hicieron vida matrimonial hasta que *La Voz de Galicia* denunció el engaño, el juez dictó una orden de busca y captura y ellas tuvieron que mudarse a América. El historiador Narciso de Gabriel recoge su peripecia en el libro *Elisa y Marcela. Más allá de los hombres*, Ed. Libros del Silencio, Barcelona, 2010. <<

[118] O amiga, o entretenida. Solo los curas usan las feas palabras manceba y concubina; solo los esnobs dicen amante; solo Conchita Piquer dice «la otra». <<

[119] La querida, esa mujer vistosa rescatada del taller, de la fábrica o del pozo de la familia numerosa y hambrienta es un exponente del triunfo económico del mantenedor. Esto explica que la esposa legal a menudo asuma su existencia como parte del patrimonio familiar. Es conocido el caso de aquella que, tras examinar en el palco vecino a la querida de un competidor del marido, le comenta orgullosamente al cónyuge: «Ni es guapa, ni tiene tipo, ni vale nada: me gusta más la nuestra». <<

[120] Ya sé que la expresión «España alegre y faldicorta» procede de José Antonio, el fundador de la Falange y una de las figuras más desconocidas y tergiversadas de nuestra historia. Como el libro trata de lujuria diremos que antes de abrazarse a España en exclusividad, José Antonio fue bastante mujeriego. Entre sus conquistas se cuentan Elizabeth Asquith, hija del primer ministro inglés; Pilar de Azlor y Aragón, duquesa de Villahermosa, y otra aristócrata sevillana de cuyo nombre y estado civil no quiero acordarme porque la luz del entendimiento me hace ser muy comedido (esto último es de García Lorca, a cada cual lo suyo). <<

[121] Amilibia, 1975, p. 76. <<

[122] Vilariño, 1956, p. 271. <<

[123] En realidad, se trataba de una actualización de las doctrinas de San Agustín: «Ilícitamente e impúdicamente yace, aun con su legítima mujer, el que evita la concepción de la prole» (Grimaud, 1953, p. 255). <<

[124] Amorós, 1992, p. 126. <<

[125] Si exceptuamos el escollo de la guerra civil, la situación recuerda bastante a la de los años de desmadre sexual que siguieron a la instauración de la democracia en 1975. <<

[126] Ferrándiz, 1974, p. 52. <<

[127] Ferrándiz, 1974, p. 13. <<

[128] El Erotyl, fórmula del boticario Wenceslau Dutrem, se promocionaba en un periódico catalán como «el producte màgic per a combatre eficaçment la impotència i la neurastènia, per crònica i rebels que siguin a tot altre tractament»; o bien «un producte magne i insubstituïble per a recobrar la perduda felicitat conjugal». <<

[129] En la prensa se anunciaban productos abortivos «para la recuperación de la regla» (Apiolina, Perlas Kapta). Las aborteras, a veces enfermeras retiradas o malogrados estudiantes de medicina, usaban tampones de aloes o perejil, ruda, sabina, tejo o quinina. <<

[130] Diario *El Correo de Andalucía*, 26 de enero de 1930. <<

[131] También se produjo un conato de cine erótico, por lo fino. El primer desnudo integral de nuestra cinematografía, una bella rubia que hace posturitas dentro de una jaula en compañía de melenudo león y bigotudo domador, tenía que aparecer en la película *Carne de Fieras* (1936). No llegó a exhibirse porque la guerra la sorprendió en el taller de montaje. <<

[132] «La moral está matando a la biología, cuando la biología es la fuente de la vida», clamaba este divulgador y apóstol de la liberación sexual empeñado en evangelizar sexualmente a los españoles y arrancarlos del desfase y la ignorancia que el antiguo régimen oscurantista y clerical les había impuesto. Los títulos de sus folletos son ilustrativos: *Afrodisiacos y anafrodisiacos, Los artificios del placer, La sexualidad en otros tiempos, El amor en Extremo Oriente, Costumbres salvajes, El erotismo en la guerra y la revolución, Los fueros del naturismo, La sexualidad futura, Perversiones de pueblos incultos, Los extravíos de los magnates, El culto fálico*. <<

[133] De la Cierva, 1985, p. 52. <<

[134] A pesar de ello las queridas de los hombres públicos eran sobradamente conocidas: el alcalde de Madrid don Pedro Rico, un gordito feliz, gozaba de los favores de la actriz Carmen Díaz; Juan Casanovas, presidente del Parlamento catalán, hablaba castellano en la intimidad con la *vedette* mexicana Margarita Carvajal. <<

[135] Apenas la afectó el decreto de 28 de junio de 1935, que la declaró ilícita. <<

[136] En ciertos prostíbulos se aguzaba el ingenio para servir el producto con inéditos refinamientos. Un establecimiento cordobés había instalado una luz de gas que funcionaba con monedas. Cuando el cliente *voyeur* quería contemplar el panorama de la orgía que se desarrollaba a su alrededor, solo tenía que insertar diez céntimos en la ranura e inmediatamente se despabilaba la llama iluminando la lid venérea, cuerpos afanándose sobre divanes y alfombras. <<

[137] En alguna ocasión, cuando en la penumbra de la sala se proyectaban las espeluznantes imágenes, la desgarradora advertencia de un anónimo espectador surgía del patio de butacas: «¡Estáis acabando con la afición!». <<

[138] Vizcaíno Casas, 1984, p. 174. <<

[139] Por ejemplo, García Lorca no se atrevió a publicar *Sonetos del amor oscuro* que verían la luz en 1983. El único poeta que mostró claramente su opción sexual fue Luis Cernuda, que se consideraba «un naipe cuya baraja se ha perdido» y se sentía ahogado en un país donde «todo nace muerto, vive muerto y muere muerto». Cernuda publicó poemas homoeróticos en *Los placeres prohibidos* (1931), *Donde habite el olvido* (1934), testimonios de su amor no correspondido por el actor Serafín Fernández Ferro, y *El marinero joven* (1936). Otros homosexuales declarados fueron el poeta y letrista Rafael de León y el novelista y letrista Álvaro Retana, que se retrataba «en quimono bordado de rosas, con las cejas depiladas y los ojos y labios pintados». <<

[140] No existen datos que avalen la homosexualidad de la famosa actriz Margarita Xirgu, aunque levantó pasiones igualmente en hombres y en mujeres (entre ellas la periodista Irene Polo, suicidada en la plenitud de su juventud). <<

[141] Werrie, 1971, p. 67. <<

[142] Werrie, 1971, p. 237. <<

[143] Abella, 1975, p. 118. <<

[144] Por cierto que los saqueadores descubrieron en las bibliotecas de algunas de estas mansiones compartimentos secretos donde el fugado propietario atesoraba sus colecciones de literatura sicalíptica y álbumes de fotos galantes, de lo que la prensa no dejaba de dar cumplida noticia para que el honrado pueblo se percatara de la podredumbre moral del enemigo. <<

[145] En este tiempo se produjeron también las violaciones de monjas que el lenguaraz Lerroux había sugerido a los revolucionarios tiempo atrás (Luca de Tena, 1991, p. 125). También Almudena Grandes alude a las violaciones de monjas, esta vez desde la perspectiva de la Memoria Histórica: «¿Imaginan el goce que sentiría al caer en manos de una patrulla de milicianos jóvenes, armados y —¡mmm!— sudorosos?» («México», *El País*, 24 de noviembre de 2008). <<

[146] Abella, 1975, p. 390. <<

[147] Varios autores, 1990, vol. I, p. 129. <<

[148] Este vale expedido y sellado por un jefe de milicias se encontró entre los papeles ocupados a los milicianos sitiadores del Alcázar de Toledo. Seguramente se expidió en recompensa por alguna hazaña del beneficiario. Eso es hacer la revolución. A la mierda las medallas y condecoraciones pequeñoburguesas. <<

[149] Abella, 1975, p. 118. <<

[150] Abella, 1975, p. 118. <<

[151] Abella, 1975, p. 300. <<

[152] Abella, 1975, p. 310. <<

[153] Un miliciano indignado denunció el caso en *Solidaridad Obrera*: «En la barcelonesa calle Tapias […] los establos del amor estaban rebosantes de público, la calle colmada, y los más entusiastas concurrentes eran milicianos, algunos de ellos con el brazo en cabestrillo o con muletas y vendada la cabeza; pero todos, mujeres y hombres, con una brava porfía por soltar las palabras más bajas y soeces. Quedé avergonzado y sufrí lo indecible» (Abella, 1975, p. 54). <<

[154] Abella, 1975, p. 71. <<

[155] Emisión desde Radio Sevilla, el 23 de julio de 1936. <<

[156] Reverte, 2004, p. 107. <<

[157] Barrios, 1990, p. 34. <<

[158] Abella, 1975, p. 132. <<

[159] Entre ellas Isabelita Nájera, la *pin-up* favorita de los milicianos; Anita Flores, famosa por su muslamen; Conchita Ballesta, de pecho privilegiado, Pilar Ruiz, Tina de Jarque y Fina Conesa. Esta última procedía de las salas de baile-taxi del Ensanche barcelonés, pero sus prendas naturales eran de tal calibre que rápidamente fue promocionada a la revista musical e incluso hizo algún pinito cinematográfico llenando la pantalla de prieta y resplandeciente hermosura. <<

[160] Abella, 1975, p. 360. <<

[161] Ya la Ley de Reforma del Bachillerato (20 de septiembre de 1938) achaca los males de la Patria al mimetismo extranjerizante y al afeminamiento, pero nadie supo expresarlo en sus justos términos mejor que el lenguaraz Queipo de Llano: «A todo afeminado o invertido que lance alguna infamia sobre este Movimiento os digo que lo matéis como un perro» (Barrios, 1990, p. 40). Es decir: el que no está con los rebeldes es marica, y merece la muerte no sabemos si por su calidad de rojo, por la de homosexual, o por la combinación de ambas. A la luz de este razonamiento se comprende que el exilio del presidente Azaña no sea, en la prensa nacional, sino «una huida típica de sus reacciones intersexuales» (Abella, 1985, p. 43). <<

[162] Franco fue tan casto como los salmones que pescaba. No se le conoce devaneo alguno ni de soltero ni de casado fuera de cierta honesta admiración por Ana Mariscal, Juanita Reina, Sofía Loren y Federica de Grecia. Sin embargo, algunas anécdotas dignas de crédito nos revelan a un Franco mucho más liberal que las gentes que lo rodeaban. El dentista de Franco, Juan José Ireas, asevera que nuestro personaje «era irónico y socarrón, como buen gallego» y que a veces, cuando iba de pesca y se sentía rodeado de personas de confianza, «se ponía a contar chistes verdes, verderones y más que verdes y más que verdísimos», pero luego «llegaba el general o llegaba el obispo y se callaba. En cuanto había extraños se callaba y ya no decía nada» (entrevista en *Tele 5*, el 4 de diciembre de 1992, con motivo del centenario del nacimiento de Franco). <<

[163] El presidente nacional de Adoración Nocturna, preocupado por la recta formación moral de las futuras generaciones (no en balde era padre de diecisiete hijos), condenó al fuego a autores como Zola, cuyas parejas se amaban «con mordiscos en el cuello» (Formica, 1984, p. 19). <<

[164] La revista jesuita *Razón y Fe*, órgano oficioso de la jerarquía eclesiástica, lo ponía en estos términos: «Hay que alabar la frase verdaderamente cincelada de Guillermo II que resume el papel de la mujer en la vida social: las tres kas: *Küchen, Kinder, Kirchen*, Cocina, Niños, Iglesia, pues la mujer moderna resulta anquilosada de corazón, reseca de afectos ingenuos, privada de paciencia, con subidas psíquicas de arrogancia, mutilada en aquellas cualidades típicas que deben convertirla en reina del hogar, en subyugadora de las almas masculinas» (*Razón y Fe*, XII, 1937, p. 458). <<

[165] Orden del Ministerio de Organización y Acción Sindical (dentro de la nueva organización de la Administración de 30 de enero de 1938) de 27 de diciembre de 1938 (BOE de 31 de diciembre). <<

[166] Alonso, 1977, p. 120. <<

[167] Celia Gámez lo había expresado en un chotis, en el que, por cierto, profetiza la minifalda que Mary Quant lanzaría en los años sesenta: … *ya te has vuelto rodillera / y al paso que vas / de fijo acabarás / siendo muslera*. <<

[168] Diario *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 15 de mayo de 1937, p. 4. <<

[169] Diario *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 34 de julio de 1937, p. 4. <<

[170] Diario *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 23 de julio de 1937, p. 4. <<

[171] Blázquez, 1991, p. 67. <<

[172] Abella, 1985, p. 79. <<

[173] El futuro cineasta Juan Antonio Bardem, todavía un mozalbete, asistió con sus amigos, en 1938, a una «casa de putas» de San Sebastián: «Una pequeña sala de paredes desnudas pintadas de amarillo con un zócalo verde al que se adosaba un banco corrido de madera, también pintado de verde, mesas, sillas y veladores en el centro. Y algo como un bar en uno de los lados. […] En otra de las paredes había una escalera de madera, pintada de marrón, que subía hasta la planta superior y daba paso, seguramente, a los cuartos donde se iniciaba el viaje a Citerea» (Bardem, 2002, p. 126). <<

[174] Abella, 2004, p. 47. <<

[175] Blázquez, 1991, p. 52. En una circular de 1941 leemos: «En la calle, en paseos y en lugares de esparcimiento, teatros, cines, cafés, bares, etc., se advierte un relajamiento de nuestras costumbres, oyéndose frases obscenas y viéndose parejas de jóvenes que sin recato alguno mantienen actitudes, más que incorrectas, desvergonzadas» (Abella, 1985, p. 41). En 1943, una nueva circular insiste en la represión de «plebeyos desaliños de indumentaria con el pretexto de la elevada temperatura […] indecorosas actitudes por las que personas de ambos sexos pretenden demostrar, inelegantemente, su mutuo afecto» (*La Vanguardia Española*, 8 de julio de 1943). En 1945, la situación parece haber empeorado: «Un sinfín de jóvenes y aun de señoras […] adoptan, tal vez sin darse cuenta, el atuendo exterior y las formas desenvueltas de las mujeres de vida irregular» (De Miguel, 1990, p. 123). El obispo de Córdoba convoca una nueva Cruzada de modestia y austeridad «que ponga dique al desbordamiento de la frivolidad de la mujer, al ambiente de paganismo y a la procaz inmoralidad» (Blázquez, 1991, p. 82). <<

[176] En la sociedad reciamente viril propugnada por el bando vencedor no había lugar para el homosexual del mismo modo que no lo había para el rojo, para el liberal o para el masón. De hecho el linchamiento del maricón estaba oficiosamente tolerado y apedrear maricones en los parques era una de las inocentes diversiones de las pandillas de pilluelos. La ley de 1954 equiparaba a los homosexuales a los vagos y maleantes convirtiéndolos en peligrosos sociales. Muchos ocultaron su condición casándose, engendrando hijos y adaptándose a una normalidad que íntimamente les repugnaba. <<

[177] Alonso, 1977, p. 81. <<

[178] Blázquez, 1991, p. 53. <<

[179] Enciso, 1954, p. 116. <<

[180] Ferrándiz, 1974, p. 239. Pío XII en su alocución de 1946 había reclamado «una juventud femenina que presente intacto e inviolado al Creador, sobre el altar de las nupcias o en el lecho de muerte, el tesoro de su pureza». En este año de 1954 volvió sobre el tema con una encíclica en la que, citando a San Ambrosio, aseguró que la virginidad es un sacrificio que «aplaca la ira divina» y por lo tanto atrae la protección de Dios sobre la pareja. Más modernamente, la idea pontificia de la virginidad de la novia como suprema garantía de la felicidad del matrimonio ha obtenido, además, el soporte doctrinal de Manolo Escobar cuando asevera que el matrimonio «es una senda florida / que desde el altar arranca / ¡Solo una vez en la vida / la boda puede ser blanca!». <<

[181] Más adelante veremos que, a partir de la llegada del turismo, la labor de los guardias se complicó bastante, pues antes de interrumpir las efusiones de las parejas tenían que cerciorarse de que no eran extranjeros, a los que no convenía importunar. <<

[182] Todavía en 1963 un médico moralista observaba que «las relaciones sexuales deberán realizarse con un alejamiento suficiente de hijos, pues los gritos que a veces acompañan a los espasmos que se producen durante el orgasmo masculino pueden, si son percibidos, influenciar desfavorablemente en el desarrollo del psiquismo de los niños y de las muchachas» (Uveras, 1963, p. 157). Nótese que el galeno da por sentado que los orgasmos rugidores son propios del varón. El lector mínimamente vivido conocerá que el fenómeno en cuestión se produce más frecuentemente en la hembra de la especie. Solo cabe argumentar que en 1963 las hembras no solían experimentar orgasmos, como venimos notando. <<

[183] El *extra sensitive* desechable que hoy disputa a las deyecciones caninas la primacía de nuestros parques y jardines y que tan frecuentemente atasca los retretes de las discotecas, no se había perfeccionado aún. Los condones que circulaban en el mercado español, casi todos procedentes del contrabando norteafricano o gibraltareño, eran multiuso, poderosamente recauchutados, sólidos y resistentes como neumáticos. Con un mínimo mantenimiento de lavado, aceitado, secado y empolvado con talco se les podía alargar la vida y daban para su buena docena de prestaciones. Hay que tener en cuenta que en los tiempos heroicos el personal era más sufrido que ahora y se apañaba sin gollerías consumistas, sin desodorante, sin papel higiénico de doble capa, sin salvaslip y sin loción *after shave*. <<

[184] Los moralistas notaban con resignación que la mujer de la clase obrera, menos mediatizada por la religión, era complaciente por naturaleza, especialmente en los suburbios, donde «hay una multitud semidesnuda y harapienta revolcándose en charcos fangosos donde se tumban hombres, mujeres y niños en un casi imposible hacinamiento […] el incesto es bastante usual en las hacinadas viviendas» (Martín Gaite, 1987, p. 95). La madrileña zona del puente Vallecas, habitada por más de ochenta mil vecinos, era «zona infranqueable a los ideales sanos», donde reinaba la promiscuidad y el incesto dado el amontonamiento que se vivía. Muchas chicas bien parecidas escapaban del barrio en cuanto salían de la pubertad y se trasladaban al centro de la ciudad para ejercer la prostitución. <<

[185] En Sevilla, el cine Victoria gozaba de fiel clientela porque estaba dotado de una sola entrada lateral, lo que garantizaba la intimidad de las filas traseras donde era posible incluso consumar un coito completo, con todos sus avíos, en los días de poca afluencia de espectadores. Lo normal era, no obstante, que la novia masturbara al novio mientras él se engolfaba en las tetas y le metía mano bajo la falda. <<

[186] De Miguel, 1991, p. 116. <<

[187] Ya lo dice el manual: «Mira que Dios te ve siempre y pudiera ocurrir que en la misma postura que tomas al acostarte te sorprendiera la muerte o alguno de tu familia» (De Miguel, 1991, p. 116). En algunos colegios el prefecto de dormitorio que velaba el sueño de los internos tenía la obligación de despertar a los que adoptaban una postura inconveniente. <<

[188] En una publicación del padre Jeremías de las Sagradas Espinas, intitulada *Grave inmoralidad del baile agarrado. Estudio teológico*, aparecida en Bilbao en 1949, leemos: «Para declarar un baile *per se* gravemente inmoral, no se requiere que su modo sea enormemente inmoral. Basta que lo sea gravemente. Un acto puede ser *ex se* torpe por doble motivo: *sive ex obiecto sive ex modo tangendi*, los contactos que se realizan en las demás partes del cuerpo, cuando existe desorden en el modo». La floración de metáforas, a cuál más imaginativa, es notable: el baile agarrado es «feria predilecta de Satanás», «filoxera de la piedad cristiana», «sombra satánica de corrupción moral, escándalo y pecado público, escuela de degradantes orgías de la concupiscencia» (Blázquez, 1991, pp. 83 y 84). <<

[189] A falta de carabina, la chica avisada y virtuosa que accedía a bailar sabía neutralizar toda aproximación de su contrincante con mañas de judoka. La más efectiva era la denominada *retranca*, consistente en evitar el contacto, sin aparente forcejeo y con mínimo esfuerzo, manteniendo la palma de la mano apoyada en el hombro del varón y el brazo completamente extendido. Por su parte el chico podía usar otras argucias para burlar la defensa femenina. Algunos se echaban al bolsillo un trozo de vela, o una zanahoria para que la joven, al notar su dureza pensara que la atacaban por ese lado y se situara en la cadera opuesta donde el taimado la estaba esperando con la prevenida puya de su carne triunfante. No me extiendo a consignar otras argucias de mayor calado por no espantar al lector. <<

[190] No se andaba con chiquitas el cardenal. El sacerdote que osara decir misa en las fiestas de un pueblo en las que hubiera baile o absolver a un bailón quedaba fulminantemente suspendido en sus funciones sagradas. <<

[191] Abella, 1985, p. 71. <<

[192] Blázquez, 1991, p. 87. <<

[193] Circular enviada a los gobernadores civiles en 1951. <<

[194] Abella, 1985, p. 83. <<

[195] De Miguel, 1991, p. 123. <<

[196] Abella, 1985, p. 78. Como siempre, la Iglesia contó con la aquiescencia cómplice de médicos meapilas que le suministraron argumentos científicos para desaconsejar el cine como pernicioso para la salud física o psíquica: «Después de haber escuchado a algunas muchachas asiduas concurrentes a los cines, he sacado una impresión poco halagüeña: son tontas» (Blázquez, 1991, p. 56). <<

[197] «Son los cines tan grandes destructores de la virilidad moral de los pueblos, que no dudamos que sería un gran bien para la Humanidad que se incendiaran todos» (Blázquez, 1991, p. 53). En la Semana Contra el Cine Inmoral volvió a proponerse la idea: si del cine habían salido los incendiarios de las iglesias, parecía razonable que de las iglesias salieran los incendiarios de los cines. <<

[198] Tan fundamental mudanza es introducida en la versión española aprovechando un momento en que Grace Kelly está de espaldas. Entonces su voz nos informa atropelladamente: «Mi hermano ve con disgusto nuestras relaciones porque es muy amigo de mi novio que está enfermo en Londres». <<

[199] La idea de las dobles versiones no era original. Los productores americanos, acosados por las Ligas de Decencia, venían produciendo dobles versiones desde los años treinta. Además, los americanos solían añadir planos suplementarios de desnudos en las copias que se exportaban al mundo árabe. <<

[200] Las primeras películas en versión doble fueron en 1954 *La Princesa de Eboli* y *La Pecadora*, protagonizada por la escultural Carmen de Lirio. La existencia de dobles versiones se mantuvo en secreto hasta que en enero de 1973 un error de la distribuidora introdujo una versión internacional de la película *Las melancólicas* en el circuito nacional. La copia en cuestión fue a parar al cine Yago de Santiago de Compostela. Se apagaron las luces, comenzó la proyección y los atónitos espectadores no daban crédito a sus ojos cuando Analía Gadé y María Asquerino aparecieron en la pantalla interpretando una escena lésbica. La noticia corrió como la pólvora por toda la comarca. Al día siguiente la gente afluía a Santiago como si el mercado hubiese coincidido con el jubileo del Año Santo. Colas enormes se formaron frente a la taquilla del cine. Lógicamente, el asunto llegó a oídos de la autoridad competente, que secuestró la película. <<

[201] Fraga Iribarne, 1980, p. 120. <<

[202] «Maravilla comprobar las virguerías de que eran capaces los retocadores —escribe Terenci Moix—: ese escote de Ava tiene unas puntillas dibujadas; esas tetas de Sofía bajo el vestido gris parecen considerablemente limadas por un retoque de guache blanco […] al bañador de faldita de Deborah Kerr, el retocador le pintó unos pantalones pirata hasta el tobillo» (*El País Semanal*, 15 de noviembre de 1992, p. 13). <<

[203] Por otra parte, ¿qué sentido hubiese tenido la prohibición cuando ningún español ignoraba los pormenores del drama de la puta portuaria devota del aguardiente que se había pasado la guerra de puerto en puerto en pos de un marinero nórdico, hermoso y rubio como la cerveza, del que se había prendado? ¿Quién desconocía el caso de la puta de *Ojos verdes*, a lo mejor la misma de *Tatuaje*, que se prendó de la mirada y de la buena planta de un cliente y se negó a cobrarle los servicios? <<

[204] Otras canciones no tuvieron tanta suerte: la censura prohibió las canciones *Bésame mucho* porque fomentaba la inmoralidad («Bésame, bésame mucho / Como si fuera esta noche / la última vez», luego están encamados con nocturnidad y alevosía); *Espinita*, porque fomentaba el adulterio («yo quisiera haberte sido infiel y haberte pagado con una traición») y *Raskayú* porque ponía en duda los novísimos del hombre («Rascayú, cuando mueras ¿qué harás tú? / Tú serás un cadáver nada más»). <<

[205] Ni siquiera los autores católicos e incondicionales del Régimen escaparon de su voraz tijera. A don José María Pemán le tacharon el adverbio «apasionadamente» que describía la manera de besarse de dos enamorados. A García Serrano le suprimieron el adjetivo «fresca» referido a una boca femenina. El propio Caudillo padeció los rigores de la censura en los artículos que publicaba bajo seudónimo en el diario falangista *Arriba*. Peores estragos causaba la autocensura. Muy celebrado fue el desliz de un locutor de radio que se disponía a retransmitir un concierto: «En estos momentos —anunció con esa voz grave y pedantescamente modulada que suelen usar los críticos musicales—, en estos momentos aparecen los músicos por la derecha y se dirigen a sus puestos, cada cual con su instrumento en la mano…». Al llegar a este punto se quedó sin habla y, tras unos instantes de vacilación, que en la radio se hicieron eternos, prosiguió con la voz quebrada y levemente ansiosa: «… con su instrumento musical, naturalmente», con lo que, intentando arreglarlo, lo empeoró. <<

[206] Un industrial de la época contaba que bastaba dar un paseo en coche por los barrios más humildes y exhibir desde la ventanilla un billete de quinientas pesetas a cualquier chica apetecible para que esta aceptara la invitación y subiera al vehículo con el desconocido. «Todas caían». En la dura posguerra abundaban las amas de casa apuradas que «van al mercado sin una peseta y vuelven a casa con la cesta llena después de haberse vendido» a menudo con el consentimiento más o menos tácito de sus maridos, que hacían la vista gorda a cambio de que le pusieran un plato de comida en la mesa. Algunos incluso las incitaban directa o indirectamente a prostituirse. Conozco de buena mano el caso de un recluso de la prisión de Baeza, año 1940, que reprochaba a su esposa que la comida que le traía era notablemente inferior a la que un compañero de cautiverio recibía de la suya. «¡Sí —replicó ella, enfadada—, pero él tiene unos cuernos que le llegan al techo!». Y el marido, tras pensárselo un poco, repuso: «¿Y qué ventaja tengo yo con ser mocho?». Naturalmente, no tardó en ingresar en la hermandad cuyos estatutos se resumían cínicamente en una máxima: «Los cuernos son como los dientes, duelen algo cuando salen pero luego se puede comer con ellos». En ese abundante mercado un virgo se tasaba en torno a las mil pesetas. Una puta de lujo cobraba de veinte duros en adelante, la de medio pelo entre treinta y cuarenta pesetas y la más humilde entre un duro y quince pesetas. <<

[207] Como Dios aprieta, pero no ahoga, en 1945 la aparición del DDT y de la penicilina permitieron un tratamiento rápido de ladillas y gonorrea. La penicilina obraba tales maravillas que muchos moralistas la consideraron, junto a las medias de cristal, un invento inspirado por el diablo para extender impunemente el vicio (recordemos que más adelante se consideraría el sida un castigo permitido por Dios). <<

[208] No estaba tan criticado como ahora emplearse con prostitutas. Téngase en cuenta que la moral dominante fomentaba la pasividad sexual de la mujer. La mujer honesta reprimía todo deseo impuro cuando su marido la poseía, a oscuras, sin despojarla siquiera del camisón, en el lecho conyugal presidido por el crucifijo. Algunas eran tan decentes que incluso rezaban antes del coito (y hasta es posible que durante) y desde luego se confesaban al día siguiente si habían experimentado algún remoto cosquilleo que pudiera confundirse con el placer. Con este desalentador panorama hogareño, muchos maridos, incluso los que admitían estar enamorados de sus esposas, frecuentaban ocasionalmente las casas de lenocinio en busca de más estimulantes compañeras sexuales. <<

[209] Los prostíbulos de lujo se limitaban a las grandes ciudades. Fueron famosos el Rigalt, el Marfil y el cabaret Bagdad en Barcelona, y la casa de la calle Bailén número 50 en Sevilla. En los pueblos grandes y en capitales de provincia solo había burdeles de medio pelo que se hicieron más sórdidos a partir de la prohibición: desde Huelva (calle del Gran Capitán), a Bilbao (calle de las Cortes o La Palanca), pasando por la Calle Cruz Verde y El Rancho de Jaén. Por cierto en este último establecimiento no había camas y el coito sedente se practicaba sobre silla de anea también conocida como «silla eléctrica». La chimenea se alimentaba con las sillas desvencijadas que se iban acumulando en el corralillo. <<

[210] Terenci Moix, 1991, p. 118. <<

[211] El escritor y académico Camilo José Cela confiesa: «Me inicié en los arcanos del rijo con una esquinera de la calle del Desengaño, rubia teñida, más bien metida en carnes y muy perfumada, que me chistó, me enseñó una teta y me catequizó sin mayor esfuerzo […] durante el acto mi *partenaire* me tenía abrazado y mientras yo hacía lo que podía ella calcetaba una bufanda para un hijo […] la lana me hacía cosquillas en la espalda y no faltó nada para que me estrenara con un gatillazo» (*Memorias*, en Revista *Gente* de *Diario 16*, cap. XIII, p. 102). <<

[212] Algunas ofrecían dos tipos de prestaciones, con música o sin ella. Al filo de los años cincuenta un alivio manual sin música se tasaba en dos pesetas más la voluntad. Si el cliente pagaba una peseta suplementaria, se colocaban unas cuantas pulseras de cobre en la muñeca de la mano actuante. Parece mentira lo estimulante que resulta el tintineo del cobre. <<

[213] A veces la suspicacia del censor llegaba a extremos ridículos. Al director cinematográfico Mariano Ozores le censuraron un guión en el que una actriz embarazada decía: «Quedé en situación embarazosa». El censor tachó la palabra. «¿Entonces, qué pongo?», preguntó el guionista. «Nada. Se queda así, como está», respondió el censor. La actriz decía en la película: «Quedé en una situación» (Barba, 2009, p. 37). <<

[214] No me invento nada: el caso, sucedido en Sevilla, lo cuenta Manuel Barrios, 2004, p. 154. <<

[215] Bayón, 1981, p. 27. <<

[216] Amilibia, 1975, p. 95. <<

[217] Ramos, 1954, p. 66. <<

[218] Algunos han dejado testimonio escrito para la posteridad, entre ellos el periodista, falangista y combatiente en la División Azul Jesús Martínez Tessier (lo cuentan sus hijos Jorge y Javier Martínez Reverte en *Soldado de poca fortuna*, Aguilar, 2001): «Un día, con dos güisquis, le arranqué que sí, que eran ciertos los rumores sobre su romance con Ava Gardner, aunque él matizó: Solo estuvimos juntos una semana… y me sentí utilizado». Bendita sea la piedad y la credulidad filial. <<

[219] Entrevista en *El faro de Vigo*, 20 de octubre de 2009. <<

[220] Revista *Sábado Gráfico*, 8 de diciembre de 1956. <<

[221] El bailarín Antonio publica el álbum de sus presuntas conquistas en la biografía oficiosa donde aparece retratado con Vivien Leigh, con la que «vivió un corto pero apasionado idilio»; con Marisol; con Gina Lollobrigida, «lugar muy especial en su vida»; con Ava Gardner, «turbulento romance»; con Linda Christian, «romance de los más preocupantes de su vida» y, naturalmente, con la duquesa de Alba (Fuentes-Guío, 1988, *passim*). <<

[222] Vilariño, 1956, p. 96. <<

[223] Si algo contenía a las novias era el temor a ser abandonadas después de entregarse totalmente o que, al faltar el más poderoso acicate, el novio se instalara cómodamente en el noviazgo y fuera aplazando la boda para tiempos mejores que raramente llegaban. <<

[224] Blázquez, 1991, p. 53. <<

[225] Ayala, 1948, p. 12. <<

[226] «Venancio Marcos, un integrista peligroso que siempre llevaba la pistola bajo la sotana» (Miret Magdalena, 2000, p. 341). <<

[227] A los cines de sesión continua, aptos para parejas de escaso poder adquisitivo, se sumaron, para usuarios solventes, ciertas salas de fiesta y *boîtes* oscuras e íntimas donde una pareja podía solazarse sin temor a ser molestada por agentes de la autoridad o por mirones: el Parrilla Rex, el Saratoga, el Casablanca, el Pasapoga, la Galera de Madrid; la Bikini en Barcelona. <<

[228] Werrie, 1971, p. 31. <<

[229] Alonso, 1977, p. 52. <<

[230] En 1963, el cardenal de Tarragona advirtió al joven ministro: «Perece la moral» (Fraga, 1980, p. 85); y el de Palma: «Vamos camino de vivir como en la selva» (Fraga, 1980, p. 172). El ministro no se dio por aludido. Un año después el obispo de Bilbao, monseñor Pablo Gúrpide, se echó al monte y disparó una pastoral trabucazo contra el culpable denunciando el «estrago en los adolescentes y jóvenes» y augurando que, al paso que iba el país, «llegaremos a las mismas situaciones pasadas que reclamarán de nuevo la puesta en marcha del bisturí potente que saje el tumor canceroso de la nación» (Alonso, 1977, p. 169). <<

[231] Fraga, 1980, p. 248. <<

[232] Vázquez, 1980, p. 58. <<

[233] Sara fue la primera actriz española que rompió abiertamente lanzas por el destape corporal. En su tiempo, sus colegas eran todavía muy recatadas. Sin ir más lejos, Carmen Sevilla declaraba en 1959 que, aunque gozaba de absoluta libertad, «no la utilizaba para nada malo» y que viajaba siempre acompañada por su madre. El entrevistador destacaba la modestia y recato de la estrella que «está sentada en una butaca con las piernas guardadas». Faltaban todavía muchos años para que nos brindara ese encanto denso de la manzana lograda (Umbral) de *La cera virgen* (1975). <<

[234] Varios autores, 1990, vol. II, p. 129. <<

[235] A esta censura oficial había que añadir la que en cada hogar establecía el padre de familia, y más particularmente la madre, cuando veían aparecer en un ángulo de la pantalla los fatídicos rombos indicadores de que el programa que comenzaba no era apto para los jóvenes porque aparecía una lavandera con la falda a una cuarta por encima de la rodilla. <<

[236] Vázquez, Santiago, «Mis veinte años en televisión», Revista *Semana*, 7 de mayo de 1983, p. 107. <<

[237] La píldora se inventó en 1956, pero las primeras no llegaron a España hasta 1963 y su uso solo se divulgó a principios de los años setenta. Al principio solo podían adquirirse en el mercado negro porque el Código Penal tipificaba como delito el uso de anticonceptivos. Su fabricación, venta o divulgación se castigaba con arresto mayor y multa de hasta diez mil pesetas (hasta 1974 la censura suprimía los capítulos dedicados a contracepción de los libros de sexología extranjeros traducidos al español). Cuando, finalmente, la píldora se pudo adquirir en farmacias lo hizo bajo la cobertura de tratamiento para el eufemísticamente llamado «reposo ovárico por indicación médica». Por esta brecha legal el anticonceptivo se coló en los hogares de la clase media española más ilustrada. En 1966 se vendieron setecientos cincuenta mil juegos de píldoras, cinco años más tarde las ventas se habían disparado a tres millones y medio. En 1974, año en el que se permitió informar sobre anticonceptivos, se comercializaron más de cuatro millones y medio de juegos de pastillas. En 1964 España había alcanzado su cifra récord de nacimientos. A partir de entonces, la tasa de natalidad cayó en picado. Las jóvenes parejas consumistas habían descubierto que existía una relación inversa entre el número de hijos de la unidad familiar y la capacidad de consumo de la pareja. <<

[238] «El acceso a los anticonceptivos comenzó cuando yo tenía diecisiete años, cuando despertábamos a la sexualidad», recuerda Elena Salgado, vicepresidenta y ministra de Hacienda en el memorable Gobierno de Zapatero. «Ahí sí teníamos militancia, porque nos parecía una gran conquista. Era el dominio de la reproducción separada de la sexualidad. Fue una ruptura. Tengo una hermana ocho años mayor y en ese momento pasamos a ser dos generaciones distintas» (Sánchez-Mellado, 2009, p. 48). La píldora anticonceptiva se legalizó en España en fecha tardía, el 21 de septiembre de 1978, tras intensos debates parlamentarios y muy en contra del parecer de la Iglesia y de las personas de orden (colectivos que precisamente no la necesitaban, ¡qué egoísmo!). En Estados Unidos se había legalizado en 1960 y en casi todos los países europeos en 1961. Desde la perspectiva actual es difícil imaginar la angustia en la que han vivido las mujeres durante siglos por el temor a quedarse embarazadas indebidamente. La cortesana francesa Ninon de Lenclos tenía fama de descreída pero, a pesar de ello, antes de cada coito oraba a la Virgen: *Vous que avez conçu sans péché accordez-moi l'art de pécher sans concevoir*. <<

[239] En lo del crecimiento del adulterio femenino erraron los prelados. Recientes avances en identificación genética prueban que el porcentaje de hijos adulterinos matuteados como producto matrimonial se mantuvo inalterado en España, en torno al tres por ciento del total, en los periodos anterior y posterior a la divulgación de la píldora. <<

[240] La prensa eclesiástica y los médicos conchabados con los confesores propalaban bulos sobre su peligrosidad o aseguraban que hacía crecer la barba. El diario católico *Ya* del 24 febrero de 1968 anunciaba en grandes titulares: «Otras dos inglesas mueren por tomar anticonceptivos». Otra publicación jaleaba que 600 000 inglesas podrían padecer trombosis por los anticonceptivos ricos en estrógenos que consumían; otros comparaban la píldora con los pesticidas contaminantes. El diario conservador *ABC* informaba: «Mil mujeres se quedan calvas por tomar la píldora»… La contrapropaganda de la Iglesia y del Gobierno tuvo un efecto contrario a lo que pretendía porque informó a amplias sectores de la sociedad sobre la existencia de un remedio contra la preñez indeseada. A la postre la campaña no pudo con el empeño de la mujer de disociar el sexo de la procreación. <<

[241] Lo que vino a actualizar el antiguo y sabio consejo de las madres: «Hija dale a tu marido en casa lo que quiera y no tendrá que buscarlo fuera» (Mesquida, 1994, p. 17). <<

[242] En el extranjero, las militantes quemaban los sostenes, símbolo de la opresión machista. Aquí no se llegó a tanto porque un sostén vale una pasta y atrae mucho al hombre, pero las que pudieron prescindieron de él. Las tetas, libres, sueltas, acaso pendulonas, ganaron la calle. Como la moda favorecía más a las quinceañeras que a las fogueadas treintonas fue muy desigualmente observada. <<

[243] *Maggioretti* de las que España también ofreció cumplida cosecha: Analía Gadé, Emma Penella, Sara Montiel, Carmen Sevilla y un breve etcétera hasta Eva León y otras chicas de revista. <<

[244] López Ibor, 1968, p. 156. Quizá el informe generaliza en exceso, pues hay constancia de que muchas amas de casa en lo que en realidad piensan cuando están en el trance es en que ya va siendo hora de cambiar los sanitarios del baño o en el vestido que se van a poner para la boda del hijo de la prima Hortensia, que es de mucho cumplimiento. <<

[245] El cauto doctor se curaba en salud y dejaba abierto el portillo para que todos los célibes religiosos fueran sujetos muy equilibrados; por lo tanto, «la continencia puede soportarse si uno ama a Dios o a su trabajo» (López Ibor, 1968, p. 336). <<

[246] López Ibor, 1968, p. 470. <<

[247] Robinson, 1968, p. 61. <<

[248] López Ibor, 1968, p. 488. <<

[249] López Ibor, 1968, p. 217. <<

[250] López Ibor, 1968, p. 223. <<

[251] López Ibor, 1968, p. 238. <<

[252] López Ibor, 1968, p. 474. <<

[253] López Ibor, 1968, p. 478 <<

[254] López Ibor, 1968, p. 223 <<

[255] Leemos: «Primera posición, la esposa yace sobre la espalda y el hombre se recuesta sobre ella; segunda, las rodillas de la esposa se colocan sobre el pecho propio y encima de los hombros del marido, penetración profunda; tercera, después de la introducción del pene, la esposa cierra los muslos, penetración ligera, el clítoris en contacto con el pene; cuarta, sentada al borde de la cama echada hacia atrás, los pies en el suelo, indicada para personas corpulentas; quinta, la lateral; sexta, la supina: el marido yace sobre la espalda y ella lo cabalga». Cabe añadir tres más: la sedente, la posterior y la vertical, «incómoda, como medida de emergencia» (López Ibor, 1968, pp. 500 y ss.). A lo que sigue una advertencia que revela el profundo conocimiento que López Ibor tenía de la precariedad de las costumbres sexuales del español: «En el poscoito es posible que el hombre deba esforzarse para, en vez de ceder a la tentación del sueño, completar con palabras afectuosas lo que quisieron decir las caricias» (López Ibor, 1968, p. 254). Es lo que, con admirable precisión, siempre reclamaron, y casi nunca obtuvieron, las mujeres del pueblo: «A nosotras nos gusta el antes y el después». <<

[256] La inercia podía todavía mucho y el ruido era más que las nueces. Entre los universitarios, más trabajados por la contestación, solamente un treinta por ciento de las parejas mantenían una relación sexual completa (Alonso, 1977, p. 212). Es más, las estadísticas del año 1968 mostraban que todavía el 62 por ciento de los varones se iniciaban con putas y solo el 29 por ciento con amigas (López Ibor, 1968, p. 128). <<

[257] Mancebo, 1976, p. 63. <<

[258] Mancebo, 1976, p. 62. <<

[259] Los curas desertaban por docenas y pedían secularización para emparejarse, ahora legalmente, con cándidas ovejas que habían sido antes sus hijas de confesión. <<

[260] Robinson, 1968, p. 74. <<

[261] Robinson, 1968, p. 96. <<

[262] Robinson, 1968, p. 149. <<

[263] Ferrándiz, 1974, p. 66. <<

[264] «Hay noviazgos raros —clamaba un moralista—, hay noviazgos de fin de semana. Noviazgos como simple juego pasajero. Noviazgos para ratos de ocio y de tedio […] los planes, los ligues, el flirteo […] el donjuanismo ya no es privativo del hombre» (Ferrándiz, 1974, p. 16). <<

[265] Iglesias de Ussel, 1987, p. 126. <<

[266] El padre J. A. Sobrino declara en el programa de televisión *Ronda familiar*, del 25 de mayo de 1973: «El beso y las caricias prohibidas ya no son pecado siempre que haya correspondencia proporcional con el amor» (Ferrándiz, 1974, p. 258). <<

[267] Declaraciones del padre Mariano Vidal al diario *Pueblo*, el 14 de junio de 1974 (Ferrándiz, 1974, pp. 263 y 264). <<

[268] López Azpitarte, 1975, p. 126. <<

[269] López Ibor, 1968, p. 126. <<

[270] López Ibor, 1968, p. 136. <<

[271] López Ibor, 1968, p. 126. <<

[272] López Ibor, 1968, p. 579. <<

[273] Robinson, 1968, p. 76. <<

[274] Incluso llegando al extremo de disfrazar a un amigo de obispo para que autorizara su uso, como propone Summers en su película *No somos de piedra* (1968). <<

[275] En el aeropuerto de Londres, los taxistas habían aprendido a chapurrear en castellano el ofrecimiento de clínicas abortistas, de las que recibían comisión, a toda chica morena con pinta de despistada que llegara en vuelos españoles. Muchos ginecólogos españoles recibieron una circular de una de estas clínicas ofreciendo quince libras por cada cliente que les enviaran, lo que provocó una protesta oficial del Gobierno español en 1972. <<

[276] Alonso, 1977, p. 75. <<

[277] Alonso, 1977, p. 226. <<

[278] Las salas de Arte y Ensayo deberían tener un aforo inferior a quinientos espectadores y solo se abrirían en ciudades de más de cincuenta mil habitantes. Las películas se proyectarían en versiones casi íntegras y sin doblar. <<

[279] Prohibió *La dolce vita* (1960) de Fellini que Fraga había aprobado y los 190 minutos de la versión original de *Hasta que llegó su hora* (1968), de Sergio Leone, quedaron reducidos a 130, con supresión de la secuencia de la violación de Claudia Cardinale por Henry Fonda; *Ceremonia Secreta* (1968) de Losey se manipuló en el doblaje para que no quedara rastro de lesbianismo. <<

[280] Revista *Vida Nueva*, número 931, mayo de 1974, pp. 24 a 31. <<

[281] El fenómeno conoció su apogeo con la exhibición de la película de Bertolucci *El último tango en París* (1973), que alcanzó un récord de ciento once mil espectadores en Perpignan (Alonso, 1977, p. 232). <<

[282] Alfredo Landa, por otra parte excelente actor, fue inocente del desafuero más bien imputable al otro Alfredo, el ministro Sánchez Bella que lo consintió. <<

[283] Aparte de su interés intrínseco, reúne todas las características requeridas por este tipo de proyectos: excelente repercusión propagandística, necesidad de un amplio presupuesto y posibilidad de emplear un equipo multidisciplinar compuesto por historiadores, cineastas, técnicos, documentalistas, psicólogos, sexólogos, sociólogos, comunicólogos e incluso tocólogos asociados al partido en el poder. <<

[284] Tomo prestados los dos primeros versos del soneto de Salvador Rueda dedicado a la sandía dado que me venían que ni pintiparados, acogiéndome a esa facultad tan usada por los escritores de la intertextualidad. O sea, no es robo, sino préstamo. <<

[285] Esta metáfora es de Jaime Peñafiel. Sigo intertextualizando. <<

[286] Los estudiosos del tema parecen coincidir en que el primer destape acaeció en 1970, cuando Carmen Sevilla posó para la revista *Triunfo* en una serie de artísticas fotografías con fondo de playa del Mar Menor (la Carmen de España había cambiado de imagen hacia 1969 con la película *Un adulterio decente*, justo a tiempo para mostrarnos sus gracias en el punto exacto de sazón). Otros autores aseveran que el destape propiamente dicho comienza en 1973 con la película *Un casto varón español*, en la que aparecen ya fugazmente, coincidiendo con un parpadeo del censor, unas décimas de segundo de Marta Miller y Esperanza Roy en todo su esplendor. Por la misma época, año arriba, año abajo, recuerdo haber visto en Granada una película del Oeste en que Carmen Sevilla, chica de *saloon*, salta de la cama al oír un tiroteo en la calle y nos permite contemplar fugazmente un pecho rotundo (tan fugazmente que el cine, lleno de estudiantes, que era día de media entrada para universitarios, tardó unos segundos en reaccionar con el previsible alboroto y concierto de entusiastas relinchos porque cada espectador hubo de cerciorarse primero, previa consulta con los vecinos de butaca, si efectivamente se había visto lo que parecía que se había visto). <<

[287] Olano, 1976, p. 93. <<

[288] Hubo incluso un tímido intento de cine erótico masculino. El director Javier Aguirre se las vio y se las deseó para que Raphael se dejase filmar en una escena con desnudo integral, encamado con Verónica Castro, bajo sábana, en la película hispano-mexicana titulada *Volver a nacer* (1972). La censura la prohibió, que esto ya era pasarse. <<

[289] Vean las perlas: «Una feminista es la que te pregunta cómo va la causa palestina mientras se baja las bragas» (Chumy Chúmez). «Debajo de toda feminista hay una lesbiana o una fea; solo son radicales en grupo, en la intimidad la más encendida se convierte en *geisha*» (Umbral, 1991, pp. 62 y 248). Umbral parece estar en la misma onda del médico que en 1946 las declaró «solteronas o mujeres psíquicamente viriles» (Clavero, 1946, p. 296). «Las feministas, con excepciones que entiban la regla, suelen ser más bien feas, machorras, viragos, desahuciadas emocionalmente. En altísimo porcentaje deja de ser feminista toda mujer que consigue que un hombre la cumplimente a conciencia; o sea, que la folle bien follada» (Ramos Orea, 1999, p. 214). <<

[290] Alonso, 1977, p. 221. <<

[291] Robinson, 1968, p. 79. <<

[292] Olano, 1976, p. 96. <<